

ACERCA DEL HABLAR Y EL INTERPRETAR

CARLOS SOPENA

“Nothing takes place between them except that they talk to each other”... “The analyst agrees upon a fixed regular hour with the patient, gets him to talk, listens to him, talks to him in his turn and gets him to listen”.

FREUD

Freud define la relación analítica como un diálogo regido por un contrato de trabajo. El contrato y el encuadre de la situación, que pone a una persona observando a la otra, condicionan al diálogo. La posición del analista es ambigua, dado que está ubicado como observador, atrás, en su sillón, pero al mismo tiempo no puede dejar de estar involucrado y sentirse afectado por los sucesos que ocurren en la sesión. El analizando, por su parte, al hablar está diciendo cosas como sí y es esta ambigüedad de su relato lo que le permite contactar con sus fantasías y sus deseos. La movilidad y el mantenimiento de la ambigüedad distinguen a una relación analítica “saludable”, su “enfermedad” la estereotipia, el acondicionamiento recíproco entre analizando y analista.

Dado que la situación analítica favorece la regresión y los procesos de

identificación proyectiva, así como por la incidencia de los fenómenos repetitivos, necesariamente se torna una situación patológica. La resistencia del analizando se manifiesta bajo un modo determinado de involucrar al analista, de establecer un vínculo simbiótico con él. El analista va a tratar de deshacer la simbiosis, de rescatar al analizando y rescatarse como analista para que sea posible una relación de comunicación entre ambos. M. y W. Baranger afirman que la situación simbiótica deja de serlo en el momento del “insight”, en que los esfuerzos conjuntos del analista y el analizando llegan a la toma de conciencia y a la formulación de la situación simbiótica como tal **(5)**.

La patología del campo analítico es la patología de un campo de lenguaje. L. G. de Alvarez de Toledo, en su análisis del “asociar”, del “interpretar” y de las “palabras” **(3)**, ha mostrado *que*, en ciertos momentos del análisis, el acto de hablar, al margen de los contenidos expresados, realiza la satisfacción de impulsos orales, anales, fálicos y genitales, perdiendo la palabra su carácter de símbolo mediador para formular y expresar ideas, sentimientos, y adquiriendo el significado de una cosa, de un elemento concreto. Esto es aplicable tanto a las asociaciones como a las interpretaciones, que son vividas como cosas que se hacen uno al otro, según las fantasías inconscientes operantes. Se vuelve entonces necesario interpretar no lo que el analizando dice con sus palabras sino lo que hace al hablar y lo que siente que el analista hace cuando habla. En un desarrollo ulterior, G. Koolhaas ha descrito tres casos en que el hablar materializaba las fantasías inconscientes correspondientes a los procesos mentales conscientes del asociar, del recordar y del imaginar **(19)**.

En este trabajo, utilizando a vía de ejemplo material tomado de un análisis, quiero formular algunas consideraciones en lo que concierne a los tres puntos siguientes:

a) El hablar y su patología, en el sentido descrito por L. G. de Alvarez de Toledo, tratando de mostrar la manera en que determinados rasgos de la psicopatología del analizando se manifiestan en su forma particular de hablar. En el hablar como actuación es realizada una fantasía inconsciente, expresando al mismo tiempo una relación instintiva y un manejo defensivo.

b) El interpretar, entendido como un desconcretizar y desarrollar la serie de fantasías del hablar y condensadas en las palabras, volviéndolas inteligibles al restituir la palabra como comunicación. A través de la liberación de la palabra se reestructura la relación analítica y el mundo interno del analizando, operando una trasmutación de los impulsos y fantasías inconscientes que al ser puestos en palabras, en términos humanos, se tornan comunicables. Implica la desimbiotización del vínculo, propiciando el encuentro de dos personas distintas por la mediación de símbolos verbales, que es lo que caracteriza a la relación analítica en sus mejores momentos.

c) El hablar con otra persona distinta expone a lo inesperado, a lo sentido y pensado por otro, a lo descubierto por el analista y comunicado en la interpretación. Para T. Reik (38), que ha estudiado el proceso dinámico de la captación y la comprensión psicológicas, la sorpresa va conjugada con la emergencia del material inconsciente, al ser levantada la represión. Y Freud había considerado la sorpresa del analizando, el “nunca se me hubiera ocurrido”, como criterio de validación de la interpretación.

Lo inesperado constituye un factor esencial en la relación analítica, dado que el analista es una persona que tiene la virtud de no actuar como el analizando hubiera esperado; éste proyecta sus objetos arcaicos pero el analista no actúa como los objetos arcaicos. El análisis modifica la personalidad y las vivencias del analizando en tanto le brinda una experiencia que no ha tenido y que no

esperaba y que lo enfrenta con su inconsciente, con lo desconocido propio.

el analizando

Ignacio, de 33 años de edad, es ingeniero y desempeña un cargo ejecutivo en una empresa. Consulta por arranques agresivos y por ocasionales dificultades en su potencia sexual, manifestando que desde hace años lo obsesiona la idea de no poder lograr la erección y quedar impotente. En las relaciones con su novia siempre está pendiente acerca de “si el pene sube o no sube”, habiéndole ocurrido lo mismo con otras mujeres. Es hijo único y se lamenta de no haber tenido amigos con quienes jugar en la infancia.

Al llegar a las sesiones se pone a hablar sin interrupción. Poseedor de un buen dominio del lenguaje, es exuberante al hablar y busca impresionar, imprimiendo a sus palabras un tono dramático que no siempre corresponde con su verdadero estado emocional, dejando entrever su dificultad de sentir y de comunicarse. Por momentos es como si hablara solo: se pregunta y se contesta, aferrándose a hechos concretos, anécdotas, sucesos e insucesos sexuales. Casi siempre comienza las sesiones diciendo: “Fuese qué interesante lo que me sucede”, o “Ayer pasó algo que me llamó la atención”, etc. Con frecuencia rechaza las interpretaciones, tomándolas como absurdas ocurrencias mías, o por considerarlas como una provocación. El temor a la aproximación, su desconfianza y necesidad de controlar han sido los aspectos más reiterados en la labor interpretativa.

Transcribo un sueño que tuvo durante el octavo mes de su análisis, por considerarlo revelador de su conflictiva interna:

“Yo estaba con María (su novia) y no encontraba el camino de salida de una iglesia. Caía en el patio de una iglesia y miraba a través de una ventana con rejas a un monje con la mano puesta en un chico y diciéndole cosas al oído, y yo

estaba del lado de acá de la reja en un patio en que no había salida. Bastaría preguntar al monje cómo salía yo de ahí. Parecería que el monje estaba aleccionando a ese chico. En el cuarto del monje había una puerta que daba al patio. Parece que yo estaba en un laberinto o más bien en un patio encerrado. Maria me hacía la observación de por qué no le preguntaba al monje. Pero había un timbre y yo pensé que en vez de hablar con el monje toco el timbre y me abren la puerta. Ahí no soñé más. Parece que yo no puedo hablar con usted, hay algo que impide. La salida era tocando el timbre. Yo necesito otro medio de comunicación y no la palabra. Con el timbre no usaría la palabra. Parecería que tengo miedo de usar las palabras. Me parece que el monje estaba seduciendo al chiquilín”.

El día anterior había llamado por teléfono para avisarme que no iba a venir a la sesión. La salida a la ansiedad que le produce el venir a hablar conmigo es faltar y usar el timbre-teléfono. El sueño pone de manifiesto su encierro y dificultades de comunicación, presentando dos situaciones autistas: él con su novia por un lado y el chico con el monje por el otro, separados por una reja. Está en una situación sin salida dado que tiene ansiedades por ambos lados, claustrofóbicas con la mujer y homosexuales con el hombre. El padre no es salida porque sumadas a las ansiedades homosexuales se encuentra con las mismas ansiedades que tiene con la madre y que no ha podido elaborar. Los padres quedan entonces confundidos, como lo sugiere el sueño al plantear dos situaciones autistas sin diferenciación entre una y otra. La reja constituye un intento de “splitting” secundario.

Tocar el timbre significa apelar a un tercero, a alguien exterior a la situación laberíntica del sueño, a la vez que refleja sus ansiedades de separación: cuando falta usa el teléfono, manteniendo la unión a través del cordón umbilical. Es lo que hacía de niño, al salir para la escuela, en que se desesperaba por llamar a la

madre por teléfono para avisarle que había llegado.

del problema concreto a la experiencia psicológica

Dos semanas después, en la sesión de un día viernes, comienza diciendo:

“Me está parando un problema concreto, muy serio. Le dije ayer que habían mandado los exámenes de mi tía J. para consulta a una clínica extranjera. Parece que es un caso bastante raro. Pregunté al médico si creía que el tumor se había vuelto maligno. Cuando se lo conté a María se llevó las manos a la cabeza y dijo que eso no le gustaba. La actitud de ella me empezó a contagiar. Debe ser algo raro y los médicos no saben qué es, y yo trataba de aceptar eso. Pasamos una velada en que no había nada que hablar, porque María continuaba en un estado de ánimo especial. Entonces llamé al médico a la casa y le pregunté si él creía que había malignización del tumor. Dijo que no, que había algunos aspectos que no son típicos y por eso hacia la consulta, para tener más seguridad. Le dije que si tenía tanta seguridad por qué mandó los exámenes. Me contestó que estaba cenando, que fuera a verlo mañana al hospital. Esto que me dijo fue peor. Yo tomé Valium y dormí como un loco. Estaba muy deprimido con el problema. Si eso es algo maligno yo pierdo a mi tía. Esto es un problema. ¿Qué se puede hacer? ¿Tendré yo sosiego? Es una cosa que sólo el tiempo dirá”.

A medida que iba haciendo su relato me iba sintiendo cada vez más preocupado y se apoderaba de mí un sentimiento *de* impotencia. ¿Qué puedo hacer con el tumor?, me preguntaba. Pensaba que era una situación ininterpretable, que a punto de partida de un hecho concreto como el tumor una interpretación a nivel de fantasías en términos transferenciales podía resultar algo absurdo y forzado. Creo que mi sentimiento de impotencia obedecía al robo de mi potencia que él había realizado al arreglarse con Valium y a la proyección de su impotencia, del sentimiento de no ser capaz de reparar a sus

objetos.

La transferencia es aquí inmediata. Ignacio eliminó su preocupación con el Valium, no puede ni quiere sentir el problema y hacerse carga, como tampoco María, que se desespera, y el médico, que estaba cenando. Me pasa el problema concreto y queda por saber qué voy a hacer y qué puedo hacer ante la emergencia. Es esto lo que pregunta.

La intensidad de la reacción contratransferencial indica que está usando las palabras para actuar sobre mí (3). Ha disociado su preocupación-tumor y me la pasa a mí, como un paquete, anulándome como analista y convirtiéndome en depositario. Es el mecanismo de la identificación proyectiva, donde no hay comunicación, “nada que hablar”, ya que no está usando las palabras como instrumentos para hablar con su analista de un problema determinado, sino que las está utilizando como elementos concretos de contagio. Se establece una relación en la que no está individualizado; no es él hablando conmigo de lo que siente respecto al tumor de la tía sino que desaparece de la escena y nos quedamos el tumor y yo, o yo con el tumor más precisamente.

Al quedar las palabras convertidas en elementos concretos se pierde la distancia entre el que habla y su interlocutor, así como el vínculo entre el que habla y lo que dice. Se crea una situación en la que él no está diferenciado de mí y en la que no es un sujeto identificado con lo que dice a la vez que diferenciado de lo que dice, afectado de tal o cual manera por aquello de que está hablando. En esta situación no tengo a quién interpretar, ya que las palabras se han quedado sin sujeto que las sustente.

A menos que interprete no lo que dice sino lo que está haciendo al hablar. Sólo secundariamente el material es representativo, dado que está mostrando, sin darse cuenta, qué es lo que está haciendo: pasarme un concreto, contagiarme, probar cómo reacciono.

La labor analítica apuntará a descosificar el tumor, a disolverlo, para desarrollar el conjunto de fantasías que el tumor condensa, de manera que se convierta en fantasía de tumor, a su vez asociada a otras fantasías y otros objetos, única vía de aproximación al mundo interno del analizando. Voy a relatar, muy brevemente, la evolución que se produjo en las próximas sesiones.

En la sesión del martes, dice: “Hace una semana que no tengo relaciones con María. El sábado la quise agarrar y ella no quiso y el domingo me levanté con rabia porque ella no quiso tener relaciones conmigo. Yo estaba loco de ganas y al final ella se dejó. Y eso me dio una sensación horrible... Me mortifica enormemente que María no entre, no participe de un acto sexual”.

Le da rabia cuando se da cuenta que María no lo desea, que se presta como objeto pero no está participando en el acto sexual. Al importarle le deseo del otro aparece el otro como alguien distinto de él, y se encuentra con sentimientos de rabia, consigo mismo (*).

En la sesión próxima, del día jueves, cuenta, muy excitado, que al venir a la sesión se encontró en la puerta con un compañero que le recriminó por no haberlo invitado a una reunión, y que ese encuentro lo dejó rabioso. Luego de proferir protestas e insultos, dice que tuvo un sueño. “Es la primera vez que sueño con usted. Estaba con una cantidad de gente en un lugar que parecía una estación de trenes en M. (donde transcurrió su infancia). Estaba yo y estaba D., con quien éramos amigos allá. Era un campo de gramilla. No sé si estábamos en una vagoneta. Usted se estaba interesando por D. y yo le descubría un rictus en la boca que me parecía medio vampiresco, medio asustador, y D. y usted estaban muy íntimos. Yo también formaba parte del grupo en que estaban D., otras personas y usted. Después no conseguía dormir”.

Interpreté que despertaban en él sentimientos asustadores cuando me ve con otros, cuando se encuentra con otros analizando en la puerta, peligros que

pone en mí en el sueño. Mi diván verde es el campo de gramilla donde vive esas situaciones, donde se producen esos encuentros que lo ponen excitado y rabioso. Y contesta: “¿Y qué quiere?. Ese tipo que encontré abajo me estragó toda la comunicación posible, porque estoy con la cabeza enteramente en otra cosa. A ver si mañana no aparece ningún hijo de perra a joderme la paciencia”.

Cuando dice que es la primera vez que sueña conmigo está denotando la adquisición de ‘otro tipo de relación que no sea el contagio o la ocupación del objeto. Se da cuenta de mi existencia como otra persona vinculada con otros. Pero entonces a él no le queda nada, todo se lo tragó el otro; tal vez mi cabeza está con el otro, como está él, que no puede aprovechar la sesión porque está rabioso por la existencia de otro. Además, si *soy* otro, el analista, voy a descubrir el vampiro que hay en él.

Ya en la sesión anterior, cuando protestaba porque la novia no lo deseaba implicaba el reconocimiento de la autonomía de María como sujeto de deseos, deseos que pueden ser para un tercero.

El tumor ha venido desconcretizándose a la par que Ignacio se ha ido poniendo más excitado y rabioso. El problema concreto toma un cariz psicológico, significación psicológica y la angustia, antes latente, se vuelve manifiesta, pudiendo ser interpretada y atenuada. En esta sesión el tumor adquiere características humanas y se ubica en una zona determinada al descubrirse como “un rictus en la boca que parecía medio vampiresco”; ubicación que, por lo demás, corresponde a la del tumor de la tía, que es un tumor de labio. Ahora alude claramente a su destructividad oral que personifica en mí en el sueño.

Refiriéndose a ese compañero, que ha hablado mal de él y lo ha criticado por no invitarlo a la reunión, dirá’ “Hay que tener cuidado con los compañeros que

*.T. Lacan pone énfasis en el hecho de que desear no es desear a otro, sino desear el deseo del otro para uno.

ponen la boca en el trombón y hablan mucho”. Proyecta la angurria que hace estragos, para la cual el único remedio es la fusión con el objeto o la posesión total del objeto. Es Ignacio quien habla mucho en la sesión y es un “hablar mal”, un hablar sin pausas para ocuparme totalmente y no dar lugar a otros. Son sus deseos de exclusividad que se manifiestan cuando trata de evitar los encuentros con otros analizados, a quienes ni menciona, por resultarle intolerable su existencia. El vampiro lo representa a él metido en el vientre de la madre, separándola del padre y no dando lugar a otros hijos, el vampiro que chupa los eventuales hijos y los penes paternos. Su aislamiento y soledad son expresión del sentimiento de haber sido tan devastador que se ha quedado solo, sin hermanos-amigos con quienes jugar, sometido a relaciones de dependencia que se tornan esclavizantes.

la palabra y el tercero

Ignacio no ha descubierto la palabra como medio de comunicación por cuanto ello implica romper la simbiosis, salir del cuerpo de la madre, dejar el lugar y descubrir que la madre está con otro. El no ha sido parido como no ha sido parida la palabra. La ruptura de la simbiosis hace nacer al sujeto y, concomitantemente, la ruptura del concreto, del “muro del lenguaje>”, en términos de Lacan, hace nacer a la palabra.

La ruptura de la simbiosis y la vivencia de un mundo intersubjetivo sólo se da por la aparición de un tercero. Corresponde a la descripción de M. Klein de la posición depresiva: la vivencia de la madre como objeto total (persona) en tanto relacionada con otro, el padre, y, por consiguiente, de la madre como distinta de uno y de uno mismo como distinto de la madre. En la medida en que la posición depresiva es la que posibilita el desarrollo de la función simbólica, también permite el desarrollo del lenguaje. La ecuación simbólica pecho-pene es sus-

tituida por la simbolización y el uso de la palabra.

La aparición del lenguaje está, por lo tanto, íntimamente vinculada a angustias depresivas de pérdida, de separación de la madre. La palabra nombra al objeto, lo representa, pero no es el objeto mismo. Como ha dicho Lacan, la palabra es una presencia hecha de ausencia.

La relación extraverbal caracteriza a la transferencia narcisística, que se maneja con identificaciones proyectivas, en que el analista no es vivido como una persona independiente sino que pasa a ser lo que el sujeto proyecta, una parte de él. La palabra une de otra manera, estableciendo el encuentro desde espacios corporales distintos. Es por la claudicación de la palabra que la situación analítica está constantemente amenazada de degenerar en una relación de dos, fusionados e indiferenciados entre sí.

La relación por mediación de la palabra, a diferencia de la extraverbal, incluye al tercero; la palabra puede ser oída por un tercero. Tal vez sea significativa la referencia a una relación de tres elementos como constitutiva de la palabra y del símbolo. G. Koolhaas señala una relación triple en la palabra: es expresada por uno, está dirigida hacia el otro y se refiere a algo. Cita a K. Bühler, para quien esta triple relación semántica constituye la estructura básica del lenguaje. El carácter único de la relación semántica es el de su triple radiación (19). Y H. Segal, siguiendo a C. Morris, dice que el establecimiento de un símbolo es una relación de tres términos: una relación entre la cosa simbolizada, la cosa que funciona como símbolo y la persona para quien la una representa a la otra. En la ecuación simbólica, por el contrario, no hay tres términos sino sólo dos, dado que el símbolo no es sentido como tal, como un sustituto, sino como el objeto original mismo, sin modificación (42).

La relación analítica es una relación triple: analizando-analista-análisis. Analizando y analista son dos sujetos que se reúnen para un hacer en común: un análisis. Análisis que, frecuentemente, es representado como otra persona o como el advenimiento de un tercero: un niño, un embarazo o un nacimiento. En todo analizando coexisten y alternan sus deseos de conocerse, que lo llevan a colaborar con el analista, y sus deseos de establecer un vínculo simbiótico con éste, en que habiendo dos fusionados no hay análisis y, por consiguiente, el tercer término es anulado o excluido.

Myrta C. de Pereda (34) relata una situación en que se hace patente la presencia de un tercero en el campo analítico a raíz del embarazo de la analista. Luego de señalar que el embarazo introdujo modificaciones tales en el campo analítico que se constituyó en un factor regresivante, dice lo siguiente: ‘Mi cuerpo modificado y modificándose era el que mostraba el crecimiento de otro, de un tercero, que empezó a ocupar un espacio en el cuarto’. En el periodo en que aún no se había dado cuenta conscientemente del embarazo (tercer mes), la analizan-da trae este sueño: “Estaba aquí con una niña, yo estaba en el suelo, acostada, la niña estaba sentada en el diván, me tenía enferma. Usted estaba sentada en otro lugar, no en un sillón. La niña me daba rabia, yo hablaba y era ella la que interpretaba, pero además ella seguía hablando y usted se interesaba más por ella y no me daba más corte. Me iba furiosa. ¡Claro! Muy lindo análisis de grupo, pero lo cobra como individual”. Desde la perspectiva del presente trabajo interesa señalar que en este sueño se destaca un verbo: hablar, y en una relación de tres, que pone a la analizanda en posición de excluida.

Ante esta situación, que reaviva los sentimientos frente a la madre embarazada y a la llegada de los hermanos, la analizanda cae en silencios prolongados. Al serle preguntado qué pensaba, respondía: “nada”; luego dice: “Tengo un vacío mestal’. La autora señala que de esa manera vaciaba su cabeza y vaciaba el vientre de la analista; con el vacío y la nada desalojaba el conocimiento del

embarazo porque conocer era permitir que existiera. Interpretadas esas vivencias, la analizanda decía: “Mire, yo siento que me comunico con usted, pero no lo puedo expresar”. “Sólo sé que estoy acá”. “Estos días es como si bastara con que yo esté aquí”. “Las cosas se hacen solas, pero tiene que pasar un tiempo, como que estar acá un tiempo bastara”. El resto del tiempo, que permanecen en silencio, se expresaba corporalmente, revolviéndose inquieta en el diván. La analista se encontró de pronto atendiendo ensimismada a los movimientos del niño en su vientre y pudo comprender que lo que hacía la analizanda era colocarse en el lugar del niño.

Considero que este trabajo ejemplifica una situación en que el empleo de la palabra significaba dar vida al tercero, admitir que existiera y sentirse separada, excluida, mientras que con el silencio la analizanda mantenía un vínculo sin palabras, y al quedar fusionada con el feto suprimía al tercero y restablecía la unión simbiótica con la analista.

el interpretar

El analizando está siempre a punto de convertir al analista en el objeto arcaico, o sea, de encarnar en éste sus imagos primitivas introyectadas. La demarcación entre analizando y analista se borra y para restablecerla es necesario el acto de la interpretación. El interpretar implica un “yo pienso que usted”.., o “esto que soy yo no soy yo, es usted”. El restablecimiento de la separación entre usted y yo quiere decir encuentro discriminado de ambos sujetos a través de la palabra mediadora.

J. Strachey ha distinguido dos fases en el proceso interpretativo. En la primera fase de una interpretación “mutativa” se hace consciente que los impulsos del ello se hallan dirigidos hacia el analista; en la segunda fase el analizando puede

discriminar que esos impulsos se dirigen hacia un objeto fantaseado arcaico y no hacia uno real (43), Podemos decir que la interpretación es “mutativa” en el sentido de que pone en palabras los impulsos y fantasías que hasta ese momento operaban en forma no determinada. El analista permite la afluencia de dichos impulsos y fantasías inconfesables, que al ser comprendidos y formulados por otro se integran en una relación humana. La segunda fase corresponde al momento de la discriminación, en que al ser explicitado qué objeto representa el analista para el analizando, se establece una diferenciación entre el analista y el objeto proyectado y una discriminación de las partes y objetos del analizando que están personificados en el analista (31).

El hecho de que el analista no actúe como el objeto arcaico sino que interpreta, significa que el objeto arcaico está en la fantasía y es algo que pertenece al analizando, a su pasado y no a una relación actual. Pertenece al pasado y a una interpretación que ha hecho de los objetos y experiencias del pasado. Discriminación que posibilita la apertura de la temporalidad tanto en sentido retrospectivo como prospectivo; el analizando se descubre una nueva historia y recupera la dimensión porvenir (5), El analista, por su lado, se rescata e individualiza como tal al comprender a quién y qué papel viene representando en la relación con el analizando.

La interpretación es restructurante de la situación entre analizando y analista y restructurante de la experiencia del analizando. La palabra da significado y hace inteligible una situación y la modifica y no simplemente la describe o la traduce. El analista no está observando y describiendo hechos sino que al interpretar está creando una situación nueva.

El analista escucha al analizando y sigue el hilo de su relato, sus movimientos y fracturas. En tanto observador, es menester que quede marginado para poder vincular los diversos elementos que menciona o alude indirectamente u omite ese relato y descifrar su sentido. En tanto se reconoce involucrado, el analista se

auto-observa y al mismo tiempo que escucha sigue el curso de sus fantasías y vivencias contratransferenciales.

Quiere decir que el analizando va haciendo su discurso y el analista lo sigue, pero también hace abstracción del texto del relato y se detiene en una palabra, una frase, en un sentimiento que lo invade, recuerda algo dicho en otra ocasión, repara en que es lunes, etc. Escucha y jerarquiza este detalle, desdeña aquél otro, desarticula y vuelve a articular el material y va construyendo para sí otro discurso, el doble o el correlativo del que pronuncia el analizando.

Todo relato lleva implícita una interpretación, más o menos explícita, esperada por el analizando. Pero el analista va haciendo otro relato, o el correlato, en otra dimensión o contexto, que es el que queda inconsciente para el analizando. S. Leclair subraya “lo extraordinario de una situación en que el interlocutor (analista) parece no tener otro cuidado que no manifestarse nunca en el lugar donde se lo espera” (25), Entre ambos discursos, correlativo uno del otro, hay siempre una distancia que corresponde a la existente entre el texto consciente y el inconsciente. Por la interpretación y mediante la palabra mediadora, esa distancia es franqueada y el discurso se vuelve un discurso compartido (*).

Este doble discurso que se constituye en la sesión puede corresponder a la hipótesis de la doble inscripción, postulada y discutida por el propio Freud, quien ha concebido el inconsciente como una segunda estructura, cualitativamente diferenciada de los procesos conscientes.

Al escuchar, el analista, sin darse cuenta, va llenando lagunas, da unidad al discurso del analizando. De esta operación que es realizada inconscientemente uno puede darse cuenta cuando tiene oportunidad de leer, por ejemplo, la

* El “insight” es una palabra compartida. W. Baranger, comunicación personal.

transcripción textual de una conferencia que previamente ha escuchado. Se hacen evidentes entonces incorrecciones gramaticales que habían pasado totalmente inadvertidas para el oído; aparecen frases y pensamientos que han quedado trancos y lo que antes habíamos entendido perfectamente, gracias a esa actividad de completamiento, puesto en el papel puede volverse hasta cierto punto ininteligible. El texto cambia, no es el mismo, si lo escuchamos o si lo leemos.

¿No es ésta, acaso la manera en que se manifiesta la presencia del inconsciente en la experiencia analítica? Creo que esta actividad inconsciente del analista, que llena las lagunas del relato, corresponde al inconsciente del analizando, que se revela en las lagunas del discurso consciente, como señalan J. Laplanche y S. Leclaire, siguiendo a Freud. Para estos autores hay dos modos de escuchar, que definen como “actitud de traducción simultánea” y “actitud de atención a los fenómenos lacunarios”. Esta última pone en evidencia “puntos nodales”, puntos de carga o, al contrario, de ausencia de carga, lagunas, depresiones, en el discurso del analizando. Para Freud, expresan, los datos de la conciencia son lacunarios y es el inconsciente lo que permite restablecer una continuidad coherente, una relación inteligible. Lo inconsciente, entonces, no es coextensivo a lo manifiesto como su significación; hay que interpolarlo en las lagunas del texto manifiesto. Lo que debe ser interpolado es un fragmento del discurso que debe volver a encontrar su lugar en el discurso. (24)

La actitud atenta a los fenómenos lacunarios vuelve consciente esa actividad inconsciente de completamiento que realiza el analista y lo pone sobre la pista del inconsciente del analizando.

el círculo de la neurosis

La interpretación surge como una necesidad de rescatar el analizando y rescatarse como analista a cada momento, rectificando una relación fantaseada

entre ambos. Es la visión de otro, el analista, quien puede abrir una brecha en el círculo vicioso en que el analizando se debate y modificar su experiencia. En vez de modificarse el analizando va a tratar de mantenerse en ese círculo y de envolver al analista, ganándolo para su lado.

Ignacio lo manifiesta muy claramente. A una interpretación que mostraba la forma en que trataba de controlarme y llevarme para su terreno, contesta: “A usted me lo figuro como un tipo que se sienta ahí atrás y piensa todas las cosas. Piensa en una frase que yo digo e interpreta de una manera distinta a la que yo quiero que interprete. Entonces usted es un enemigo del que tengo que cuidarme, tengo que traerlo para mi campo y desviar la atención suya. Yo me acuesto y empiezo a hablar y empiezo a manejar el asunto yo. Aunque sea para pedir su ayuda, como pedir su ayuda es hiriente, yo tomo siempre la iniciativa. No quiero que esa ayuda venga como usted desea, como usted piensa; quiero que me ayude como yo pienso que debe ayudarme”.

Yo sentí que más que expresando un “insight” logrado al hablar así estaba repitiendo anteriores interpretaciones. Surge en primer plano su rivalidad intelectual conmigo y su necesidad de controlarme. Mientras hable todo el tiempo siente que controla y no importa entonces lo que esté diciendo. Su necesidad de tomar la iniciativa muestra el rechazo a sus impulsos pasivos-femeninos que lo exponen a la castración. Asimila el ser comprendido a un ataque: pierde sus poderes, es penetrado homosexualmente y queda a merced de la destructividad de sus objetos internos. Y porque mi capacidad de pensar y comprenderlo, mi autonomía, el ser alguien diferente de él, desencadena sus ataques envidiosos, a los que tiene que controlar. Su modo de manejar el asunto es tratar de dominarme y anularme como analista, de envolverme e indiferenciarse de mí. Con lo que acaba de decir parece querer mostrar que se conoce muy bien y puede autoanalizarse, pero en realidad se está apropiando de

mi función, de los contenidos de mi mente (interpretaciones) homologados a los contenidos del cuerpo materno.

Me deja entonces vacío y destruido como siente que ha dejado a su madre (*) y como se siente él, por su identificación con el objeto. En este sentido, su hablar todo el tiempo es una defensa maníaca tendiente a llenar el vacío, eludiendo el sentimiento de castración y destrucción interna.

En tanto es guardián de su círculo neurótico, de las soluciones que se ha creado, me convierto en enemigo (no controlado) cuando tomo la iniciativa de pensar por mi cuenta, cuando salgo del círculo repetitivo y puedo decirle algo imprevisto, algo en que se siente captado por mí y que a la vez le haga pensar sobre sí mismo. Quiere hacer con mis pensamientos lo que con los suyos, dado que el no tolerar en mí un pensamiento nuevo, que lo modifique, corresponde al no dejarse él mismo un pensamiento de esta índole, un descubrimiento de su realidad psíquica, mientras se mueve en un círculo de seudoproblemas, para los cuales hay planteamientos ya hechos y respuestas dadas. Sus temores y ataques al pensamiento y al analista que piensa los explicita en esa misma sesión cuando se refiere a ciertos rumores de golpe de estado a cargo de un grupo de oficiales que, según le han dicho, constituye el sector más intelectual del ejército, y dice que habría que destruir a ese grupo enemigo antes que pueda cumplir su propósito.

el hablar como acto fálico — una interpretación inesperada

Trascribiré a continuación material tomado de dos sesiones realizadas dos meses más tarde, en que se aprecian nuevos aspectos de la patología del hablar y el efecto que produce en Ignacio una interpretación inesperada, referente a las fantasías del hablar. La primera corresponde a un día jueves. Dice:

—Ayer viví una gran aventura y quería ver qué se podía deducir de eso porque

* Ignacio ha referido quejas que escuchó de su madre sobre los sufrimientos del embarazo y lo mal que quedó después del parto.

para mi fue muy significativo. Tenía que encontrarme con Maria, pero di unas vueltas que me retrasaron y casi nos desencontramos, lo que puede significar que no quería ir al encuentro con ella. Con este atraso ella llegó antes que yo y se fue. Después vino de nuevo y nos encontramos. Maria no tuvo inconveniente en ir. Pero para que yo tenga el coraje de ir con una mujer a un amueblado necesito haber superado miles de cosas. De la pieza había salido un matrimonio. Tuve un coito a media erección, fue más o menos. Después empezamos de nuevo con las caricias y me empezó a acariciar el pene con la mano. La evocación de A. (una novia anterior) es nítida. A. empezaba a acariciarme como si me hiciera una puñeta y el pene me quedaba duro. Di la segunda mucho mejor que la primera vez, yo sentía que el pene estaba en erección. Esta segunda vez yo no gocé enseguida, duró más. El pene estaba duro. Y después intenté dar la tercera y estaba con el pene *duro* y *seguí* dándole, pero ya no tenía más para sacar para afuera. Lo que hice en la segunda vuelta fue una verdadera “biaba” con el pene, o sea, el tipo dále y dále y la mujer goza seis y siete veces y el tipo queda sólo en la función de hacer gozar a la mujer. Es el gusto de hacer sufrir a la mujer en las manos de uno, que quede cansada, agotada, y el pene funciona como un instrumento tanto de placer para la mujer como de afirmación para el hombre y, al mismo tiempo, de sometimiento.

—Lo único que importa es que el pene este duro. Así no tiene miedo. Y el hablar de lo que pasó ayer en el amueblado es para usted estar haciendo eso conmigo: estar todo el tiempo con el pene duro y darme la “biaba”, para dominarme y dejarme exhausto.

—¡No! ¡Yo no hago eso solamente! Le estoy diciendo que usted está acertando. No sólo usted, yo también. Le estoy dando todos los detalles para que quede contento.

—Igual que María.

—...Es una manera mía de ser... Soy un tipo muy exuberante y vibrante. Usted

no sabe cómo esto sirve de estímulo para mí. Como serviría de estímulo cualquier cosa que uno sienta que está dominando, superando ese monstruo (impotencia) que me ha acechado durante años y ha ido gradualmente cerrando las patas que tenía ceñidas sobre mi; yo estoy quebrando el poder que tenía...

En esta sesión pude comprender lo que Ignacio estaba haciendo al hablarme y que se había traducido ya otras veces en un sentimiento de agobio e impotencia frente a un analizando que habla sin cesar y sin sentir, reiterando ciertos temas sin dar lugar a mis intervenciones o rechazándolas. El habla se manifiesta como un equivalente de su pene erecto pero insensible.

Su búsqueda constante de mantener relaciones sexuales tiene el carácter de una reacción contrafóbica, un intento compulsivo de enfrentarse al perseguidor y dominarlo, que debe reiterar indefinidamente para tener una prueba de que tiene pene y domina a la mujer.

En la sesión siguiente, del viernes, dice:

—Sucedió una cosa que me hace pensar en la actitud que voy a tomar. Me dio en pensar que soy un gran maniobrador, que tengo mucha cancha y que todo lo que haga me va a salir bien. Hace días que tenía ganas de preguntarle al gerente de Z. qué es lo que pasa con esa empresa, con la intención de captar algo en lo que diga. Este gerente me había caído como extremadamente simpático e inteligente. Fui a hablarle y me dijo que todo andaba bien. Le dije que quería conseguir un *convenio* entre A. y Z. y que yo entraría como asesor. Y le pregunté: ¿pero cómo va la cosa en Z? El tipo me dijo: ¿Eso es lo que le preocupa? Déjeme trabajar, no se preocupe más, ya está toda arreglado. A mí me chocó el tono de la respuesta. Fue inesperada. El tipo respondió agresivamente a un sondeo que yo hacía. Yo no contaba con eso. Yo que iba a buscar lana salí trasquilado. Es como si el tipo me hubiera dicho: andate a pasear y no me jodas. De ahí saqué la lección de que tengo que quedarme un poco más callado y dejar de ser meterete.

—Usted viene a captarme a mí, pero ayer se sintió captado por mí. Le dije

algo inesperado, que salía del convenio asesorado y dominado por usted. Se asustó mucho con eso y se pre-

gunta qué actitud tomar ahora, si va a tener que callarse para cuidarse de mí.

—¿Ayer?... ¿Qué pasó ayer?... ¿Qué paso?... Ah! Aquello de que yo usaba el pene como un instrumento de dominio... Anoche tuve un sueño relacionado con lo que le estaba diciendo. Yo estaba en un barco en medio de algunos ejecutivos, entre los cuales se hallaba R., que es mi enemigo personal, que me despidió de C., que me persiguió. Y en este sueño había una reunión en que yo relajaba a R., en que él estaba en el mismo plano que yo, porque a él también lo despidieron. Y parecería que estábamos en el mismo barco y yo podía, después de tantos años, relajarlo y decirle todo cuanto quería decirle.

—En el sueño me pone en el mismo barco y el mismo plano que usted, porque así puede decirme todo lo que se le ocurra. Pero si soy el analista que piensa por su lado y que lo puede hacer pensar a usted, como pasó ayer, entonces va a tener que cuidar lo que dice, para controlarme.

—Lo que sentí ayer fue que ahora estoy arreglándome, funcionando bien. Si uso el pene como instrumento para el dominio no me importa mientras ese instrumento no me falle.

En este sueño me convierte en el jerarca despedido - castrado, como él, para quitarme peligrosidad y como venganza por lo que le había dicho en la sesión anterior. Me anula como un otro distinto de él, restableciendo la relación indiferenciada, para anular la situación que se había dado, en que se sintió captado por mí.

La interpretación de lo que está haciendo al hablar es vivida persecutoriamente pues siente que queda sin instrumentos para controlar y entregado al enemigo. Reaparece entonces el tema del cáncer. Habla del hijo de un amigo que tiene cáncer y que se va a morir, que los médicos no pueden hacer

nada ya. Si pierde sus poderes queda entregado a sus objetos perseguidores internos y yo no voy a poder hacer nada para salvarlo.

En su trabajo sobre las fantasías inconscientes de la erección, G. Koolhaas destaca que la erección actúa como una defensa frente a ansiedades primitivas, como una manera de conjurar al pecho devorador y al pene dentro de la madre. Esto se traduce, en un plano oral, en la fantasía de ser destruido por el pecho devorador internalizado (el cáncer). A nivel de la escena primaria, la erección es una manera de apropiarse del falo materno y un intento de inmovilizar la escena primaria, percibida como pareja combinada. Asimismo, por la ecuación pene-feto, con la erección es recuperada la relación intrauterina con la madre (15).

La erección también defiende de ansiedades depresivas. La manera de hablar de Ignacio corresponde a la defensa maniaca de tener varios coitos seguidos. Si el pene no sube cae en la depresión, queda “con el ánimo por el suelo”

Un fin de semana Ignacio ve en la playa a una pareja de conocidos y empieza a hacer pruebas, a pararse de manos. Se pregunta por qué hizo eso y contesta que, seguramente, para llamar la atención y ser admirado. Para no ser él espectador, quedando enfrentado al objeto temido (castración, locura) se exhibe todo él como un pene erecto fascinante. La penización del cuerpo corresponde a la penización del habla, y el no funcionar el pene es vivido como una catástrofe que compromete a su ser entero.

En todos lados está la pareja. Va a la casa de citas y se encuentra con que de la pieza sale “un matrimonio”, el monstruo que lo acecha siempre, y se hace masturbar. El acto sexual toma el significado de búsqueda de erección y de masturbación frente a la escena primaria. Está otra vez encerrado, sin encontrar desahogo a sus deseos, porque cuando va en busca de una relación con la mujer se encuentra con una situación en que no están en juego sus deseos y la posibilidad de satisfacerlos sino la necesidad de manejar angustias primitivas.

conclusión

El campo analítico es un campo de lenguaje, creado y estructurado por la palabra. El campo de lenguaje es un campo intersubjetivo, siendo la palabra el objeto común, a la vez propio y ajeno, simultáneamente familiar y enigmático.

L. G. de Alvarez de Toledo ha descubierto las fantasías inconscientes del hablar y las palabras, al margen del contenido que expresan.

Señala que son esas fantasías movilizadas en el acto de hablar las que determinan el carácter del objeto analista, que luego será incorporado con la interpretación (3). A punto de partida del modo particular de hablar del analizando se infieren sus situaciones de ansiedad y su psicopatología.

La palabra es independiente de nosotros y, como dice Lacan, es la ley que nos ha formado a su imagen (22). La palabra puede prescindir del sentimiento, del deseo y del pensamiento, y entonces hablamos sobre palabras. Pero el pensamiento no puede prescindir de ella. Un pensamiento sin palabras es un pensamiento que no se formula, que no se realiza. Un deseo sin palabras es un impulso mecánico y precario; la palabra lo constituye como deseo en el momento que le da determinación y lo convierte en un móvil de acción y de revelación propia. Lo mismo con el sentimiento: un sentimiento se descubre y hace carne en nosotros cuando podemos ponerle nombre.

Con la palabra me comprometo, soy yo quien habla, aunque no soy mis palabras. E. Heymann subraya *el* carácter interpersonal e histórico del lenguaje y la capacidad de volver sobre la palabra y con ello sobre todos nuestros actos caracterizables por medio de la palabra, que nos constituye con seres responsables. La palabra deja sentado algo que puede ser retomado, tanto por quien la pronuncia como por otro (15). Es por esto que el decir nos hace más responsables que cualquier otro acto, al mismo tiempo que el empleo de la palabra va unido a la posibilidad de moverse libremente del pasado al presente y a la inversa. En suma, significa la asunción de la historia personal con vistas al futuro, que es el fin buscado por el análisis.

El analizar es un trabajo que se realiza con el lenguaje y en el lenguaje, una tarea de rescate de la palabra. La palabra liberada reorganiza la relación entre analizando y analista y, por consiguiente, reorganiza el mundo interno del analizando. La palabra, el objeto común, en el ‘insight’ se transforma en una palabra compartida, que formula la problemática de la situación. (*)

* Agradezco a Willy Baranger por la ayuda que significó para mí discutir con él este trabajo.

BIBLIOGRAFIA

- (1) ABADI, M. — **Interpretación y verbalización. La comunicación a distancia.** Rev, de Psa. T. XIV, N°1-2, 1957.
- (2) ACHARD ARROSA, L. — **Mutismo y comunicación no verbal en un niño autista.** Rev. U. de Psa. T. II, N° 1-2, 1957.
- (3) ALVAREZ DE TOLEDO, L. G. DE. — **El análisis del “asociar”, del “interpretar” y de las “palabras”.** Rev, de Psa. T. XI, N° 3, 1954.
- (4) BARANGER, M. y W. — **La situación analítica como campo dinámico.** Rev. U. de Psa. T. IV, N° 1, 1961-62.
- (5) BARANGER, M. y W. — **El “insight” en la situación analítica.** Rev. U. de Psa. T. VI, N° 1, 1964.
- (6) BARANGER, W. — **La noción de “material” y el aspecto temporal prospectivo de la interpretación.** Rev. U. Psa. 1. IV, N° 2, 1961-62.
- (7) BARANGER, W. — **Lenguaje y Psicoanálisis. — Conferencia dictada en la A. P. U. en agosto de 1967.**
- (8) BARANGER, W. y MOM, J. — **Síntesis final de los relatos y discusiones sobre material clínico en el VI Congreso Psicoanalítico Latinoamericano.** Rev. U. de Psa. T. VIII, N° 4, 1966.
- (9) BION, W. R. — **Lenguaje y esquizofrenia.** Nuevas Direcciones en Psicoanálisis. Paidós, Bs. As., 1965.
- (10) FREUD, S. — **Lo inconsciente.** Metapsicología. Obras completas, T.IX, 5. Rueda, Bs. As., 1953.
- (11) FREUD, S. — **El análisis profano.** Ob. completas, T. XII.
- (12) FREUD, S. — **Construcciones en psicoanálisis.** Ob. completas, T. XXI.
- (13) FREUD, S.— **Análisis terminable e interminable.** Ob. completas, T. XXI.
- (14) GRINBERG, L. — **Perturbaciones en la interpretación por la contra-identificación** proyectiva. Rev. de Psa. T. XIV, N° 1-2, 1957.
- (15) HEYMANN, E. — **El significado antropológico del lenguaje.** Puente, N°

- 1, Montevideo, 1963.
- (16) ISAACS, S. — **Criterion for interpretation.** Int. J. Psycho. Anal. 1939, 20, 1148.
- (17) KLEIN, M. — **La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo.** Rev. U. de Psa. T. 1, N° 1, 1956.
- (18) KOOLHAAS, G. — **Priapismo. Sobre las fantasías inconscientes de la erección.** Rev. U. de Psa. T. 1, N° 1, 1956.
- (19) KOOLHAAS, O. — **Las fantasías inconscientes de los procesos mentales conscientes.** Rev. U. de Psa. T. VI, N° 1, 1964.
- (20) KOOLHAAS, G. — **Sueño diurno, memoria pantalla, recuerdo imaginativo.** Rev. U. de Psa. T. VI, N° 1964.
- (21) KRIS, E. — **Acerca de algunas vicisitudes del “insight” en psicoanálisis.** Rev. U. de Psa. T. IV, N° 2, 1961-62.
- (22) LACAN, J. — **Fonction et champ de la parole et du langage,** Ecrits. Ed. du Seuil, París, 1966.
- (23) LACAN, J. — **L’instance de la lettre dans l’inconscient ou la raison depuis Freud.** Ecrits.
- (24) LkPLANCHE, J. y LECLAIRE, S.— **L’inconscient: un étude psychanalytique.** L’inconscient. VIe. Colloque de Bonneval. Desclée de Brouwer, Paris, 1966.
- (25) LECLAIRE, S. — **Psychanalyser. Essai sur l’ordre de l’inconscient et la pratique de la lettre.** Ed. du Seuil, París, 1968.
- (26) LIBERMAN, D. — **La comunicación en terapéutica psicoanalítica.** Eudeba, Bs. As., 1966.
- (27) LIBERMAN, D. — **Interpretación correlativa entre relato y repetición. Su aplicación en un paciente con personalidad esquizoide.** Rev. de Psa. T. XIV, N° 1-2, 1957.
- (28) LIBERMAN, D. — **Entropía e información en el proceso terapéutico.**

- Rey, de Psa. T. XXIV, N° 1, 1967.
- (29) LOEWENSTEIN, R. — **Some remarks on the role of speech in psychoanalytic technique.** Intt. J. Psycho. Anal. 1956, 37, 460.
- (30) MERLEAU-PONTY, M. — **Sur la phénoménologie du langage.** Signes. Gallimard, Paris, 1960.
- (31) MOM, J. — **Algunas consideraciones sobre la interpretación en las fobias.** Rev. de Psa. T. XIV, N° 1 2, 1957.
- (32) NIETO GROVE, M. — **Comunicación extraverbal en el análisis de un niño de 9 años.** Rev. U. de Psa. T. IV, N° 4, 1961-62.
- (33) NIETO GROVE, M. — **La vocación de psicoanalista.** Conferencia dictada en la A.P.U. el 14 de diciembre de 1968.
- (34) PEREDA, M. C. de. — **Regresión y embarazo de la analista.** Rev. U. de Psa. T. X, N° 3-4, 1968.
- (35) PEREZ MORALES, F. — **Un caso de neurosis de examen.** Rev. de Psa. T. XV, N° 3, 1958.
- (36) RACKER, O. T. de. — **Consideraciones sobre la formulación de la interpretación.** Rev. de Psa. T. XIV, N° 1-2, 1957.
- (37) RACKER, H. — **Estudios sobre técnica psicoanalítica.** Paidós, Bs.As., 1960.
- (38) REIK, T. — **Surprise and the psycho-analyst. A study of the conjecture and comprehension of unconscious processus.** Londres, Kegan Paul, 1936. Reseña de R. Usandivaras, Rev. de Psa. T. XIV, N° 1-2 1957.
- (39) RICOEUR, P. — **De l'interprétation. Essai sur Freud.** Ed. du Seuil, París, 1966.
- (40) RODRIGUÉ, E. y G. T. de. — **El contexto del proceso analítico.** Paidós, Bs.As., 1966.

- (41) RYCROFT, C. — **Investigación acerca de la función de las palabras en la situación psicoanalítica.** Rev. U. de Psa. T. IV, N° 2, 1961-62.
- (42) SEGAL, H. — **Notas sobre la formación de símbolos.** Rev. U. de Psa, T. VIII, N° 4. 1966.
- (43) STRACHEY, J. — **Naturaleza de la acción terapéutica del psicoanálisis.** Rev. de Psa. T. V, N° 4, 1948.
- (44) DE URTUBEY, L. y SOPENA, C. — **Regresión e interpretación.** Rev. U. de Psa. T. X, N° 3-4, 1968.

**LENGUAJE CORPORAL Y EXPRESION VERBAL
(ANALISIS DE UNA CRISIS PSICOTICA) ***

**SALOMON RESNIK
(Londres)**

Este trabajo es un estudio clínico del análisis de una paciente esquizofrénica que tuvo oportunidad de tratar durante varios años. El acento en esta oportunidad es sobre el periodo correspondiente a la crisis psicótica aguda. Es en ella donde se muestra en forma más evidente modelos primitivos de relación objetal actualizados en la transferencia.

En un trabajo anterior (5) me he referido al concepto de comunicación y particularmente a la forma de comunicación primitiva o pre-verbal, medio de expresión predominantemente corporal que es característico tanto del niño pequeño como del adulto psicótico.

En esta oportunidad vuelvo a ocuparme del tema y en relación con él de todo lo vinculado con las alteraciones de la situación transferencial, desde un comienzo. El primer acercamiento lo considero esencial, pues es el momento en que de la relación binaria paciente-analista emergen los primeros modelos de contacto. El paciente tiene un pasado personal, la experiencia analítica no, el campo operacional analítico nos brinda la oportunidad de observar como “nace”

el fenómeno analítico. El pasado se integra como reactualización en el presente bajo la forma de modelos de relación primitiva dramatizados en el “aquí y ahora”. Los modos de reactualización que se expresan son “imprevisibles” y surgen como consecuencia de una necesidad de comunicarse. La sesión analítica es el campo de experiencia donde el analista tiene la posibilidad de ser observador y testigo. La ordenación de sus hallazgos y utilización en la relación transferencial, contribuye a organizar el “terreno”. En el paciente psicótico la disociación entre fantasía y realidad crea como necesidad la inclusión del “principio de realidad”, como instrumento operacional fundamental. Solo con un marco referencial “realista”, se pueden estudiar las distintas formas de negación de la realidad. Cuando el proceso analítico se desarrolla, distintas formas de comunica-clon se manifiestan. Un estudio semiológico de tales formas se hace necesario. En este trabajo señalaré sobre todo la dramatización y el lenguaje lúdico.

Creo conveniente referirme a algunos antecedentes de la paciente, que utilizaré para ilustrar algunos puntos de vista.

antecedentes

Se trata de la Sra. R, de 31 años de edad, atractiva, de modales finos, agradable.

Lo que me llamó la atención desde el primer momento era los cambios súbitos de su modalidad de presentarse.

Por momentos era una persona distinguida y adulta, que se expresaba coherentemente, otros se manifestaba como una niña pequeña con **cierta** gracia y en otras oportunidades, era fría distante y casi imposibilitada de hablar, o cuando lo hacía hablaba incoherentemente.

Según referencias de la madre, era una niña sociable, muy imaginativa, de inteligencia precoz y que irradiaba simpatía. Aparentemente era la hija preferida

* Este trabajo fue leído en la Asociación Psicoanalítica Argentina el 2 de Julio de 1957 y revisado en 1969.

del padre, quien fomentaba el narcisismo de la hija.

Era la mayor de cuatro hermanos. La antecedía una hermana que había sido lobotomizada a raíz de un proceso de “deterioro” esquizofrénico. (Nota A)*

A los seis años la paciente manifestó un retraimiento ostensible, coincidiendo con la época en que estaba por producirse la separación de sus padres, se agregaron terrores nocturnos y tendencias cleptomaníacas.

Una de las características de la familia era su inestabilidad, cambiaban de residencia con frecuencia y dada la profesión del padre (periodista) viajaban de un país a otro.

En cuanto a la relación entre padre y madre, ésta parece haber sido sumamente conflictual desde un comienzo, por lo que tuvieron que separarse cuando la paciente tenía 10 años de edad.

Durante la pubertad y adolescencia la paciente parecía conectarse con la gente sin mayores dificultades, hasta que, próxima a los 18 años de edad, conoció un hombre mucho mayor que ella, con quien mantuvo relaciones íntimas. Poco después al ser abandonada por éste, comenzaron a acentuarse ciertos rasgos esquizoides de su personalidad. Comenzó a retraerse y desconectarse de los demás, padecía de insomnio, *se* sentía abúlica, deprimida y con temores de enloquecer. Decía sentir dentro de su cabeza algo “raro” que no podía explicar.

En un momento dado se encolerizó con la segunda mujer de su padre, a quien atacó compulsivamente, provocándole un aborto. Luego entró en un estado de depresión muy grande, lo cual unido a su estado anterior determinó SU

* **Nota A:** Tuve oportunidad de conocerla un año antes de ocuparme de R.

internación.

Ya en el sanatorio intentó suicidarse; le aplicaron electroshocks, insulínaterapia y a los 3 meses, ya mejorada, abandonó el sanatorio. En esa oportunidad se la diagnosticó “Esquizofrenia”.

Poco después de abandonar el sanatorio contrae matrimonio, al parecer presionada por su Padre, quien debiendo realizar un largo viaje al extranjero quería dejar a su hija en manos de alguien. *Durante* la luna de miel conoció al que sería luego su segundo marido (bastante mayor que ella) con quien se casó a los 3 meses.

Aparentemente se hallaba bien adaptada a su Vida matrimonial, hasta caer en una nueva crisis al año y medio de ese segundo enlace. Como en la crisis anterior, comenzó con retraimiento, insomnio, actitudes amaneradas y risas “inmotivadas”. Adoptaba actitudes extrañas como la de esconderse dentro de su misma casa, excitándose cada vez más hasta llegar a agredir a su esposo. Se la internó nuevamente. Deja la internación al mes. Al año siguiente, a raíz de una nueva crisis de similar sintomatología es nuevamente internada.

El cuadro que presenta al internarse se asemeja en cierta medida al de su internación anterior. Se halla perpleja, inmóvil, lagrimeando silenciosamente en actitud de súplica. Dados los síntomas ninfomaniacos se la interroga acerca de su vida sexual y manifiesta ser frígida y estéril. Quiere ser madre y se queja de estar desnutrida. Se le diagnostica síndrome esquizofrénico y se le aplica insulínaterapia y electroshock.

Después de tres meses de internación, habiendo sido sometida a un tratamiento similar al anterior, abandona el sanatorio. Regresa junto a su marido aunque cada vez se siente más distanciada de él, por lo que se separa definitivamente des años después.

Comienza a hacer una vida irregular. Su segundo marido muere, y entabla una nueva relación con otro hombre con quien convive.

Durante dos años parece adaptarse relativamente bien pero consulta a *un* psicoanalista. Las razones que aduce son su frigidez y sobre todo su esterilidad. Manifiesta también su preocupación por el hecho de que pierde el interés en las cosas, y comienza a tener dudas con respecto a su nueva relación. Expresa por otra parte su deseo de ser madre y de integrarse ella misma.

Comienza un análisis y abandona al poco tiempo al acrecentarse su angustia, pues, teme, como consecuencia de ésta, caer nuevamente en crisis. El mismo año padece una hepatitis infecciosa que provoca la visita de su padre (que vive en otra ciudad), quién le recrimina su relación irregular con Gustavo.

Tiempo después tiene conflictos en su nueva relación; se acentúan en ella sentimientos de sospecha con respecto a los demás y sobre todo con su amigo. Se vuelve agresiva con él, luego se deprime, comienza a manifestar síntomas de confusión mental. Vive en “una bruma”. En un viaje en tren, se esfuerza por mantenerse bien, hasta que de pronto comienza a tener dolores de vientre, pierde el control, manifiesta síntomas de desintegración e incoherencia con breves episodios depresivos. En este estado tiene lugar la primera entrevista.

primer contacto con la paciente

Me impresiona como una mujer joven y atractiva a pesar de su aspecto avejentado y agotado. Había sufrido una crisis de excitación psicomotriz durante varias horas y en ese momento se hallaba sumida en estado de perplejidad, rígida y ansiosa. Sus ojos, expresivos, se empequeñecían y agrandaban alternativamente; por momentos parecía perdida en el vacío. No habla pero su actitud expectante dio lugar a que le preguntara:

¿qué ocurre?

—Me responde: El mundo se está terminando, las nubes..., el viento..., todo está vacío...

Y luego de un breve silencio, agrega:

— Engordar..., quiero engordar..., el mundo está vacío.

—Está vacío como usted —le señalo— que se siente vacía y sin nada. Y está tan confusa que ya no sabe donde está el vacío, si en el mundo o en usted.

Luego de una pausa dice entrecortadamente, en voz muy baja, mientras con gesto de dolor se lleva la mano al vientre:

—Tener un hijo..., tener un hijo. A lo que respondo:

— Su vientre, quejosamente, está clamando un hijo.

El diálogo que se desarrolla desde un comienzo revela su capacidad de reaccionar a mis intervenciones comunicativamente.

Quizás llamo la atención el hecho de que en una entrevista de **carácter diagnóstico**, la primera, haya adoptado una actitud de intencionalidad interpretativa. Tratándose de pacientes psicóticos considero que, desde el punto de vista pronóstico, es importante tantear no solo las posibilidades de conexión sino también la capacidad elaborativa del Yo frente a las interpretaciones-estímulo.

desarrollo del tratamiento durante la internación

Durante su primer día en el sanatorio, según las enfermeras, la paciente se mantuvo perpleja y rígida, actitud que alternaba con accesos de llanto y episodios maníacos (bailaba compulsivamente). La entrevista tuvo lugar en una habitación individual separada a la que ocupaba, y compartía con otras pacientes.

Al entrar, luego de cierta vacilación comienza a contemplar el cuarto y

sentándose en la cama dice;

—Este es más agradable.

—Mejor es estar sola, aislada, verdad? —le digo,

La paciente, que sigue contemplando distintos sectores del cuarto, detiene por fin con fijeza su mirada en un retrato de Santa Teresa que, estando a sus espaldas, observa a través de un espejo. Cabe aclarar que todo ello sucedía sin que en ningún momento me mirara. En un instante dado comienza a retorcer sus manos, a colocarlas en actitud de súplica y a llorar intensamente, musitando al mismo tiempo algo ininteligible para mí. Luego, señala acusatoriamente la cama y mira a la Santa, como pidiéndole perdón por sus pecados. Y como en determinado momento, acrecentando su actitud implorativa, coloca sus manos entre las piernas a la altura del pubis, le interpreto:

—Busca entre sus piernas su santidad perdida y pide perdón por ser una pecadora.

Luego de unos instantes cambia de actitud y dirigiéndose siempre al espejo pronuncia en voz baja la palabra “ternura” y luego en tercera persona, dice de sí misma:

—Ella no tiene papá, ni mamá, ni hermanos. A lo que agregó:

—Todo está vacío como el mundo (Nota A).*

* **Nota A:** Llamaré la atención el hecho de que por momentos me limite a describir “lo que creo ver” o si se quiere trate de referir lo que capto del “lenguaje interno” de la paciente, fundamento esta actitud en la sensación que tengo de representar en ciertas situaciones el “a través” de la paciente, el objeto intermediario o transicional, el sustitutivo de la tercera persona (como el espejo en la sesión descrita) o la tercera persona, como diría Pichon Riviere. Se me ocurre que en situaciones regresivas en que la disociación entre lo que se piensa y lo que se hace es notoria, ser el traductor “en palabras” de lo que en el enfermo acontece es propender a que cobre conciencia de tal disociación. Todos conocemos el carácter de peligrosidad real que cobran las palabras en el periodo pre-verbal o de comunicatividad primitiva, y la necesidad que en este estado Puede tener el individuo de comunicarse proyectándose en una boca buena a través de la cual poder hablar Palabras-objeto-buenas). El analista actuaría como un verdadero Yo subsidiario que la paciente necesita para conectarse con la realidad.

Luego de esto contempla la manta, blanca, de la capa Y pasa las manos sobre ella como para arreglarla.

—Que la arregle a usted —le digo— se siente muy desarreglada.

—No hay arreglo —responde— y buscando su pecho dice:

—Busco mi amor. (Nota B).*

—Su primer amor —le digo— busca a mamá, a mamá buena como Santa Teresa.

Y como hace ademanes de hamacar:

—Hamacando a Ruth —le agrego. En seguida cambia de actitud y comienza a desarreglarse el cabello. Le digo entonces:

—De pronto hay rabia y todo se desarregla, se desarregla su cabeza.

Luego de estas palabras, deja el cabello y desarregla la cama. Le interpreto:

—La misma cama blanca como su pecho que usted quería y acariciaba, ahora la está desarreglando.

Acompaña a estos actos con actitudes patéticas, entre histéricas y catatónicas, y suplica a Dios que la perdone. Y como a continuación me muestra sus manos vacías y luego las besa, le digo:

—Todo lo pierde. Lo que quiere lo pierde, también teme perderme a mí y quedarse con las manos vacías. Nada le dura.

Luego de una pausa me pregunta.

—Y usted venía hoy?

—No pensaba que vendría —le respondo— ya sentía que me perdía. (Nota A)*

Sería algo similar a la primitiva forma de comunicación madre-hijo, en la que la primera capta y traduce lo que el niño siente. La interpretación, a veces, es la explicación verbal de lo que ya se dio anticipadamente como sobreentendido. Algo semejante Ocurre con la vivencia telepática.

* **Nota B:** Dramatización autoplástica al pecho, revela Una elaboración narcisística de la relación objetal. Todo ocurre en su propio cuerpo.

).

Y como nuevamente desarregla la cama y luego su cabello, agrego.

—Desarregla de rabia por si no venia.

En seguida a esto se toca la nariz y toca su mano. Y como seguidamente trata de ver si los dedos de ambas manos encajan entre sí, le digo:

—¿Trata de ver si encajamos? ¿Si nos entendemos?

—Si —responde—. Y entonces agrego:

—Sin embargo, teme conectarse directamente conmigo, por eso lo hace a través del espejo (igual que con Santa Teresa. (Nota B^{*})).

Después de estas palabras mías, envuelve su cabeza en la manta.

—...Se mete dentro de Santa Teresa para que la proteja? —le pregunto— (Nota C^{*}).

Ahora, cambiando su actitud, arregla la cama y en momentos de finalizar la sesión comienza a hacer ademanes como si un pensamiento acudiera a ella y lo quisiera espantar. Esta impresión mía se la hago saber.

En la siguiente sesión la enferma se muestra más tranquila, y apenas iniciada, se acuesta en la cama de manera tal que provoca en mí la sensación de que se

* **Nota A:** Al aparecer como objeto externo a ella, su elaboración narcisista de la relación objetal se resquebraje. Los ataques al pecho frustrador surgen al comprobar la existencia de éste independientemente de ella. Su “desarreglo” es producto de un ataque indiscriminado al objeto y a las partes del yo ligado a éste, que se traduce, como un impacto de sus pulsiones a su propio aparato psíquico.

* **Nota B:** La utilización del objeto transicional forma parte del contexto de la llamada comunicación indirecta, o “long distance communication”. Es una defensa para medir la distancia de la relación, protegiéndola de impulsos destructivos, de retaliaciones paranoides, y también como forma de controlar los estados de separación y encuentro.

* **Nota C:** Frente a su dificultad de reconocer al objeto necesitado como externo a ella, sus mecanismos de identificación proyectiva (introducirse en el objeto, o alucinarlo en la manta) se incrementan. Denota así una ansiedad típica del paciente esquizofrénico que es la dificultad de vivir fuera de objetos.

halla en un diván analítico. Tuve la impresión de que estaba dramatizando su análisis anterior. Al advertir que abre y cierra los ojos alternativamente y que eleva y baja la voz al hablar, le interpreto:

—Otra vez se siente en análisis, y a pesar de que con su posición señala deseos de proseguirlo, parece estar indecisa; no sabe si abrirse o cerrarse (como los ojos), si hacerme llegar sus palabras o no.

Luego de esto comienza a rascarse el vientre y me señala que en su superficie hay una cicatriz (apendisectomía). Y como su vientre emite borgorismos me dice:

—Eso significa digerir con apetito. A lo que respondo:

—Tiene apetito de incorporarme como algo bueno, como a su primer amor: el pecho de mama.

—Si, mama... mamá... —dice reflexivamente, primero como para sí misma y luego busc4n-dome con la mirada. Le aclaro entonces:

—Busca en mí una mamá a quien querer.

Ahora, con un mechón de su cabello, dibuja en el aire un signo de interrogación, por lo que le digo:

—Tiene dudas sobre mi persona, soy un interrogante para usted.

Y como al observarme abre desmesuradamente los ojos, agrego:

—Trata de despejar sus dudas.

Luego aparentemente en un intento de conectarse conmigo, hace gestos como si me enviara cariñosamente cosas. Efectúa después con las manos movimientos de penetración que semejan un coito y me dice:

—Pienso en agua bendita.

—Agua bendita para usted, mi leche bendita a través de un acto sexual —le digo entonces. A lo que contesta:

—Si, un hombre fuerte como una mamá. (Nota A^{*})

* **Nota A:** La inclusión de elementos sexuales en la relación transferencial, señala la “erotización” del campo analítico; fenómeno éste que he podido estudiar posteriormente como una de las dificultades que se presentan en

Y en seguida, angustiada, como si acudiera a ella un recuerdo desagradable, me dice con gesto dolorido:

—Me duele el bazo.

Le respondo:

—De pronto usted ya no es un “vaso” que recibe agua bendita de mí, sino que es un “bazo” que duele cuando mis palabras, igual que algunos recuerdos, no son maternales y buenas (agua bendita) sino bruscas y dolorosas. (Nota B^{*}) (La relación erótica transferencial encubre fenómenos dolorosos-depresivos y paranoides).

—Me duele, insiste. A lo que le respondo:

—Le duelen mis palabras.

A continuación observa detenidamente la palma de la mano, luego el dorso, y detiene finalmente su mirada en las líneas de ésta.

—Son —le digo— las grandes preguntas que se hace. Cómo es usted misma por dentro y por fuera.....Cuál es su destino...

Luego de una pausa comenta:

—Qué raro es todo.

el tratamiento de psicóticos La relación al pecho, en su función alimenticia y educadora (Super Yo materno) se ve interferida, por la sexualización de ese nivel de relación (esto trastorna los mecanismos normales de sublimación y simbolización). Esta atmósfera erotizante se transfiere a la relación al padre de una manera idealizada

Nota B. La utilización que hago de las palabras de la paciente no sólo tiene por objeto comunicarme con ésta en su “idioma” sino, además, dramatizar con sus palabras (palabras-objetos, características de la etapa preverbal del lenguaje) como si se tratara de verdaderos objetos que la paciente trae a la sesión. Sería algo similar a lo que acontece en el análisis de nidos en que éstos nos comunican lo que sienten a través de los roles que asignan a sus juguetes. Así como el analista de psicóticos, estimulado en su contra-transferencia, se crea, frente a las palabras-juguete del paciente los objetos lúdicos de su propio lenguaje infantil. Se me ocurre que de la misma manera en que el niño guarda su alfabeto-juguete en su cajón individual una vez terminada la sesión, el psicótico deposita su lenguaje plástico (palabras-juguete) en el cajón analista. Del mismo modo como en las primeras etapas del desarrollo, la madre es el reservorio donde el niño, por identificación proyectiva, deposita sus “objetos” el analista de psicóticos se convierte en el depositario de sus palabras-juguete. Tanto en los juegos de palabras como en el “humor esquizofrénico” se expresa una forma particular de manipular los propios objetos internos. La capacidad de “jugar” denota la presencia de un yo infantil sintomático, accesible a la comunicación.

Y como una de sus manos parece jugar con su propia sombra mientras mueve las piernas como si caminara, le digo:

—Caminando hacia la infancia, jugando con las sombras, como cuando era niña. Psicoanalizarse es viajar hacia la infancia, hacia las sombras.

A lo que responde:

—Sí, mis momentos sombríos.

Al día siguiente me recibe con expresión de duda. Al hacerle saber mi impresión de que duda de mí reacciona con temblores y llantos. Luego se calma y manteniendo una mano cerrada y otra abierta me las muestra. Le digo:

—Está dividida. Hay dos actitudes en Ud., por una parte quiere abrirse a mi y por otra cerrarse.

Y como trata de juntar sus manos, y se angustia, agrego:

—Trata de que se pongan de acuerdo ambas partes en usted.

Se pasa las manos sobre los ojos como si quisiera ver más claro y comienza a abrir y cerrar repetidamente sus piernas. (Nota A^{*})

Abrirse y cerrarse de piernas como expresión de *su* ambivalencia. Esta vez en términos genitales. Seguidamente se comporta como una niña que quisiera acercarse más a mi (Nota B^{*}) y luego contempla su mano por dentro y por fuera. Le interpreto:

* **Nota A:** La relación de objeto se erotiza, impidiendo el fenómeno exploratorio, indagativo, de ver “claro”. Hay un desplazamiento topográfico corporal de arriba hacia abajo (relación oral-asimilativa que propende al desarrollo, a la utilización pregenital de los órganos sexuales, Como degradación del modelo inicial de relación).

* **Nota B:** Elaborada la defensa erótica, se conecta nuevamente a través del plano oral-indagativo, reconstituyendo la relación inicial.

—Quisiera acercarse más a mí y develar sus dudas, conociéndome bien por dentro y por fuera para no equivocarse conmigo.

Me responde asintiendo con la cabeza y con ademán de súplica parece rogarme que no la defraude. Mira la manta y traza surcos sobre ella.

—¿Buscando caminos? —le pregunto.

—Tú eres la vida —me dice acariciéndola. (Nota A^{*})

Pero como al expresarse así no me mirara, le respondo:

—Sí, yo soy la vida... La vida que no se atreve a enfrentar.

Y a continuación, como alisa y arruga alternativamente la manta, le agrego.

—Cariño y rabia hacia la vida, hacia mí. (Nota B^{*})

Hace ademanes como si se interrogara a sí misma, por lo que le expreso:

—Y valdrá la pena la vida?, se pregunta Ud.

* **Nota A:** La manta representa la madre, que la cubre, la protege y al mismo tiempo personifica el objeto único, un nexo con la realidad, la realidad misma y la fuente de todo lo vital.

* **Nota B:** La madre, como exponente del principio de realidad, es ambivalentemente querida y odiada. La realidad es aceptada y rechazada. Bion (10) señala los ataques destructivos que el esquizofrénico dirige no sólo contra la realidad, sino contra el aparato perceptivo que lo pone en contacto con ésta (ataca la realidad externa e interna).

Seguidamente, levantando en forma gradual la mano, inicialmente apoyada sobre la cama, parece representar el proceso del crecimiento. Interpretando esto como la dramatización de su propio crecimiento y viendo acrecentarse su angustia correlativamente a la elevación de su mano, le digo:

—Vale la pena crecer para sufrir más? ¿No será mejor ser pequeña?

Luego de un segundo dice:

—Quiero tener mucho dinero... Con mucho dinero puedo ser linda.

—Buena y sana, quiere decir usted —le aclaro.

Y continúa ella.

—Sí, ser buena..., y poder tener un hijo (Nota C*)

—Tener un hijo —le interpreto— es curarse, es convertir una vida estéril en fértil, pero para curarse, para analizarse, necesita dinero.

Y contemplando ahora la manta de la cama:

—Mamá..., mamá... —dice pensativamente.

—Que yo sea una mamá fértil, que la cure —le digo.

Luego se angustia al pronunciar:

—Mamá..., papá... Por lo que le interpreto:

—Decir papá después de mamá es acercarlos, juntarlos y eso la angustia, como si no encajaran bien ambos.

En ese momento se disgrega y pronuncia palabras inconexas:

—Cómo, como, olor, oler, azufre, azufro, dura, madura, no madura.

* **Nota C:** De la relación infantil lúdica y sublimada, a la madre nuevamente la fantasía de tener un hijo erotiza el campo analítico, reactualizando en la transferencia con el analista fantasías incestuosas (maternas y paternas) siguiendo modelos fantasmáticos persecutorios de la pareja unida.

Luego hace la señal de la cruz sobre la manta. (Nota A*)

En la entrevista siguiente entra en el cuarto algo confusa. La hallo deprimida y desganada. En un principio se habla resistido a levantarse para asistir a la sesión, aunque finalmente lo hizo (habiéndole comentado a la enfermera, que no podía creer que el médico hubiese venido). Se acerca al retrato de Santa Teresa, esta vez directamente (sin el espejo como intermediario) (Nota B*), para mirarme luego besándose las manos.

—Al pensar que no vendría —le interprete— me veía como malo, malo porque no estaba. Pero ahora que estoy me ve distinto, siente mi presencia como prueba de interés hacia Ud. Por eso ahora me besa en su mano y se atreve a mirarme de frente (igual que a Santa Teresa).

Vuelve a contemplar el cuadro y extiende emocionada un brazo hacia la Santa. Dirige después una mano hacia uno de sus pechos, como aprehendiéndolo. (Nota A*)

* **Nota A:** Es evidente que la unión de las palabras “papá y mamá” (palabras objeto) la vive como la unión traumática de los objetos mamá y papá, unión que acontece en su mundo interno que reactualiza en la transferencia, que la disgrega y fragmenta. Revive en ese momento la escena primaria alucinatoriamente, como si oliese (olor, olor, azufre, azufre) y como si este olor la persiguiera (por las pulsiones destructivas proyectadas) y quisiera penetrar irruptivamente en ella. Tanto la señal de la cruz como el azufre serían medios mágicos de que se vale la paciente, en ese momento para conjurar el peligro (espantado el perseguidor, los padres conjugados). Se me ocurre que el azufre tendría para la paciente, también, un significado similar al del alcanfor y Otras sustancias que, de acuerdo con ciertas creencias populares, sirven para ahuyentar algunos males (alejar los demonios).

* **Nota B:** En contraposición a la relación indirecta o distante en esta oportunidad y debido a la disminución de sus temores persecutorios dramatiza un modelo de relación directa.

* **Nota A:** El mecanismo operante es la introyección del analista, re proyectado luego como imagen

—Buscando el pecho de mamá —le digo. Y como juntara las manos:

—Juntándose con mamá —agrego.

Manifiesta su contento golpeando con sus dedos los barrotes de la cama (como un bebé), pero seguidamente, haciendo un gesto de dolor se queja que le duele un brazo. Y entonces digo:

—Le duele de tanto extenderlos para llamar a mamá. (Nota B*)

En ese momento me da la espalda y tose repetidamente, para luego volverse hacia mí. Después, trazando surcos sobre la manta, me dice.

—Me pica el vientre.

—Tiene hambre, ¿no?

—Sí —me responde. A lo que agrego:

—Trata de trazar sus propios caminos (surcos en la manta), prescindir de mí, pero sin mí le “pica el bagre” como pidiéndome que llene su vacío.

Ahora acaricia la manta.

—Cuando lleno su vacío —le digo— soy como la santa madre que da alimentos buenos y blancos como la manta.

Momentos después, tras una pausa, cambia de actitud, se coloca detrás de los barrotes de la cama y mueve las manos como si quisiera salir de “adentro”, le interpreto entonces:

—De pronto entra en mí a buscar ese alimento, pero queda aprisionada y no

idealizada, en el cuadro de Santa Teresa. La reintroyección de dicha imagen idealizada se expresa una vez más autoplásticamente, en términos de su propio cuerpo.

* **Nota B:** El bebé vive dolorosamente la existencia de “barrotes” analíticos entre ella y el terapeuta.

puede salir. (Nota A*)

Ahora saca el cinturón de su robe de chambre y tiende uno de sus extremos hacia mí, pero de pronto, al escuchar un ruido, se asusta.

—Estar internada —le interprete— es en este momento estar “adentro” y recibir alimentos de mí como de un cordón umbilical. Pero de pronto teme que le impida salir y cualquier ruido la asusta.

En la sesión siguiente, luego de ensamblar las manos (unirse a mí) y manifestar deseos de incorporarme (tiene hambre), contempla las líneas de su mano y dice:

—Es el destino... El destino es aire. El aire nos rodea... Es espacio y hace crecer todo.

Como hace ademán de aprehender algo en el espacio, le pregunto:

—¿Tomar el aire?

—Sí, pero es horrible —responde, tomándose del vientre.

Y luego de una pausa:

—Dulzura —dice.

—El aire “bueno” es imprescindible como mamá buena, fértil, que hace crecer todo.

—Y el aire es “malo, viciado cuando cae mal al Vientre, le interpreto.

Al día siguiente me recibe con buen ánimo, tose repetidamente (está algo resfriada) y hace esfuerzos por sonarse la nariz.

* **Nota A:** Hay dos significaciones que se yuxtaponen y que probablemente adquieren uno y otro sentido según la unidad de tiempo. Por una parte es el nido que quiere salirse de los barrotes e “introducirse en la madre” en otro momento ya está “internada” dentro de ella con las correspondientes ansiedades claustrofóbicas

—Estoy muy elocuente —me dice.

—Su cuerpo es elocuente —agrego, la tos es para expulsar y la nariz tapada para no dejar entrar. A lo que responde:

—Tiene que ver con el aire..., no sé que me pasa, no tengo apetito.

—Le cuesta incorporar el aire, yo, todo lo que está fuera de Ud. —le digo entonces—. Por eso cierra su nariz y su apetito.

—Así es —me responde.

Ahora, pensativa, trata de extraer una hebra de su vestido.

—¿Retomando el hilo?

Denotando cierta angustia me responde:

—Siento haber perdido un camino y no sé cuál tomar.

En otro momento, poniéndose en la boca un peine que se le había caído:

—Esto es lindo —dice.

Emite ruidos con su vientre y en seguida se quita el peine de la boca. Lo acaricia. De pronto lo aprieta.

—Se le pierden las cosas— le digo. Yo sería el “peine” (Nota A^{*}) que quiere incorporar, pero al escuchar el ruido de su “aire malo” (en el vientre) teme perderme. Por eso aparta mi “peine” de su boca.

Ahora vuelve a colocar el peine en su boca, pero se muestra indecisa respecto de qué hacer con él.

—No sabe qué hacer conmigo —le interpreto— si incorporarme aún a riesgo de perderme por su “aire malo” o alejarme de Ud.

* **Nota A:** La ecuación fonética peine-pene es utilizada por la paciente para denotar la confusión de niveles de contacto. Entre el peine que arregla y ordena los pensamientos-cabellos, y la relación erotizante en el plano genital.

Se angustia y lagrimea. Suelta el peine y con ademán contemplativo acaricia la manta. Besa su mano y hace un tímido ademán de enviarme un beso. Intenta decirme algo y se le escapa un eructo, por lo que se sobresalta. Le interpreto entonces:

—Se confunden las palabras con el aire. Quiere decirme palabras buenas y se le escapa el “aire malo”. (Nota B*)

—Me molesta el saco —dice quitándoselo, y aspira con la nariz.

—Se desprende de lo que le molesta —le digo— y trata de aspirar el “buen aire”. (Nota A*)

La vez siguiente me recibe con estas palabras:

—Lo encuentro mejor, doctor.

—¿Soy su espejo?

—Si, en realidad me siento mejor —responde. Y agrega frunciendo el ceño:

—Pero me gustaría estar mejor aún. Poder encontrarme con la gente.

Se mira en el espejo como si quisiera apreciar su estado y se muestra escéptica.

* **Nota B:** La confusión de niveles de relación oral-genital, se expresa también en términos oral-anal. Parte de la lucha de la paciente es resolver la oposición que su ano ofrece a su boca en lo que concierne a la relación objetal. El aire malo sería expresivo de una degradación anal del aire ‘primordial’. Otto Fenichel habla de la introyección respiratoria como la expresión más primitiva en relación con el mundo, el aire como lo primero que se incorpore de la realidad exterior para poder sobrevivir.

* **Nota A:** Cuando confunde las palabras con el aire, lo bueno con lo malo y se asusta de no poder expulsar lo que quiere, está revelando su dificultad de discriminar el valor de sus “objetos”. Esta situación denota su dificultad de elaborar la **posición depresiva**, es decir, de discriminar, en un todo las partes que lo integran y el temor de proyectar “sin querer” lo peligroso a través del eructo (el “aire malo”).

—Piensa que nada va a cambiar?

—Hay que tener ganas para cambiar —dice. Y agrega:

—No tengo paciencia. Siempre que hago las cosas despacio, me sale mal.

Meditativa, traza sobre la manta signos de interrogación.

—¿Despejando incógnitas?

—Parecería que sí —me responde.

—Probando resolver sus problemas sola, sin ligarse a mí?

Arruga la manta y trata de ordenar los surcos, luego de lo cual alisándola, los “borra”. Como observo que al mismo tiempo arruga la frente, le interpreto:

—Son las arrugas de su frente. No sabe qué hacer con sus preocupaciones, si ordenarlas o borrarlas de su mente. (Nota A^{*})

* **Nota A:** La utilización que hace la paciente de la manta blanca me recuerda el “block maravilloso” de que habla Freud (3) al estudiar la memoria, y en cuya superficie se inscriben recuerdos y pensamientos que paulatinamente se borran. Aunque en el caso de la memoria, como dice Freud, siempre existe la posibilidad de que los engramas insertados en ella puedan reconstituirse activamente en el acto de recordar. La manta blanca sería también una verdadera pantalla de proyecciones similar a la “pantalla del sueño” descrita por B. D. Lewin (4) basándose en los estudios de Isakower acerca de los fenómenos hipnagógicos. Según Isakower los “bultos” que se acercarían a las personas en el momento de dormirte representarían senos cuya figura convexa se aplane y finalmente se confunden con el durmiente, como capturándolo dentro de su mundo. Para Lewin, este pecho aplanado es el pecho materno, tal como lo describe el lactante que mama pegado a él. Según Angel Garma (2), las “representaciones del pecho materno visto aplanado, forman asimismo parte de los contenidos manifiestos de los sueños. Dichos contenidos manifiestos especiales de los sueños a veces figuran en ellos como pantallas que

—¡Qué notable! —exclama mirándose en el espejo. Y agrega enseguida:

—Es terrible ordenar.

—Ordenar es juntar cosas —le digo- pero es terrible juntar lo bueno con lo malo.

—Si —responde.

Durante los días siguientes cae en un estado de depresión y comienza a rechazar alimentos. Se muestra rígida, retraída, y no conversa con nadie. Permanece todo el día en cama, por lo que debo acudir a su habitación (que como sabemos comparte con otros pacientes) para atenderla. Me recibe oculta debajo de la manta. No me habla ni me mira y permanece tensa, Dada su franca actitud negativista, le digo:

—Está tapada, protegida, tiene miedo. Y como tiene desconfianza de todo se encierra en sí misma.

Se tapa aún más. En una cama vecina, otra paciente, preocupada por el estado de aquella,

me informa que no habló durante todo el día y se quejó de dolores en el vientre. (Nota B^{*})

reflejan objetos redondos, Estos últimos también simbolizan el pecho meter lo, pero ya visto de más lejos, y por eso, de aspecto esférico”.

* **Nota B:** Habitualmente utilizo el material que me brindan las personas que están en contacto con el paciente —en este caso lo que me refiere otra enferma— concibiendo así a éste dentro de un grupo o constelación convivencial en el que cada uno de los que la integran expresa de alguna manera diversos aspectos o facetas de la

Al escuchar la conversación, cambia de posición y trata de apoyarse en la almohada.

—En este momento —le interpreto— siente que se preocupan por Ud. y busca apoyo en mí (la almohada) para defenderse del “aire malo” que la ataca en su vientre.

Y como se cubre nuevamente, agrego:

—Ahora se aísla una vez más debajo de la manta para que el “aire malo” no se mezcle conmigo y me dañe.

Hace un gesto afirmativo y tras una pausa dice:

—Soy mala.., mala.

Y como es mala —le digo— todo se pierde a su lado. Por eso se aísla de mí para protegerme y conservarme.

Luego de esto realiza movimientos de succión con la boca y aletea con la nariz como si “succionara”. Le interpreto:

—Busca incorporar mi “aire bueno”.

—¡Ay! exclama, tomándose del vientre.

—Es el dolor de mezclar el “aire bueno” de afuera con el “aire malo” de

vida del paciente. En situaciones como esta el campo operacional varía indefectiblemente y es naturalmente discutible la actitud a tomar. Por una parte algunos analistas como Bion prefieren prescindir de todo dato que no sea exclusivamente el otorgado por la relación analista-paciente. (Según él ignorando lo que ocurre fuera del campo estrictamente analítico, tiene más Posibilidades de detectar experiencias propias de dicho campo referencial). Y Pichon Riviere por otra parte u otros como Rosenfeld, toman en cuenta algunos datos Como, por ejemplo, el que puede brindar algún paciente o familiar.

Mi actitud actual es insistir en el concepto de campo analítico, pero tomar en cuenta también que su espacialidad es fluctuante. Datos sobre el paciente o situaciones grupales como en este caso, pueden configurarse como parte de una gramática de la conducta.

adentro —le interpreto.

La paciente continúa con su negativismo, se niega a comer y sólo acepta el alimento cuando la enfermera, afectuosamente, se dirige a ella en términos de: “tesoro “querida”..

A los aspectos paranoides manifestados en el temor a incorporarme (negativismo) se agregan otros de carácter depresivo.

Aspira el aire y lagrimea como sintiéndose responsable de viciarlo, o directamente en términos de culpa, se acusa de robar mi afecto. Esto lo asocia con el cargo que se hace a si misma de haber sustraído dinero a su amigo (casado) y también con el sentimiento de que unirse a él (casarse) es robarle el papá a los hijos de éste, lo que equivale para ella a enloquecerlos.

En otro momento, viendo que la enfermera le dejaba un vaso con jugo de naranja, decidí acercárselo yo mismo. Ante su rechazo, y recordando que en las últimas sesiones se manifestaba agresiva en el momento de retirarme, le interpreto:

—La enfermera es cariñosa, le da de comer diciéndole “tesoro”, le da buen jugo de naranja. Yo, en cambio, soy malo porque la abandono. Por eso no acepta mi jugo.

Hace ahora nuevamente un gesto de rechazo, acaricia y alisa la manta y elude todo contacto conmigo. Lo que interpreto como un rechazo tanto de mi persona como de todo aquello a lo que, por estar ligado a mí, otorga intencionalidad persecutoria (palabras, alimentos...) y vincula o la hostilidad que le despiertan las frustraciones que le provoco (por ejemplo: abandonarla al finalizar las sesiones). Todo ello, como vemos, contribuye a acrecentar el carácter paranoide de la relación transferencial.

En otra sesión, como me señala que la manta está algo sucia, le hago notar la relación existente entre la suciedad de ésta y los aspectos malos o sucios que puede haber en mí. Pero como insiste en señalarme la suciedad de la manta y la parte interna de su mano (la palma) experimento la sensación de que hay algo más que en ese momento no puedo captar, por lo que le pregunto:

—¿Adónde está lo sucio?

Me responde con gestos que lo sucio está en su mano, lo que interpreto diciéndole:

—Claro, Ud. dijo que era mala y sucia. La palma de su mano la representa a Ud. sucia por dentro, contaminando mis aspectos limpios. Por eso, para no ensuciarme a mí ni a los alimentos, se aparta, se niega a comer y a conectarse conmigo (Nota A^{*}). Me muestra el vientre y me dice que todo está confundido, la comida, la grasa, los músculos y el aire.

—En su vientre —le digo— hay distintas cosas confundidas, y como no las puede separar, las retiene a todas para que con lo bueno no salga también lo malo. (Durante esos días se halla muy estreñida).

Ahora sobre la manta traza líneas paralelas y cruzadas, lo que interpreto como deseos alternativos de cruzarse conmigo o de mantenerse paralela a mí, separada. Dibuja ahora una bandera, que separa con una línea de otro dibujo que representa, según ella, cañerías.

* **Nota A:** Ya en un trabajo anterior (5) estudio los mecanismos de negación frente a los alimentos e insisto en la importancia de interpretar la situación paranoide no sólo como un “cerrarse” a su mundo persecutorio (el Perseguidor “afuera”), sino también como un preservar lo bueno externalizado de sus perseguidores internos (el Perseguidor “adentro” el “aire malo”). Una forma menor del negativismo alimenticio sería la anorexia.

—Las cañerías son los intestinos con las “cacas” —le digo— que Ud. separa de mí con una línea, la bandera, para no mancharme. Por eso no comía, para no ponerme en contacto con sus cacas

Al día siguiente, al iniciarse la entrevista, se sienta en la cama, y como la empuja hacia atrás, alejándose de mí, le digo:

—Pone distancia entre nosotros, así como ayer la ponía entre la bandera y la cañería.

—Estoy mejor —me responde con impaciencia, y exclama.

—¡Hay! —Dios Santo! ¿Dónde estarás?

—¿Adónde estarás? —subrayo. A lo que contesta:

—Hay que encontrarlo en cada uno de nosotros.

—Reencontrarlo, reencontrar la imagen ideal de papá dentro de sí misma.

—Todo depende de uno mismo —me responde— desde que uno nace hasta que muere. Uno mismo debe tomar decisiones.

A lo que le interpreto:

—Ahora sería elegir entre curarse y no curar-se. Entre aceptarme y no aceptarme. Es lo que ocurrió durante estos días, en que no comía y se aislaba de mí para no aceptarme. (Nota A^{*})

* **Nota A:** Trato de mostrar cómo *un* mismo síntoma, el negatismo, visto desde diferentes enfoques y a través de diversas configuraciones estructurales, determina una Interpretación distinta de la situación psicológica. Creo necesario agotar al máximo los diferentes puntos de mira que ofrece un mismo síntoma y considero que la comprensión global del mismo es la resultante vivencial de una visión polifacética.

Luego de una pausa dice:

—Una trata de ir para adelante, pero si lo de adelante es peor y una se estrella, es mejor volverse para atrás.

—Si dirigirse hacia adelante es acercarse a mí, es acercarse a G en este periodo de su vida —le interpreto— y esto es vivido por Ud. como un estrellarse, se vuelve hacia atrás, del mismo modo como se alejó con la cama hace un instante.

Y ahora como dibuja sobre la manta un huevo, le digo:

—Vuelve hacia atrás hasta volverse huevo. Eso es lo que quiso lograr con sus crisis, volverse huevo como su hermana menor, a lo que me responde:

—Pero no me volví del todo, desgraciadamente, y agrega:

—Los niños deberían nacer de generación espontánea, no tener padres.

En ese momento manipula entre sus manos pequeños trozos de algodón que son, según dice, como migas de pan. Y come se dirige a mí sonriendo, le respondo:

—Sí, no tener padres para no ligarse, ni tener que desligarse. Pero no puede estar totalmente desligada de todo y por eso ahora, sonriendo, quiere hacer “buenas migas” conmigo.

Enseguida dibuja sobre la manta una Y”. —La “Y” es para unir una palabra con otra —le interpreto— y ahora es para unirnos a través de algo que al mismo tiempo no nos confunda, nos delimite.

En la siguiente entrevista la encuentro escribiendo una carta. Me informa que está dirigida a G y me cuenta:

—Pido que me traigan la ropa que necesito. Cuando me interné no pude

arreglar la valija. No hay como una misma para hacerlo. (Nota A*)

Enseguida comienza a trazar surcos en la manta que, como vimos anteriormente, expresan su necesidad de encaminarse en algún sentido. Como traza algunos hacia adelante y otros hacia atrás, le interpreto:

Hay dos tendencias en Ud.: una que busca encaminarse hacia adelante, acercarse a mí y comunicarse conmigo. Es la que predomina en este momento y representa la curación. Y la otra tendencia, que busca dirigirse hacia atrás, enfermarse, volverse huevo.

Coloca la lapicera sobre la mesa y la hace girar, esperando ver en qué dirección se detiene.

—¿Una brújula?

—Sí —me responde.

—¿Busca cuál es su norte?

Ante esta última pregunta se sonríe y coloca la lapicera en dirección a mí, por lo que interpreto.

—¿Busca su norte en mí?

Se muestra con dudas, como si se asustara de colocar toda su esperanza en mí, y de pronto hace girar bruscamente la lapicera como si la brújula hubiera

* **Nota A:** Es decir, se refiere a la necesidad de ocuparse de ella por sí misma (Sentimiento de mismidad) Y ubicarse ubicando sus propias cosas en su “cuerpo propio”. La valija representaría los límites corporales (la Superficie de su cuerpo) dentro de la cual desea ubicar “lo Suyo” para delimitarlo de lo que no es suyo. Esto implicaría un intento de diferenciación entre un Yo Y un no Yo, ligado a la estructuración de su propio “esquema interno”. La sesión de la “Y” se vincula al proceso de creación de límites.

En un trabajo mío anterior (5) partiendo de conceptos de Winnicott insisto en la importancia de las primeras relaciones madre-hijo (“momentos de experiencia”) como factor estimulante de las funciones senso-perceptivas del yo y de su consiguiente desarrollo, Según Freud (1) “El Yo es ante todo un ser corpóreo y no sólo un ser superficial, sino inclusive la proyección de una superficie”.

enloquecido.

—Y fui dando tumbos..., tumbos...

—Sin saber dónde parar —subrayo— enloquecida de haber colocado toda su esperanza en alguien y haber sido defraudada.

Y como dibuja sobre el papel de carta un avión:

—Escapar volando, para no defraudarse? —le pregunto.

—Sí —me responde, y comienza a dibujar un comedor y un baño.

Intenta hablar pero no puede, y siente un dolor que le sube desde el estómago hasta la boca, donde se localiza. Siente dolor de muelas.

—Hay cosas —le digo— que duele sacar afuera porque pueden dañarme. Cosas que suben desde el baño (los intestinos) hasta el comedor (la boca). Para no perderme con sus palabras-caca las detiene en el borde de su boca, aunque le duela.

Este temor a proyectar pata no dañar lo expresa también cuando me dice:

—Me preocupa que la chapita de este taco (me muestra un zapato) esté por salirse.

—¿Y qué teme?

—Temo que se me salga lo de adentro —responde.

—¿Que se le escapen las cacas por abajo?

—Sí —dice, y comparando ambos zapatos:

—Son distintos —observa.

Le interpreto.

—Hay dos aspectos en lid, que son distintos, como sus zapatos.

Uno, que necesita arreglo, es su parte enferma y peligrosa, difícil de refrenar. Otro, que está sano, es su parte buena.

Mientras hablo, trata de acercar su zapato a otro, y me interrumpe, diciéndome:

—El zapato que tiene la chapita salida, lastimó al otro.

—Es decir —interpreto— que la parte enferma que contiene cosas peligrosas puede invadir la parte sana si trata de unirlos para integrarse.

Al poner fin a la entrevista se muerde un dedo.

Esta muy pendiente de mis palabras y da la sensación de querer seguir escuchándome. Le hago notar cómo cuando me voy soy una teta que muerde con rabia. Me responde que sí y me acompaña hasta la escalera, desde cuyo borde me contemple mientras desciendo, hasta verme desaparecer.

En la sesión siguiente la encuentro en cama estuporosa, rígida, desconectada. Parece ignorar mi presencia. En forma disgregada pronuncia palabras que no llego a oír bien. Le interpreto que cuanto más se liga a ¡ni más rabia le da cuando me voy, y que en su dedo mordía y rompía en pedazos el pecho malo que se va y que ahora me sentía roto y disgregado como sus palabras dentro de ella.

Me mira como si me viera por primera vez. Y al verla ponerse rígida, con los brazos y piernas cruzados, le digo:

—Se mantiene cerrada tratando de que no se salga la chapita, para no dañarme, para no romperme de nuevo con su rabia.

Se arregle el cabello y apoya su cabeza sobre una mano, a la que luego bese. Me mira. Hace con los labios movimientos de succión.

—Viendo que no estoy roto —le interpreto— se acerca nuevamente a mí para

incorporarme.

Esta vez al retirarme me sigue no sólo hasta la escalera. Al atravesar el jardín advierto que la paciente corre detrás de mí haciéndome señas para que vuelva.

En los días siguientes, debido a que el cuarto en el cual habitualmente la atiende estaba ocupado, las entrevistas tienen lugar en una pequeña cocina. Veamos pasajes de algunas sesiones:

Al entrar en la cocina toma un repasador sucio y dice:

—Es un buen repasador.

Revise los bordes, los alisa y lo extiende sobre la mesa apoyando una mano sobre él.

—Aunque esté sucio —le interpreto— aunque sea malo, como yo cuando me voy y la abandono, trata de verme bueno y limpio porque así me necesita.

Y luego de una pausa, mirándome:

—Tiene la mirada buena de papá —me dice.

Y con un gesto de desagrado arruga el repasador y luego lo alisa, señalando así su ambivalencia frente a la figura del padre.

En otra oportunidad, al llegar trata de poner en orden la cocina. Luego, al sentarse, me muestra sus manos.

—Son distintas —dice, y tecleando sobre la mesa como si fuera un piano agrega:

—Estoy armonizando.

—Tratando de armonizar —le digo— de poner de acuerdo sus partes distintas, la parte suya que arregla y ordena, como ordenó la cocina, y la que desordene.

En otra oportunidad, cubriéndose parte del rostro con un mechón de su cabello, dice:

—Está sucio.

—Aunque sucio y molesto, el cabello le sirve para cubrirse, y cuanto más

sucio más la cubre y protege —le digo a mi vez.

—Es así —me responde, mientras con el mechón se toca la punta de la nariz.

Luego se recoge el cabello y tomándose de un pecho dice:

—Es difícil quedarse con todo.

—Cuando me ve bueno, como papá bueno, me quiere todo para Ud.

—Claro— me responde. Y como me mira contrariada:

—Cuando no es así me mira como recién, y busca entonces el pecho de mamá —le aclaro.

Se sonrío y realiza con su boca movimientos de succión.

—¿Succionando mis palabras como leche buena de mamá?

—Sí, sí —me responde, mientras se chupe un dedo. En seguida, con actitud pensativa y contemplando una de sus manos:

—Hay un misterio aquí —dice.

—¿Cuál?

—Y... el misterio del cuarto amarillo —me contesta. Y mientras observa detenidamente sus dedos como tratando de develar un secreto, le pregunto:

—No será el cuarto dedo el amarillo? A lo que responde:

—Mi hermano M sufre del hígado (Nota A^{*}), y luego de una pausa agrega:

* **Nota A:** Como consta en *los* antecedentes M es el cuarto hermano, hijo del segundo matrimonio del padre. Lo amarillo podría interpretarse también como parte del interior de la madre, el hijo resultado de ataques uretrales en situaciones de frustración frente a la avaricia (no se puede quedar con todo).

—Siempre estaba enfermo, sufría del hígado, se ponía amarillo. No lo aguantaba, todo el mundo lo mimaba, le tenía celos. Y dicho esto comienza a hacer ruidos con los dientes como *si triturare* algo.

—Triturando a M —le pregunto.

—Sí —me responde— tocándose la nariz. Y luego agrega:

—Le tengo rabia, me lo comería. (Nota B*)

En la sesión siguiente sigue viviendo transferencialmente sus fantasías frente al pene. Me recibe en estado de gran excitación sexual (realiza movimientos de coito) y se masturbe. De pronto se interrumpe y avergonzada, tapándose la cara, comienza a rezar. Por lo que le interpreto:

Trata de luchar contra la tentación de apoderarse de mi pene, como quiso apoderarse del pene de M. Siente esos deseos como un robo y le da vergüenza.

* **Nota B:** En el transcurso de esta sesión podemos ver cómo la paciente se protege y se resguarda con lo sucio (“el cabello Sucio”). Y como sus exageradas demandas instintivas (“...quedarse con todo”) determinan cambios bruscos en la elección de objeto (del pene del padre, la “nariz”, pasa rápidamente al pecho de la madre). La inevitable frustración (dada la magnitud de las demandas) incrementa su agresividad en el plano anal (ensucia los objetos odiados, aunque “necesitados”: padre y madre alternativamente) Pero al necesitar a aquellos, que son objeto de su odio, aunque sucios (por su causa) los Conserva y se cubre con ellos. En lo que respecta a la “envidia del pene”, expresaría la “necesidad” de ser varón para ser “mimada” (querida) por sus padres (su Padre quería tener un hijo Varón). Además, ser varón Significaría tener a los padres unidos (pene de unión) Ya que M. el único varón, era a su vez el único que tenía a sus padres unidos. Según la Dra. Arminda A. de Pichon Riviere (6) el odio a los hermanos representaría también el odio a la madre (los hijos como partes de ésta). Expresaríase así el resentimiento hacia el objeto Original

En seguida se quita la pulsera (un regalo de su madre), la acaricie y colocándola en su boca comienza a succionarla.

—Con el pene adentro —le digo— consigue nuevamente acercarse a mamá, recuperar el pecho de mamá (la pulsera).

De pronto aprieta la pulsera como para retenerla y con expresión dolorida la retire de su boca.

—Como no puede conservar el pene adentro después de cada acto sexual —le interpreto— así no puede retener ahora mi pene como fantasee robar. Por eso se siente dolorida al no tener ya un pene con el cual acercarse a mamá (la pulsera).
(Nota A*)

* **Nota A:** Las fantasías de robar el pene, en última instancia el pene del padre, e incorporarlo oralmente se expresan, como vimos, acompañadas por impulsos genitales, tal cual acontece, según Melanie Klein (9) durante el desarrollo de las tendencias edípicas en los estadios tempranos de la niña. Por supuesto que tales impulsos están supeditados a tendencias pre-genitales. La envidia al pene y los deseos de incorporarlo se incrementan en esta paciente frente a situaciones de frustración muy intensa su primera crisis tuvo lugar a los 18 años luego de haber mantenido su primera relación sexual con una figura paterna (un hombre de 40 años, casado, como vimos en los antecedentes) vivida como buena y por quién se vio de pronto abandonada. En las crisis posteriores se presentan situaciones similares o equivalentes (gran desilusión) que repiten en cierto modo la situación traumática del abandono del padre. Los episodios ninfomaniacos que ocurren durante las crisis podrían interpretarse como una forma compulsiva de incorporar un pene “no determinado” (cualquiera) donde poder proyectar el pene bueno del padre (integrador). En otra configuración, la incorporación se relaciona con el masoquismo secundario que según Melanie Klein tendría por objeto internalizar penes destructivos para combatir los penes internalizados malos aunque con la amenaza consiguiente de afectar el propio Yo ligado a ellos. La interpretación que hago del deseo frustrado de incorporar el pene después de cada acto sexual correspondería a vivencias primitivas de la niña, según las cuales, sostiene Melanie Klein, la madre después de cada coito se queda con el pene del padre. De ahí la fantasía de una madre con muchos penes en su interior. Otro de los propósitos de la ninfomanía, sostiene la misma autora, sería tantear el grado de daño que puede infligir el pene, como una forma de elaborar anticipadamente la ansiedad frente a la irrupción. Otro objeto perseguido a través de la compulsión a incorporar el pene ninfomaniacamente sería transformar el pene malo en bueno. En este caso la posesión del pene es un medio de poseer transitivamente a la madre (el pene-vinculo). La relación al pene paterno puede ser concebida también como producto de un desplazamiento del pezón al pene sustituyendo la discontinuidad de la relación original, al pecho. Un aspecto que se denota en esta sesión es la atmósfera erotizante, que confunde los desniveles de expresión (oral - anal - genital).

En otra sesión me recibe deprimida y con dificultad para conectarse conmigo. Con una mano da golpecitos a la otra como si quisiera comunicarle algo.

—¿Trasmitiendo? ¿Diciéndole cosas una mano a la otra? —le pregunto.

Y como suspira y traza sobre la manta líneas curvas simétricas:

—Trasmitiendo a través de la manta? —agrego.

Angustiada, se pasa la mano por la boca y dice:

—Existe el pan cuando se come.

—Las cosas existen —le interpreto— cuando uno las lleva a la boca, las siente y las ingiere. Yo existo para Ud. cuando me siente dentro de Ud.

—Tengo sed —dice, tocándose el vientre.

—Sed de recibirme, como el pan bueno de cada día, como pechos (líneas curvas paralelas) que apaguen su sed —le respondo.

Hay un tipo particular de comunicación que surgió entre la paciente y yo en un momento dado. Ya al ocuparme del “juego de palabras” como un manipular de las “palabras-juguete” que se reactive en determinadas situaciones como una forma primitiva de recrear los objetos internos, me referí a la comunicación a través del juego. En otros momentos del desarrollo del tratamiento aparece otro tipo de juego transferencial o de comunicación lúdica. Ahora veremos un diálogo que ejemplifica algo semejante a la dramatización de un cuento de niños. Al señalarme un cuadro (esta vez la entrevista es en el comedor) (Nota A*), con

* **Nota A:** El yo infantil, en contraposición con el yo psicótico, tiene capacidades sintónicas y es capaz de **jugar fabulando** (capacidad lúdica de comunicación).

voz infantil me dice:

—Ahí está la ballena con la boca abierta.

—¿Y me va a comer?

—Sí, porque es malo —me responde. Y contemplando el cuadro con expresión pensativa, agrega:

—Sin embargo, el cuadro también tiene cosas lindas. (Nota A*)

—Es como Ud. —le interpreto— que a veces tiene cosas feas y se enoja, como la ballena que me quiere comer, y a veces siente cosas lindas hacia mí.

Tuve la sensación de que tanto en la paciente como en mí surgía la necesidad de expresarnos como si estuviéramos dramatizando un cuento infantil. Al preguntarle yo: “Y me va a comer?” estaba representando por identificación introyectiva lo infantil, pero, además, en virtud de una reacción contratransferencial, despertaba el idioma lúdico infantil latente en mí. Considero que con ciertos pacientes (sobre todo psicóticos) se imponen espontáneamente, en la relación transferencial, las distintas formas de expresión primitivas tales como la dramatización (Nota B*), el juego o el cuento.

* **Nota A:** Esta reflexión de que lo feo y lo lindo coexisten en un mismo cuadro, en su propio “cuadro psíquico”, tiene carácter de “descubrimiento”. Es decir, de revelación de las tendencias contrapuestas de su mundo interno. Como sabemos, esto se da en la llamada posición depresiva, en la cual aparece la capacidad para discriminar las cualidades del objeto.

* **Nota B:** Dramatización y juego se interrelacionan entre sí. Es interesante destacar que en distintos idiomas existe una sola palabra para ambos conceptos (en alemán: spielen; en inglés: to play; en francés: jouer),

En una oportunidad muestra su ambivalencia acariciando y arañando alternativamente, Con todos sus dedos, la mesa a la que estamos sentados frente a frente. Enseguida, asustada de su odio parece retroceder y, como tanteando el efecto que produce, comienza a arañar la mesa esta vez gradualmente, primero con un dedo después con dos y así sucesivamente, como tratando de medir el “*cuantum*” de su destructividad. Así se lo hago saber preguntándole”. ¿Midiendo su odio?, y agregando luego que le preocupaba saber no sólo cómo era su odio sino también hasta qué grado podía llegar a odiarme sin riesgo de perderme. (Nota C*)

Otro aspecto que creo de interés tratar es el que se refiere al desarrollo de la capacidad integrativa del Yo durante el tratamiento. En mi labor con psicóticos, sobre todo esquizofrénicos, me preocupa, precisamente, estudiar las alternativas del proceso de integración y desintegración del Yo. Es sabido el temor a la desintegración existente en todo individuo y como, frente a este temor, se acrecientan mecanismos reactivos de tipo obsesivo. Este tipo de reacción frente a la disgregación es propio de los individuos “rígidos”. Todo esquizofrénico, mientras puede, se acorare caracterológicamente lo suficiente como para luchar contra la desintegración. Esto se relaciona con la indiferencia y frialdad que suelen tener.

Las llamadas personas “flexibles” son aquellas que en virtud de una mayor confianza en su capacidad reintegrativa, permiten una mayor “holgura” a su Yo, se dispersan en determinados momentos (dispersión necesaria para comprender

* **Nota C:** Ya hemos visto como en determinado momento (la sesión del cuadro) la paciente adquiere conciencia de su capacidad para discriminar las cualidades del objeto (bueno o malo). Ahora no sólo le preocupa la discriminación cualitativa de sus pulsiones sino también la cuantitativa (conocer el “*cuantum*” de sus pulsiones agresivas).

y abarcar ciertos problemas) y pueden, cuando les es necesario, reconstituirse. Winnicott (9) dice:

“Hay largos períodos de tiempo en la vida de un niño normal en los que no le importa si es muchos o un solo ser ‘o si vive en la cara de la madre o en su propio cuerpo, con tal que de tiempo en tiempo se reúna o sienta algo”,

En nuestra labor de psicoanalistas, sobre todo tratándose de este tipo de pacientes, considero importante permitirse una cierta dispersión para poder captar y elaborar consiguientemente interpretaciones de mayor contenido vivencial. Es como atreverse de alguna manera a internarse en la locura para “detectarla” y comprenderla mejor. Mostraré una sesión en la que podremos estudiar el grado de plasticidad y función sintética del Yo a través de distintos pasajes por los que atraviesa éste durante el desarrollo de la misma.

La encuentro recostada, tranquila y bastante integrada. Por primera vez desde que está internada se halla leyendo un libro, lo que interpreto como una prueba de mejoría, puesto que puede integrarse con algo, la lectura.

—Estoy mejor —me dice. Y luego de preguntarme si traje cigarrillos, agrega:

—Si no, no puedo hablar.

—Claro —le respondo— si yo no le doy, Ud. tampoco me da.

Y como por toda respuesta, agresivamente, se rompe una uña, agrego:

—Ahora, de rabia porque no le doy se rompe una uña.

En seguida realiza movimientos de succión y mirándome, dice:

—Lo encuentro cansado. A lo que respondo:

—Ud, siente que estoy “chupado” cansado por Ud., por sus exigencias. Por eso siente mi leche como “leche cansada”.

En seguida comienza a toser, por lo que agrego:

—Como soy “una mala leche” (“leche cansada”), la rabia se le va a los bronquios.

De pronto levantando la manta con angustia y sobresalto, exclama:

—¡Ensució la cama! (En realidad nada de eso había sucedido).

—Si la rabia —le digo— no sale por arriba, por los bronquios, sale por abajo, como “cacas” que me ensucian.

Ahora se despersonaliza y comienza a mover las piernas acompañada y rápidamente, como si estuviera marchando. Y mientras con una mano parece revolver algo dentro de un recipiente, con la otra, poniéndose firme de vez en vez, hace la venia (parecía un “robot” descompuesto) y confundida me dice:

—Yo ya no sé... yo ya no se... Se toca los genitales y balbucea:

—Te-te-te, ti-ti-ti-, que-que-que-, pa-pa-pa-.

—Es una carrera acelerada —le digo ahora—; ya no sabe qué hacer, si obedecerme haciéndome la venia, si mejorar mi leche revolviéndola, o tragar de todas maneras, por donde sea: por su vagina, la leche de pa-pa-pa, o por la boca, la te-te-te de mamá.

Luego de esta interpretación llora, y al finalizar la entrevista trata de retenerme. (Nota A*)

* **Nota A:** Esta posibilidad de desintegrarse o integrar rápidamente en una misma sesión nos da la pauta de una mayor movilidad y fortaleza del Yo. Al fragmentar las palabras (balbuceos) y luego recomponerlas ligando los fragmentos, reproduce en cierto modo el proceso de adquisición del lenguaje. Esta recomposición o reconstrucción de la palabra lo relacione, según Arminda A. de Pichon Riviere (6) con la posibilidad de reconstruir la primera palabra-objeto. El balbuceo es ya una forma de comunicación, aunque primitiva. Shirley (8) refiriéndose al balbuceo habla de vocalización socializada. También es una forma lúdica de comunicación. En la sesión que muestro la paciente logra estimular en mí la necesidad de “entrar en el Juego” y balbucear, es decir, hablar su propio idioma. Y es en ese idioma que entro en contacto con su mundo infantil. Mis interpretaciones vividas como buenas, actúan como aglutinados-ras de partes de objeto (fragmentos de palabras, sílabas) y contribuyen a conformar la palabra-objeto, es decir, fortalecen en la paciente sus mecanismos de reparación. Bion (10), se refiere al conflicto entre el yo y el aparato mental en la esquizofrenia. El paciente no tolera la realidad ni tampoco el aparato mental responsable del conectarlo con ésta. El ataque a “su realidad íntima” se expresa como fragmentación del aparato mental y consiguientemente del lenguaje interior. Esto se traduce por una desintegración o fragmentación (según la situación) fenoménica y semántica.

Al comenzar la sesión siguiente la encuentro perpleja, no advierte mi presencia y se halla ajena a todo. Parece estar viendo alucinadamente algo. En seguida, agitada, comienza a balbucear:

Co-co-co, que-que-que, te-te-te, no-no-no, si-sí-sí, bu-bu-bu.

Seguidamente tomándose del cuello parece querer ahogar un llanto.

—Un sollozo —le digo. Y como prorrumpe efectivamente en un llanto infantil, le interpreto:

—Usted piensa que el doctor se fue por “la rabia”, que lo dañó, que lo perdió.
(Nota A^{*}) Por eso no me ve, no cree que estoy aquí.

Se desespera y echando la cabeza hacia atrás se queda rígida, como muerta. Le interpreto.

—Si su rabia dañe y mata al doctor, R. se muere por dentro, queda muerta.
(Nota B^{*})

Cambia en seguida de actitud y realiza movimientos de succión.

—Succionándome, recuperándome dentro de Ud? —le pregunto.

Ahora se chupa los dedos y dice:

—Pe-pe-pe.

Después, tomando una masita que se halla sobre la mesa se la introduce en la boca, pero de pronto la otra mano asiendo fuertemente a la primera le impide comer.

* **Nota A:** Temor a perderme interna y externamente como producto de sus ataques a mí como objeto interno y a la parte del aparato mental en relación a su comunicación verbal conmigo.

* **Nota B:** La muerte me personificaría a mí como muerte persecutoria, vengándome retaliativamente en ella por el delio infligido. En un trabajo anterior acerca del Síndrome de Cotard (5) me refiero a este concepto de muerte persecutoria.

—Chupar el pe-pe-pe de papá. Yo soy papá, pero al enojarme se lo quito —
le interpreto. Y haciendo un gesto como para retenerme:

—¿Se va? —me pregunta.

Después se despeina y desarregla y comienza a balbucear:

—Tan-tan-tan. Y se toma de los barrotes de la cama.

Como advierto que sus gestos Son algo teatrales le interpreto:

—No está tan-tan-tan como parece, exagera lo que siento y me muestra que si la dejo se desarregla y enloquece. Todo lo hace para que no me vaya. (Nota A^{*})

Relacionado con la teatralidad (histeria), la paciente revive fantasías de ser actriz. Cuando pequeña, su padre decía que ella estaba destinada a serlo. Asocia con ello también las exigencias de su padre para que desarrollara actividades de tipo varonil. En la situación transferencial ser actriz (teatral) y ser varón, es decir, por condensación “actor” tiene por objeto satisfacer las fantasías de su padre (actriz o hijo varón) a los efectos de ser querida. Sus deseos de ser varón “robar un pene” (como vimos) trata de satisfacerlos simbólicamente extrayendo cigarrillos, de donde pudiera (robarlos a otras enfermas, pidiéndoselos a las

* **Nota A:** En esta sesión, del mismo modo que en lo anterior, podemos observar claramente las alternativas de los mecanismos de integración y desintegración del Yo, pero en un plano diría más evolucionado. Es decir, como ya lo expresé al advertir la teatralidad, en un plano histérico.

Una de las dificultades mayores que encontramos en el tratamiento de las llamadas psicosis histéricas (aunque evolutivamente son formas más maduras que la esquizofrenia) es la capacidad que tienen en este estado los pacientes de “manipular” la realidad en una forma más inteligente y eficaz (control histérico de los objetos). En todo cuadro psicótico movilizado por el análisis desfilan durante el transcurso del mismo las distintas formas clínicas que estática y separadamente se estudian en la psiquiatría. Es por ello que el problema de cómo encarar los períodos histéricos surge en todo tratamiento de psicóticos.

Si bien la necesidad de manejar al ambiente es mayor en los períodos de más intensa regresión, dado el predominio de angustias paranoides al no estar el Yo suficientemente integrado, su eficacia en el manejo de los objetos del medio en que vive es precario. En cambio, la presencia de componentes histéricos convierte en más eficaces los propósitos de controlar el ambiente, por lo que los beneficios de la enfermedad (ganancia secundaria) son mayores, es decir, su resultado sería una mayor **ganancia secundaria**.

Es en esos momentos cuando el analista, cuociente de la situación, debe evitar ser manejado por el enfermo.

visitas masculinas.. .) y pidiendo también que le sirvan café para tomarlo, según ella, “como los hombres”.

En una oportunidad, hallándose ya mejorada, se plantea cuál sería el momento propicio para abandonar el sanatorio y al preguntarle hasta cuándo se quedaría, me responde:

—Hasta que tenga todas las cosas.., cigarrillos, crema, sales... cuando esté más abrigada... Necesito que se vaya el invierno y que no me dejen sola.

Al decir esto, mirándome mueve los labios como si besara:

—Beso el mundo —dice.

—¿Soy su mundo? (Madre-mundo).

—Sí —responde, y entonces le interpreto:

—Soy su mundo porque puso todo en mí. Si yo no estoy, el mundo se vacía. Como estaba vacío cuando la vi por primera vez. (Nota A^{*})

—Sí —me responde, besándose las manos.

Y luego al finalizar ya la sesión, me relata que la noche anterior pudo ayudar a una paciente que estaba sola y no recibía visitas ni cigarrillos. (Nota B^{*})

^{*} **Nota A:** Si yo soy su **mundo** colocando todo en mí, “el-mundo-está vacío”.

El Dr. Pichon, Riviere (7) insiste en la importancia del analista como objeto depositario de sus partes buenas y en cómo el paciente tiende a preservarlo de sus propias pulsiones destructivas. Colocar en mí lo mejor de ella, sería salvaguardar por identificación proyectiva lo bueno, separándolo de lo malo y peligroso que siente en su interior. Lo que desea en realidad la paciente es perpetuarse como buena en un buen objeto “*depositario*” Eso es lo que quiso darme a entender en determinado momento al pedirme la mano y expresarme con emoción: “necesito alguien bueno como Ud. para poder morir”. Es decir, sobrevivir en mí a través de sus mejores aspectos, los más valorados, que siempre trató de colocar en los demás para preservarlos y aniquilar lo malo y peligroso de sí misma. Esta concepción de la muerte nos muestra una imagen particular del suicidio, en la que morir es una forma de aniquilar lo malo y persecutorio, y preservar lo idealizado en la memoria del otro.

^{*} **Nota B:** Es decir, pudo dar al sentir que también había recibido. Pudo reconstruir ‘el mundo’, su propio mundo, que de alguna manera yo le había devuelto, “reparado”.

En una oportunidad me dice:

—No hay que juzgar a la gente por la ropa. Hay cosas más importantes, como las arrugas de la frente y la expresión de los ojos. La atención que nos dispensan es según la ropa que llevamos, pero si no se tiene ropa limpia es por miseria, y la miseria la hace a una mala. Ser mala es una defensa por todo lo que una sufrió.

—Me dice a mí —le interpreto— que no la juzgue por la ropa. Si la tiene sucia es porque ha sufrido, porque no fueron buenos con Ud. por eso me pide que mire su frente y sus ojos, aunque de todos modos sigue despechada con mamá y resentida con papá.

Dichas estas palabras se pone triste y lagrimea. Abre los ojos, espantada, y dice.

—Recuerdo a Hitler, era bueno.

—Sí, era bueno, pero abre los ojos con espanto —le señalo. Y me contesta:

—Papá era egoísta y tirano.

—Sí —le respondo— pero a pesar de estar resentida lo necesitaba y por eso lo cargaba de bondad, lo idealizaba. (Nota C*)

En un momento dado y superando ya el estado agudo, llega a plantear retrospectivamente el origen de su crisis actual. Trata de situar sus experiencias en una secuencia (temporalizarse), es decir, de recobrar “su tiempo” (integrarse en el tiempo). Manifiesta además, deseos de ampliar su ámbito espacial

* **Nota C:** En esta sesión podemos observar dos reacciones de R frente a la frustración. Por una parte el resentimiento, que se traduce en la actitud reivindicatoria que asume frente a la vida (los padres-mundo) y por otra, la idealización. Según Melanie Klein (15) la idealización sería “el corolario del temor persecutorio”. Cuanto mayor es la angustia paranoide frente al objeto malo (frustrador) mayor es la sobreestimación del objeto bueno, distanciándose así cada vez más lo bueno de lo malo con la consiguiente mayor disociación del Yo.

(especializarse comunicativamente) proyectándose fuera de los límites del sanatorio (Nota D*) (fuera de los límites de su enfermedad) a través de fantasías de ver a su padre, a su madre y a su hermana menor.

Al recibir la visita de la madre, se siente gratificada. Y vive esta visita como una prueba de afecto, aunque advierte su desagrado con respecto al tratamiento analítico. Esto, unido a la dificultad de G, quién se hacía cargo del análisis, acrecienta su sensación de inseguridad. Por esta época, cada vez que se refiere, durante las sesiones, a su sensación de no estar suficientemente apoyada externamente, expresa de distintas maneras sus deseos de refugiarse en la enfermedad. En una oportunidad, mientras conversamos acerca de las dificultades reales que ella captaba con respecto a la prosecución del tratamiento, tira las cenizas de su cigarrillo fuera del cenicero, es decir, hace “cosas de loca” señalándome que frente a la realidad frustrante y desajustada era mejor refugiarse en la “locura”.

A esto se agrega el hecho, también real, de que el analista debía ausentarse por largo tiempo, situación que no creí oportuno comunicarle aún por esos días. Pensaba hacerlo poco después, pero surgió un material que me llamó particularmente la atención. En una sesión me expresa que pensaba viajar a una ciudad del exterior donde había vivido un periodo prolongado de su vida, y que es precisamente a la cual yo pensaba dirigirme. Manifiesta, además, sus deseos de tratarse nuevamente con insulina en lugar de continuar con el tratamiento analítico (la madre se lo había sugerido). Refiriéndose a la insulina me

Comenta:

* **Nota D:** Es la primera vez que manifiesta espontáneos deseos de ver a los miembros de su familia. Hasta ese entonces sólo la visitaba G, quien desempeñaba el papel de pariente más cercano.

—Es de efecto más rápido y me abre el apetito. Y agrega:

—No sé por qué mamá le tiene rabia a papá. A lo que respondo:

—Ud. siente que su mamá se opone al tratamiento, es decir, a mí, como sentía que se oponía a su papá. En cambio, la insulina es algo que mamá acepta. (Nota A*)

Como se angustia y llora.

—¿Por qué? —le pregunto.

—Por el apuro que tiene de irse —me responde.

Ahora mueve sus brazos mecánicamente como una marioneta. De pronto siente dolor en la mano derecha, la que mantiene extendida y apuñada. Tuve la sensación de que se refería al apuro por irme porque habla captado mi premura por curarla y repararla. Además a merced de sus propias partes colocadas en mí, lo interpreté como expresión de que se sentía empobrecida por haber colocado todo en mí. Todo ello le dolía y le daba rabia.

Al interpretarle en estos términos, me responde:

—Me gusta meterme dentro de la gente para saber lo que siente.

—Meterse en mí para saber lo que pienso, quiere decir Ud. —le aclaro.

—Sí, siento su apuro.

—El apuro es lo malo —señalo.

—Sí, pero además hay otras cosas —agrega—; hay cariño... afecto... “tendreuse”...

—¿Y por qué en francés?

* **Nota A:** Se me ocurrió que la coincidencia entre sus deseos de volver a aplicarse insulina y de viajar a la misma ciudad donde yo habría de estar (viajar hacia mí) se vinculaba al abandono que yo debía hacer de ella. Significaba por una parte, anticiparse a mi abandono, (ya que la insulina era algo de lo cual podía desligarse más fácilmente). Sabía que su conexión con la insulina tenía un plazo previsto. Además, no era una persona sino un objeto sobre el cual podía proyectarse sin el riesgo de comprometerse tanto interiormente.

—Papá se fue a París —me contesta (éste residió mucho tiempo en París).

Me sentí sorprendido y emocionado por su captación. Le interpreté que sentía que yo la abandonaba como su padre y que nos confundía a ambos. Y le hice saber que lo que había captado era real, informándola de mis proyectos de viajar a París. Le expresé también que ante su necesidad de retenerme había aguzado al máximo su capacidad de proyectarse dentro de mí (identificación proyectiva). (Nota A*)

El abandono se constituye ahora en el núcleo central de la situación analítica. La paciente no podía aceptar la posibilidad de perderme realmente, lo que significaría para ella la confirmación de los hechos (prueba de realidad) de sus fantasías de que destruye lo que quiere todo lo pierdo”). Por eso se ampara en la fe de que yo volvería. En una oportunidad, al quedar el sanatorio sin luz, encendieron velas, pero las apagó porque sabía que la luz iba a volver”), (yo volvería y todo se iluminaría nuevamente para ella). También se siente abandonada por G, quien no se atreve a seguir haciéndose cargo de ella y delega toda la responsabilidad en la madre. Al encontrarlo a la entrada del sanatorio, donde me esperaba, me transfiere su papel de “pariente más cercano”, pidiéndome que le entregue a R, de su parte, un paquete de té y cigarrillos que no se atrevía a hacerlo llegar personalmente (se sentía culpable).

Me pide, además, que le comunique que no se hallaba en condiciones de seguir solventando el tratamiento. La paciente recibía por su parte el deseo de G de que yo desempeñe no sólo la función de médico sino que tome también el rol de éste. En vista de ello, y ante la situación concreta de que se quedaba sin apoyo, les propuse, tanto a ella como a G, reunirnos para esclarecer la situación

* **Nota A:** La capacidad de estar en el **otro**, que se incrementa frente a situaciones de abandono, crea un tipo de Conexión directa, no explicitada, que constituye la así llamada captación telepática. Esta forma de comunicación explicaría el tipo de transmisión primario que existe en los “momentos de experiencia” madre-hijo.

y delimitar los roles (era importante aclarar que el doctor era yo y que el té y los Cigarrillos eran G). Se configura así el triángulo:

La paciente, G, analista. En oportunidad de la sesión conjunto G adopta el rol de padre culposo que la paciente le había asignado. Yo sería el depositario del rol paterno desplazado del padre a G y de éste a mí.

En la situación triangular, no podía acercarse a uno de nosotros sin excluir al otro. Repetía así su propia situación en la que siempre alguien estaba excluido. Por lo tanto, el triángulo no se podía configurar, pero surgía otro en vías de estructurarse. G y la madre de la paciente decidieron reunirse conmigo. Durante la conversación, G se mantuvo ausente, sin hablar, pendiente de las palabras de ésta, a quien parecía delegar toda responsabilidad. Esta última admitía que con el análisis su hija había salido de la crisis. No estaba de acuerdo sin embargo con el procedimiento analítico, y pareciéndole cosas de magia, no quería tener nada que ver con él. No podía aceptar que me entendiera con su hija, del mismo modo como no admitía que su esposo se acercase ella (hacia responsable a éste de la enfermedad de sus hijas y lo acusaba veladamente de seducirlas). (Nota A*)

Terminada la entrevista, manifestó la determinación de que su marido se hiciese cargo de R. informándole que le habla escrito para que viniera a Buenos Aires a resolver la situación.

Pocos días después se configuró el tercer triángulo. Vino a verme el padre con su segunda mujer. Estábamos reunidos, pues, el padre, la madrastra y yo. Aquél se sentó lejos de mí y junto a una estufa. Sentía frío y mientras hablaba dificultosamente Y con gran ansiedad mantenía en sus manos una bolsa caliente,

* **Nota A:** Aceptar el hecho de que había mejorado con “palabras” como decía ella, significaría admitir culpablemente que también la hermana pudo haber sido tratada “con palabras” y no lobotomizada.

mientras que cada tanto acudía a un vaporizador. Se sentía en esos días, muy atacado por su asma y había venido a Buenos Aires también con el objeto de consultar a un médico. Cerca de mí se ubicó la madrastra. En realidad era ella quien se comunicaba conmigo, y por su intermedio el padre, quien cada tanto le pedía que me refiriese cosas. Su actitud paranoide y su temor a respirar me recordaban a la paciente y sus temores frente al “aire malo”. Me temía y por esa razón necesitaba un objeto intermediario (su mujer), de la misma manera como aquella en un comienzo se vinculaba conmigo a través del espejo. Me hizo conocer de este modo indirecto algunos aspectos de la vida de su hija. Sólo se dirigió directamente a mí para referirme el episodio en que R, durante su primera crisis, agredió a la madrastra provocándole un aborto. Y lo hizo en estos términos:

“Me mató un hijo”.

Expresaba así su resentimiento hacia la hija para luego dirigirlo hacia su primera mujer, a quien acusé (como vimos, es la misma acusación que ella le hace a él) de haber enfermado a sus hijas. Manifestó su conformidad con la mejoría de R. y se comprometió a conversar con G. y con la madre acerca del tratamiento. Quedó, finalmente en comunicarse conmigo.

Al día siguiente de esta reunión me telefoneó G. quien se mostró animado y me refirió que había hablado con los familiares de R., con los que creía poder llegar a un acuerdo. Un día después me llamó el padre, refiriéndome que había tratado abiertamente con R la situación, como así también con los demás miembros de la familia. Acordaron que se prosiguiese el tratamiento.

Esta vez retomaría el tratamiento de R. en mejores condiciones, ya que su grupo familiar estaba en vías de integrarse (con respecto a ella): se estaban poniendo de acuerdo. R, necesitaba, en su convalecencia de la crisis (con su Yo aún endeble), un ámbito convivencial más adecuado para proyectarse. Hasta ese

momento, dada la estructura familiar, sólo le fue posible adaptarse a través de mecanismos esquizoides (proyectándose por partes).

Su padre, no sintiéndose capaz de reestructurar por sí solo el grupo familiar (en última instancia todos habían delegado en él su propia responsabilidad individual) decidió comunicarse nuevamente conmigo, pero esta vez para que me ocupara de él. Su asma no mejoraba, no sabía qué hacer y sintiéndose incapaz de asumir su papel de jefe de familia, me lo transfería a mí, adoptando a su vez el papel de hijo (él también necesitaba un padre).

Vemos así las inesperadas derivaciones del caso R que sólo podemos comprender a través de la perspectiva de lo que llamarla “serie condicionante” o mediaciones. Es decir, la cadena de situaciones que, partiendo de la paciente como elemento inicial, estimularon y pusieron en movimiento su constelación familiar.

La paciente necesitaba que la apoyasen en su tratamiento. (Nota A^{*})

Siendo la más omnipotente por ser la más regresiva, estimulé a G a que se pusiera en contacto con su familia (a través del rol de podio culposo que le había asignado). Este, ante la disyuntiva de hacerse cargo de la situación o eludirla, trata de delegar en mí su papel (en su nombre debía entregar a E el té y los cigarrillos). Pero como no me hice cargo del rol que quería asignarme, para conservar mi rol formal de analista (esclarecimos esto en la misma reunión del primer grupo: R. G. y yo), recurre a la madre de R. tratando de que se haga cargo de la situación. Esta a su vez (en la reunión del segundo grupo (G, ella y

* **Nota A:** Antes, para que los demás se ocupasen de ella, así como para conservarme, se apoyaba en la enfermedad, (ganancia secundaria de la enfermedad). Ahora por el contrario, debía demostrar a su familia la bondad del tratamiento, apoyarse en la salud (“ganancia secundaria de la salud”).

yo) delego toda la responsabilidad en el padre. Este último (reunión del tercer grupo: el padre, la madrastra, y yo) quiere hacerse cargo de la situación, pero al no sentirse capaz, como vimos más arriba, de hacerlo por sí mismo, busca apoyo en mí.

En estas reuniones pude apreciar cómo los padres de R desplazaban hacia los hijos el profundo resentimiento existente entre ellos, cosa que les hice notar. Acercarse, pues, sin desplazar el odio, implicaba dañarse mutuamente. Para llegar a un acuerdo y preservarse de los peligros de dicha unión, necesitaban un mediador. Este, además de su función de mantener entre todos los miembros de la familia la distancia necesaria para que no se destruyesen entre sí, debía actuar como intermediario y ser un buen núcleo aglutinante de partes buenas (donde proyectar las partes buenas o integradoras de cada uno). Cada uno de ellos necesitaba en mí un buen reparador, ya que cada miembro del grupo se sentía responsable de haber proyectado en él sus propias fantasías destructivas (desintegradoras).

Todos tenían necesidad de que se reestructurase el grupo familiar. Los triángulos que se fueron conformando sucesivamente representarían intentos parciales de lograr tales propósitos.

Al ocuparme del drama familiar parecería que hubiese relegado a segundo término a R. En verdad no era así, ya que volviendo al origen de esta “serie condicionante”, podemos apreciar cómo todo giraba en torno de E. En tal concepto, en ningún momento encaré la situación familiar separadamente de mi relación transferencial con ésta.

resumen y conclusiones

En este trabajo me ocupo particularmente del criterio que sigo en la actualidad en el tratamiento de pacientes psicóticos. Comienzo por referirme a las posibilidades de acercamiento al paciente a través de distintos medios de comunicación. De esta necesidad de comunicarse (tanto por parte del paciente como del analista) surgen diversas técnicas de sus distintas formas como el juego de niños (el cuento infantil) juego de palabras (palabra-juguete) y el balbuceo (como expresión vocal primitiva de carácter lúdico).

En determinados momentos surge también la llamada comunicación telepática, que se traduce *en* situaciones de extremo abandono por una acentuada necesidad de “estar en el otro” (identificación proyectiva). Otro aspecto que trato es el que se refiere a la actitud del analista frente al paciente. Este debe ser espontáneo, “flexible, (plasticidad del yo, capaz de dispersarse, si ello es necesario, para “detectar” mejor y reintegrar-se en la comprensión. Debe estar dispuesto a expresarse en el lenguaje o medio comunicativo que por razones de “necesidad” se impone en cada momento de la situación analítica, y emitir sus interpretaciones no sólo en el momento indicado, sino también desde la distancia que de alguna manera el paciente nos asigna (Nota A^{*}). Así como hay un momento oportuno o punto de emergencia temporal para interpretar, existe una distancia oportuna desde la cual el Yo del analista debe dirigirse al paciente (punto de emergencia espacial). La utilización de elementos u objetos transicionales (Nota B^{*}), comunicación indirecta, o comunicación “a través” (el espejo o la manta en el caso de R.) tendría este mismo sentido. Es decir, respetar los temores del paciente de ser violado en su intimidad y penetrado irruptiva-

* **Nota A:** En tal sentido, la contratransferencia es el índice que nos guía y orienta frente al paciente.

* **Nota B:** El Dr. Pichon Riviere opina que el elemento transicional como la presencia de todo tercer rol” está **presente**, de alguna manera (reproduciéndose el triángulo edípico en sus distintas configuraciones) en todo momento de la situación transferencial.

mente. Una interpretación **directa** no debe, necesariamente, implicar una “intromisión” brusco en el mundo interno del paciente.

Ser directo significa apuntar directamente al nódulo conflictual del paciente, pero tanteando cuál es el punto óptimo (“distancia focal”) en la relación espacial (vivencia espacial) paciente-médico. (Nota B*).

Otro aspecto acerca del cual insisto es el que se refiere al manejo del Principio de Realidad durante el desarrollo del tratamiento. No eludir en la transferencia las dificultades reales (familiares en este caso) contribuye a encuadrar la situación analista-paciente dentro de un marco cercano a la realidad cotidiana, realidad ésta que el psicótico trata de eludir. Por otra parte, siendo las fantasías tanto más ilimitadas e irrefrenables cuanto más regresivo es el paciente, crearles un límite confrontándolos con el factor realidad es propender a una mayor integración del Yo y a estimular la noción de contorno (delimitación entre mundo interno y mundo externo), es decir, fortificar el proceso de personalización (Nota C*). Las situaciones reales de frustración, como el abandono por parte de la familia o del analista que se ausento, nos lleva a la necesidad de la confrontación fantasía-realidad, dado que estas situaciones pueden ser vividas como prueba de realidad” de sus fantasías de pérdida (Es decir, esclarecer la diferencia entre el hecho real del abandono y las fantasías de abandono).

* **Nota B:** Quizás no he insistido explícitamente en el aspecto narcisístico de la paciente, pero implícitamente sí lo señalo al referirme a la introyección autoplástica del pecho materno. La madre como objeto parcial o el pecho analítico es aceptado como “propio” (el objeto pierde su identidad original y llega a formar parte de su territorialidad narcisística corporal). La envidia no surge ostensiblemente ya que la incorporación narcisística del objeto necesitado y admirado es precisamente un mecanismo defensivo de éste. La aparición de la envidia es ya expresión de una aceptación de la fuente, como externa, e independiente. La relación sincrética simbiótica, no permite la concienciación de sentimientos y elaboración de juicios respecto del otro.

* **Nota C:** En mi trabajo “Consideraciones sobre la personalización” (5) me ocupo

particularmente de este concepto

Algo que pudimos estudiar con bastante claridad es la repercusión del factor ambiental en el desarrollo de la personalidad de H. La inestabilidad afectiva existente entre los padres, el clima de tensión en que se vivía, y la falta de ámbito espacial duradero y estable le impidieron en gran parte integrarse.

En realidad, dada la desarmonía del medio en que se hallaba, sólo podía adaptarse desintegradamente (proyectarse por partes).

En este tipo de estructura familiar esquizoide le era difícil elaborar la posición depresiva. Además de no poder proyectarse como un todo, adquirir el sentimiento de responsabilidad propio de estas etapas significaba hacerse cargo de las consecuencias peligrosas de sus propias pulsiones. Todo ello, pues, fortalecía sus tendencias esquizoides y era una forma de adaptación a la gestalt familiar.

Así como en el análisis de niños, en el análisis de psicóticos, dada la relación de dependencia real existente con el medio familiar, debemos inevitablemente vincularnos a éste.

Las alternativas inesperadas que derivaron del proceso terapéutico me llevaron a adoptar finalmente el papel de analista de grupos, Pude así integrar en el curso del tratamiento tres aspectos de mi experiencia analítica, la de analista de niños, de psicóticos adultos y de grupos.

BIBLIOGRAFIA

- (1) SIGMUND FREUD. — El Block maravilloso (pág 414) Biblioteca Nueva. Madrid, 1948.
El Yo y El Ello (1923) pág. 236 en Obras Completas.
- (2) ANGEL GARMA. — Vicisitudes de la pantalla del sueño y del fenómeno de Isakower. Rey, de Psicoanálisis. T. XII, N° 4, Bs. As., 1955.
- (3) MELANIE KLEIN. — Efectos de las situaciones tempranas de ansiedad sobre el desarrollo sexual de la niña.
El Psicoanálisis da niños.
Revista de Psicoanálisis. Tomo VII N° 3. Es. As. (1946) “Notas sobre algunos mecanismos esquizoides”.
Revista de Psicoanálisis. Tomo IV, N° 3, Es. As. (1940) “El duelo y su relación con los estados maníacos depresivos”.
- (4) LEWIN BERTRAM. — El dormir, la boca y la pantalla del sueño. Revista de Psicoanálisis. Tomo V, N° 1, (1947).
- (5) RESNIK, SALOMON. — Algunas aportaciones al tema de la comunicación (1956).
Rechazo de ingestión de alimentos en un caso de negativismo catatónico (1955).
Síndrome de Cotard y Despersonalización (1954). Consideraciones sobre la personalización (1954).
- (6) PICHON RIVIERE, ARMINDA A. de — La dentición, el caminar y el hablar en relación con la posición depresiva infantil (1954).

- (7) PICHON RIVIERE, ENRIQUE. — Quelques observations sur le transfert chez des patients psychotiques (Revue Française de Psychanalyse), Tomo XVI, N° 1-2.
- (8) SHIRLEY, M. M. — Citado por Dorotea Mac Carthy, Desarrollo del lenguaje (pág. 401). Manual de Psicología del Niño. F. Seix Editor, Barcelona, Murchison, 1935.
- (9) WJNNICOTT, E. — Desarrollo emocional primitivo. Rev. Argentina de Psicoanálisis, T. y, N° 4, 1948.
- (10) BION. — “Schizophrenic Language” New Direction in Psycho-Analysis. Pág. 220.

DE LA FANTASIA Y DEL VERBO (*)

LUCE IRIGARAY

(París)

El discurso en cuanto enunciado cristaliza como estructura realizada, y en cuanto enunciación es siempre in-finito. La inadaptación del enunciado a la enunciación hace que todo discurso sea inconcluso, retomado sin cesar y “metastable” en cuanto a su significado. Porque la enunciación es una relación de estructura -sujeto-código-mundo-co-locutor- y no un sistema de relación entre unidades definidas. Como tal, es un cuestionamiento permanente de todo discurso ya dicho. Articulación dinámica que subtiende la programación del enunciado, no puede nunca realizarse totalmente en él ni serle perfectamente isomorfo.

al principio es el verbo...

Al postular la existencia de una relación, el verbo aparece como dominando la enunciación, mientras que el sustantivo, que aclara los términos, rige al enunciado. El verbo en infinitivo correspondería más adecuadamente a la estructuración sobre la que se basa el discurso, no tanto por denominar el acto de enunciación sino por funcionar en lugar suyo. Desprovisto de toda marca de persona o de número, el verbo en infinitivo expresa una relación pura, la existencia de compatibilidades. No implica expresión del sujeto o del objeto, pero define su lugar y su modo de funcionamiento, estableciendo el tipo de correlación que los une. (¹) Por otra parte, la disociación sujeto-objeto no se

* Publicación especialmente autorizada de una parte del libro de E. Pingaud, J. B. Pontalis y otros: **Freud y la literatura**, cuya edición en castellano tiene en preparación la Editorial Paidós

¹ Es decir que lo que será designado como sujeto y objeto no pertenece evidentemente al registro del enunciado. No se tratará tampoco de un sujeto y un objeto singulares sino de la función sujeto —f(s)— y de la función objeto —f(o)— determinadas por la estructuración en cuestión. En caso de que el término sujeto denominara al conjunto de la estructuración o incluso de la estructura, se escribiría sujeto' y designarla otro nivel de funcionamiento.

encuentra consumada allí. A este nivel, el sujeto no ejecuta realmente una acción, ni contempla un espectáculo ni enuncia un discurso: está incluido en la acción, el espectáculo, el discurso mismo. Estamos pues realmente en la etapa de la fantasía. (²)

Y sin embargo, ya ahí está especificado el sujeto, marcado por un discurso anterior — del otro, del mundo. Es actuado así como actor, estructurado al mismo tiempo que estructurante. De ahí sin duda que la articulación misma del enunciado varíe de un “sujeto a otro”. Lo que no significa que el “sujeto” esté sustancializado de alguna forma, sino que en función de su fantasía más irreductible se sitúa en un sistema de relaciones coactivas para la realización de su discurso. Por lo tanto, los diversos tipos de verbos que serán propuestos aquí como ejemplos, no deben ser considerados en su contenido significativo propio, sino en la medida en que supongan una estructuración específica, una modalidad singular de interdependencia.

La audición de discursos diferentes pronunciados en situación analítica nos lleva a formular la hipótesis de que en lugar de la enunciación habría para cada discurso una fantasía propia rigiendo la realización del enunciado. Correspondería allí un verbo en infinitivo esfumado: vivir, crecer, aumentar, absorber, comer, aspirar, rechazar; dar, comunicar, retener, etc. Enumeración que es sólo a título de ejemplo y no pretende ser exhaustiva. Si se intenta un análisis lingüístico, incluso superficial, de estos verbos diferentes, se puede poner en evidencia lo que suponen como tipo de correlación sujeto-objeto.

Vivir implica un sujeto animado, no necesariamente persona, pero que soportaría la acción más que actuarla. En realidad, vivir, —del mismo modo

² La fantasía debe entenderse aquí como forma primordial del sujeto, resultante de la integración recíproca de su cuerpo y de un discurso singular. Debe por lo tanto diferenciarse de la impulsión —concepto límite, efecto de conjugación del cuerpo y del lenguaje— y de la **proyección de fantasías especificadas** bajo forma de escenas animadas, fase en que aparece la representación, y en calidad de tal, debe oponerse como espectáculo recibido pasivamente a la estructuración activa que supone la imagen.

que existir, crecer, aumentar ...es asimilable a un pasivo. ⁽³⁾ Significa un estado experimentado por un sujeto, que él podría como tal querer hacer suyo, reasumir, pero del cual no sería, propiamente hablando, agente. Esta característica del status del sujeto hace que no se plantee aquí un ‘partenaire’ de enunciación, por lo menos en su singularidad y en su actualidad. ⁽⁴⁾ Sin duda puede inferirse como “sujeto” de un enunciado anterior, causa necesaria de la acción, el estado, actuales. Es asimilable también a todo lo que no sería el sujeto, al mundo todavía no definido como tal. Pero no aparece diferenciado en esta etapa como coagente ni co-locutor. Además, vivir excluye toda acción, podría decirse transferencia, de un sujeto a un objeto. Como tal es llamado intransitivo. En este sentido es pues incompatible con la existencia de una relación entre un sujeto y algo animado, o inanimado, que cumple la función de objeto, directo o indirecto.

Absorber — comer, aspirar, consumir,... —tiene preferencialmente un sujeto animado persona, o por lo menos un sujeto animizado y personalizado (la arena absorbe el agua). La acción aparece aquí realizada activamente por el sujeto. Se ejerce sobre un objeto inanimado o inanimado, unidad individualizada del mundo. En realidad absorber, excluye toda relación entre el animado persona que cumple la función de sujeto y otro animado que cumple la función de objeto. Absorber supone que alguna cosa del mundo, exterior al sujeto, es atraída a la esfera de éste, podría decirse a su ámbito. Lo que era exterior, ajeno, se vuelve interior, propio al sujeto, asimilado por él. Lo inanimado> se encuentra por lo tanto animizado, en una segunda etapa, en cuanto se identifica con el sujeto, El ‘partenaire’ de enunciación puede aquí ser confundido con el mundo, objeto a absorber. Está entonces inanimizado, no diferenciado, al menos

³ Pero un pasivo anterior al activo, y no resultado de una transformación pasiva: vivir, absorber, ser absorbido.

en cuanto (tu). Si tiene el status de animado será eventualmente aquél bajo cuya mirada transcurre la acción, que participa de ella —co-absorber— o mejor la favorece poner (se) a absorber, a comer. Si se resiste a dejarse reducir a objeto inanimado más que el sujeto mismo, este co-agente costo peligro de quedar como único agente y el “absorber” se vuelve para el sujeto un “ser absorbido”. La acción activamente asumida puede siempre transformarse en estado pasivamente soportado por la existencia de un lazo de dependencia de lo inanimado a lo animado. Por fin, lo más cerca posible de la diferenciación enunciación-enunciado, del co-locutor, el (tu) será aquél que escucha el relato de la acción. Pero su status como tal está aún mal definido, relativamente fluctuante, y oscila entre el de un objeto-mundo susceptible de ser incorporado, el de un animado co-actuante, incluso del único agente, o el de un sujeto enunciante.

Dar —o comunicar, transmitir, entregar. . . —supone también preferencialmente un sujeto animado persona que asumiría activamente la acción en cuestión. Esta es en realidad más elaborada que en el caso de un verbo como absorber y pone en juego un sistema de relaciones más complejas porque se trata de hacer pasar un objeto-mundo inanimado-animizado del ámbito del sujeto a la de otro animado — dar algo a alguien. Se trata esta vez de una transferencia del interior al exterior, lo que supone un tiempo anterior en que el sujeto se hubiera apropiado del objeto. Esta simple oposición sujeto-mundo se ha vuelto para absorber acto de transformación de un objeto-mundo previamente definido. Dar establece por lo tanto, limitándose a lo actual, una relación entre dos animados a propósito de un objeto inanimado. La identidad del “partenaire” de enunciación es aquí difícil de establecer, al menos de forma unívoca. Estrictamente hablando, sería aquél a quien se hace partícipe de esta

⁴ El término de partenaire de enunciación —escrito a veces (tu)— indica el lugar de funcionamiento posible de otro “sujeto”.

acción y para quien el objeto transmitido sería el enunciado mismo. Pero ello significaría marcar una separación radical entre enunciación y enunciado. A nivel del verbo en infinitivo donde tratamos de situarnos, el “partenaire” de enunciación sería más bien aquél a quien se da, dar expresaría entonces la interdependencia dinámica entre dos posibles actores. Pero el (tu) puede identificarse también con aquél —asimilado al inundo— a quien algo le ha sido quitado o que a su vez constituía un objeto susceptible de ser poseído. De aquí surge otro sistema de relaciones entre quien se supone participó anteriormente de la acción y quien actualmente interviene en ella.

En cuanto verbos en infinitivo, expresiones de fantasía, vivir, absorber, dar, expresan ante todo una dinámica y no una verdadera temporalidad. Sin embargo si vivir parece incompatible con la **escansión temporal** no ocurre lo mismo con absorber y dar. **Vivir** implica una actualidad constante, pero inasimilable a un presente cuya existencia sólo puede ser pensada mediante la diferenciación con un pasado o un futuro. Nos encontramos allí con una acción en perpetuo devenir, con un estado en perpetua realización, que nunca se repite ni puede anticiparse, porque nunca finaliza. **Si absorber, dar**, en cuanto infinitivos, expresan la no finalización, ello no impide que sean incompatibles con una escansión temporal ligada a la existencia del objeto. La presencia del objeto hace que una acción pueda ser considerada finalizada y por lo tanto reiterable, incluso predicha. Esta acción puede verse también controvertida, modificada, por el hecho de ser cuestionada, por un cambio de objeto. Lo que importa es que el lugar de éste esté marcado, que su función sea requerida por el verbo. Sólo mediante esta condición se plantea la posibilidad de la existencia del carácter presente, pasado o futuro de una acción. Lo que aparece como imposibilidad de escansión, de reiteración en la pura dinámica del vivir proviene de la ausencia del objeto. Por otra parte, el movimiento temporal correspondiente a **absorber** difiere de aquél que implica dar. Absorber sugiere más lo inconcluso, en cuanto

que se expresa en él ante todo una tensión entre lo actual y lo que vendrá. Digamos que el acto estaría allí en vías de realización sin que su cumplimiento esté realmente asegurado. Sólo su repetición permitiría augurar su conclusión. Dar, por un lado, supone una doble referencia temporal, del presente al futuro en cuanto debe tener lugar una transferencia de objeto, y del presente al pasado en cuanto sólo es posible mediante una apropiación anterior. Y sin duda este funcionamiento anterior del objeto como tal contribuye a que la escansión temporal esté en el caso de dar más marcada, evocando un presente casi instantáneo, la realización casi inmediata de la acción.

Otra característica, ligada por otra parte a la existencia o no del objeto y al status del sujeto, individualiza estos tres tipos de verbos. Ninguna transformación puede ser aplicada al verbo vivir sino dentro de una acepción gráfica, metafórica, del término. Así sucede, por ejemplo, con la transformación negativa. Vivir y/o no vivir no se presenta como una verdadera alternativa. Es diferente lo que sucede en el caso de absorber o de dar. No absorber tal cosa, rehusarse a dar tal objeto a alguien, o dar un objeto a tal persona, aparecen como elecciones posibles. Ahí también se podría llevar más lejos la diferenciación en el sentido de que si 'no absorber nada' aparece como una opción insostenible, no sucede quizás lo mismo con "no dar nada", lo que nos remite a la existencia, en este caso, de un tiempo anterior en el cual la relación sujeto-mundo ya fije articulada.

Estas características relativas a la temporalidad, a la transformación negativa —y podríamos sin duda aislar otras: pasivo/no pasivo, terminante/no terminante, énfasis/no énfasis, por ejemplo—marcan una delimitación precisa entre vivir por un lado, absorber, dar, por el otro. Podrían resumirse en esto: vivir, de hecho puede asimilarse a ser mientras que absorber, dar, entrarían en la categoría del tener. En un caso habría tensión hacia el tener, actuar para un tener; y en el otro, transferencia de un "tenido", y por lo tanto, posible constitución de otro como teniendo".

--- idéntico y no idéntico al sujeto

Según que uno u otro de estos verbos subtienda al discurso explícito de un sujeto en análisis, su estructuración se modifica. Y pueden señalarse caracteres específicos que dan fe de ello a nivel del enunciado. Pero lo que se cuestiona aquí es la dinámica misma de la enunciación, que, en convergencia o divergencia con lo efectivamente dicho, va a actualizarse en la transferencia.

Parecería que la teorización referente a la transferencia, y aun a la impropriamente llamada contra-transferencia, ha sido casi exclusivamente elaborada a partir de un verbo-fantasía del tipo de absorber. Sin duda la dinámica transferencial se prestaba ahí particularmente para ser delimitada y analizada en el caso de una transferencia llamada positiva, el analista funciona como objeto susceptible de ser absorbido, comido, ya sea que se le identifique globalmente como tal o que algunos de sus atributos, de sus producciones, se deleguen en este caso en forma privilegiada. Esta fantasía transferencial puede suscitar en el analista el eco de fantasías como dar de comer, cebar, ser comido, destetar, etc. A menudo con la especificación de lo que en él, sería particularmente apto para ser dado a absorber o susceptible de ser devorado. Esta determinación puede convergir con lo buscado inconscientemente por el analizado pero a veces puede divergir. Por eso corresponde hablar aquí de una transferencia del analista. Por otra parte, lo que puede, en este caso, obstaculizar lo que aparece como transferencia “positiva” es, en el analizado, una connotación del objeto que haría que el analista fuera vivido como malo para comer, digamos “venenoso”, o la ley del talión que quiere que “absorber” implique la posibilidad de “ser absorbido”. De ahí el refugio en la anorexia, incluso la tentativa de invertir la fantasía en el analizado mismo, “darle de comer” al analista. ¿Qué? Todos los objetos ya asimilados. Lo que no es nunca más que una engañosa evasión y equivale a darse en comida, ser absorbido.

El análisis de la transferencia es sin duda aquí relativamente delicado en el sentido de que el analista y/o el analizado, con razón o sin ella, se sienten directamente involucrados. La acción es “transitiva” y sin mediación, al menos actualizada, de un objeto de intercambio. De ahí el riesgo de quedarse en lo que se podría llamar una co-fantasía; de hecho, una situación de acción no simbolizada por quienes están involucrados en ella, cualesquiera sean las palabras que la ocultan. Son conocidos los principios de interpretación más clásicos en el caso de una transferencia del tipo “absorber”. Se procede a la localización y al análisis del objeto. ¿De quién se trata? No soy yo, sino él o ella quienes están en tela de juicio. ¿Por qué bueno? ¿Por qué malo? etc. Finalmente no habrá más que la reducción de una neurosis de transferencia nacida artificialmente. O bien la denominación del objeto incluido en la fantasía, creando la obsesión en que radicaba la angustia. Al parecer, lo que debería requerir la atención es la dinámica fantasmática en sí menos el objeto, permutable, que el tipo de relación sujeto-objeto actuado, hecho del discurso aunque no dicho. La interpretación se plantearía entonces en la unión misma de la enunciación y del enunciado, articularía el relevo de uno otro, el movimiento de uno hacia otro. El analista es objeto susceptible de ser comido, pero cuando el paciente no es todavía “sujeto” de su decir, hablado más que hablante. Valiéndose de su silencio y de su palabra, la suya propia y no la de cualquier doctrina, el analista marca el pasaje de la fantasía al enunciado, del actuar al decir planteando así la cuestión del status del objeto. Interpreta por medio de múltiples idas y venidas del estado de objeto a comer al de sujeto enunciante, instando así al paciente a ser co-locutor y no exclusivamente sujeto absorbente u objeto a absorber. A partir de ese momento, el enunciado puede funcionar entre ellos como objeto de intercambio. Es evidente que la interpretación concebida en esta forma es un trabajo, incluso actuar, y no simplemente una palabra. Pero es un actuar dentro de las leyes del discurso. Por otra parte, la fantasía es irreductible a la palabra, es actuada dentro de un registro diferente

al del enunciado. Hecho de lenguaje, no entiende el lenguaje. Y la palabra del analista sería letra muerta, o letra comida, si no fuera articulación dicha pero también actuada, de un registro a otro, de la enunciación al enunciado.

Si la fantasía que subtiende el discurso analizado es del tipo de dar, es diferente la estructuración de la transferencia. Y ante todo se presenta como bífida. Porque dar supone una relación dinámica entre el sujeto y aquél a quien él da, pero también entre el sujeto y el objeto del dar. Esta última relación requiere por otro parte ser analizada, desplegada, diferenciada a su vez, en una red de relaciones. De manera si bien el análisis de la transferencia parece menos problemático dado que el objeto ya tiene un status que el tercer término no parece llamado a fundamentar, se complica debido a la multiplicidad de las relaciones involucradas. Se ve difícil también debido a la aparente simetría entre la estructuración fantasmática y la de la comunicación lingüística misma. Se trata, en ambos casos, de la transferencia de un objeto inanimado, de un animado a otro animado.

Sobre el carácter artificial de esta analogía puede descansar la interpretación. Porque si existe el objeto, no por ello es fácilmente intercambiable, en cuanto está identificado parcialmente con el “sujeto”, objeto-mundo integrado a su universo fantasmático. Objeto cuya simbolización escapa al sujeto, vivido como no-mediatizable, no verbal, ni aun verbalizable. En cuanto al animado implícito en el acto de dar, está también él atrapado en una red imaginaria, y no presentado como “sujeto” alocutorio. Es indudable que puede sentirse como co-actuante, como aquél que quiere tomar, que pide, que está dispuesto a aceptar, a rechazar. Aparecerá como rival, posesivo, pedigüeño exigente, raptor peligroso, o indiferente, desvalorizante para lo que se le prepone. Y este vivido transferencial puede suscitar en el analista, fantasías complementarias opuestas, en contrapunto. Sea lo que sea, este acto de dar se estructura de acuerdo con un

campo único, global, según las modalidades de organización de la fantasía. Y esta construcción única abarca al sujeto, al objeto y al “partenaire”. El analista deberá dedicarse a quebrarla. Por otra parte, las leyes del discurso, y de todo intercambio simbolizado suponen fraccionamiento. Si el “sujeto” enunciante tiende a producir un enunciado global, metáfora de su fantasía, se ve obligado, para hacerse oír, a aceptar el suspenso, el corte, la transposición metonímica del enunciado, cuya garantía deberá ser el código, el mundo y más aún el co-locutor. Interpretar equivaldría aquí a intervenir en defasaje, a destiempo, no en lugar de la causa del dar, donde la fantasía del analizado coloca a alguien, sino en lugar del garante del movimiento metonímico del enunciado, donde no espera a nadie.

La fantasía que ha planteado más problemas en el análisis es ciertamente la del tipo de vivir. Excluye, en efecto, toda acción transitiva sobre un objeto e incluso todos los objetos, lo que equivale a decir toda transferencia, si se define a esta como relación de objeto. El sujeto está aquí atrapado dentro de una fantasía que se cierra sobre sí misma, sin tensión dinámica hacia polo exterior alguno, al menos diferenciado. Si viene al análisis, es porque una palabra lo ha llevado a él. El mismo no espera nada, no pide nada, es sin duda ajeno al sentido y aún a la existencia de tales procedimientos. Habla a veces, pero como quien vive, crece, expresión solitaria sin llamado particular al otro, relación definida con el mundo. Hablar equivaldría en este caso a un “callarse”, previo a toda alternancia con la palabra. O mejor a un “hacer ruido”, pura manifestación del vivir. Y sin duda aquí no sucedería nada si no fuera por la profunda angustia que despierta dicho “sujeto” en el otro precisamente por ejemplo, en el analista. En la categoría del tener, del objeto, categoría que le es familiar, donde está prevenido y espera a su paciente, no es solicitado para nada. Se siente ahí inútil, inexistente. A él le corresponde estar desconcertado desde el comienzo, a menos que se defienda de ello tomando al analizado como objeto, como “tenido”, ha-

ciendo abortar para éste cualquier posibilidad de acceder a una acción activamente asumida, a un discurso propio. Y quizás sea ésta la única función *que se* le exija asumir. Pero si acepta su angustia, si vive su transferencia, se verá enfrentado a la muerte. No solamente la muerte ligada a la objetivación, muerte que conoce, para la cual se encuentra relativamente preparado, y a la que quizás llama a veces en secreto para verse librado de sí mismo, o como agresión no asumida. Ni aún la muerte que implica el carácter divisible del objeto. Sino también la de la pérdida de todo proceso identificatorio, la caída en lo irrepresentable, donde se presiente en forma difusa y sin embargo inevitable, el misterio único del nacimiento y de la muerte. Una vez que ha pasado por este silencio que fundamenta su historia, por esta intimidad con su propia muerte, y no aquélla siempre cuestionable impuesta por los demás, puede el analista volver a encontrar a su paciente. Y debe invitarla al encuentro con su propia muerte. No dentro de un co-actuar en el que sería verdugo o víctima. A este nivel no le corresponde dar la muerte o recibirla, sino reconocerla, hacerla reconocer como principal amo y señor. La aceptación de su muerte traza para cada uno un destino singular y solitario. Sustituye lo indefinido, lo soportado del vivir, por el contorno de una vida personal, que debe asumir o rechazar. Hace del ser viviente un “sujeto”. Quizás para éste la categoría del tener permanecerá inaccesible o indiferente, pero puede ser llevado a actuar, y si no a hacer una cosa, al menos a transformar su vida en obra. La única transferencia válida, no mortífera, con tales “sujetos” sería a nivel de la simpatía, a condición por supuesto de excluir toda confusión de personas y toda piedad.

Por supuesto, las variedades de verbos - fantasías que subtienden al discurso están más diversificadas. Se podría aislar también los verbos que suponen un objeto no individualizable —respirar. Citar los que excluyen toda acción transitiva entre el sujeto y el objeto —gustar. Diferenciar los verbos que suponen un objeto animado de los que postulan un objeto inanimado—

seducir/hacer. Un estudio exhaustivo permitiría así analizar y formalizar los lazos de interdependencia sujeto— objeto, y sus modalidades de transformación.

El caso de desear es diferente. Desear debe interpretarse ante todo como modalización —y/o también una modalidad del verbo— tales como querer, poder, deber. Y es sin duda su modalización principal, rastro de la aparición de un “sujeto” enunciante, en cuanto negación de un presente consumado y aserción de un futuro no-consumado. Como tal, no debería ser analizado aisladamente. Podría tratarse de un “desear absorber”, “desear dar”. En el caso de vivir, este desear debería colocarse en lugar de una enunciación exterior al “sujeto”, cuya marca soportaría o asumiría. Sea como fuere, este desear implica una causa, la cual, inferible o actualizada, debe ser indagada como lugar de funcionamiento siempre posible del otro, del “partenaire” de enunciación.

Traducido por **Ivonne Errea de Domínguez**.

TECNICA Y NO TECNICA EN LA INTERPRETACION (*)

PAUL RICOEUR

(de la Sorbonne)

Mi comunicación se ubica, en el tiempo del Coloquio, entre la del Sr. Castelli y la de los doctores Lacan y Vergote. He tratado de que éste sea también su lugar en el encadenamiento de las ideas.

Castelli nos propone ligar el tema de este Coloquio al del anterior por el siguiente enunciado: no hay mito de la técnica más que para un observador ajeno; pero hay una técnica del mito, que es una técnica del lenguaje. Como toda técnica, ésta es el aspecto último del proceso de demitización. Habiendo unido así este Coloquio con los anteriores, Castelli propone que nos ocupemos de nuestro nuevo enunciado, considerando que el mundo de la técnica es el mundo de la determinación unívoca, de las intencionalidades y de la exclusión de la elección. De esta manera los casos de conciencia sobre los que trabajaba la antigua casuística se convirtieron en casos últimos. Sólo una casuística de carácter escatológico resulta posible.

Me atenderá esencialmente a los temas que ligan nuestro Coloquio con el anterior, evocando sólo en último término la posibilidad de una casuística nueva.

Existe una técnica del mito, dice Castelli, que es el aspecto último del proceso de demitización: me he preguntado hasta qué punto dicho juicio conviene al psicoanálisis, que Castelli parece incluir en la “iconoclasia de lo íntimo” (en sus observaciones sobre la técnica de lo diurno y lo nocturno).

Contestará a des preguntas:

* (1) IV Coloquio Internacional sobre Técnica, Escatología y Casuística. Publicado por el ARCHIVO DI FILOSOFIA dirigido por E. Castelli. PADOVA. CASA ED. DOTT. ANTONI MILANI. 1964.

- 1) ¿En qué sentido el psicoanálisis es una técnica nocturna?
- 2) ¿Hasta qué punto es una iconoclasia de lo íntimo?

el psicoanálisis como técnica de lo nocturno

La pregunta que nos planteamos es perfectamente legítima: el psicoanálisis es una técnica, una de las numerosas técnicas del mundo moderno. Ignoramos todavía su ubicación exacta, pero una cosa es segura: es sin ninguna duda una técnica. Procede de una maniobra terapéutica que se constituye en oficio; es un oficio que se aprende y se enseña, que requiere una didáctica y una deontología. El filósofo lo aprende a expensas suyas, cuando intenta reconstituir el aparato entero del psicoanálisis a partir de otra experiencia, como la de la fenomenología husserliana. Puede sin duda acercarse al borde del macizo psicoanalítico y escalar las primeras pendientes con los conceptos de reducción fenomenológica, de sentidos y sin-sentidos, de temporalidad e intersubjetividad. Pero existe un punto en donde esta aproximación al psicoanálisis por medio de la fenomenología fracasa, y dicho punto es precisamente todo aquello que se descubre en la situación analítica misma. Es en este terreno, propio de la relación analítica, que el psicoanálisis aparece como técnica.

¿En qué sentido es una técnica? Partamos de la palabra misma: en un texto metodológico importante (GW XIII p. 211), Freud distingue, para unirlos luego de modo indisoluble, tres términos: **método** de investigación, **técnica** de tratamiento, elaboración de un cuerpo de **teoría**. La palabra técnica está tomada aquí en un sentido limitado, en el sentido de terapéutica con miras a la curación. La técnica, queda entonces diferenciada del arte de interpretar o hermenéutica, y

de la explicación de los mecanismos, o metasicología. Pero es importante para nuestro propósito mostrar cómo el psicoanálisis es praxis de principio a fin, englobando al arte de interpretar y a la teoría especulativa. Para plantear en toda su fuerza la pregunta de Castelli, tomará la técnica no como uno de los tres aspectos que acabamos de enumerar sino como señal y referencia del conjunto de la maniobra analítica.

Para hacerlo más claro, introduciré un concepto intermediario, el concepto fundamental de trabajo. En efecto, la maniobra analítica es un trabajo, al que corresponde en el analizado otro trabajo: el de la toma de conciencia. A su vez estas dos formas de trabajo, el del analista y el del paciente, revelan el siquismo íntegro como un trabajo. Trabajo de sueño, trabajo de duelo y se podría decir trabajo de neurosis. Toda la metasicología —su tónica y su económica— está destinada a rendir cuenta, por medio de metáforas energéticas, de esta función de trabajo.

Con este esquema podemos mostrar cómo, método de investigación y teoría metapsicológica, son aspectos del psicoanálisis considerado como praxis.

Comencemos por el trabajo del analista.

¿Por qué es el análisis un trabajo? La respuesta constante de Freud es la siguiente: porque es una lucha contra las resistencias. La idea clave sería entonces que las resistencias que se oponen al análisis son las mismas que las que se encuentran en el origen de la neurosis. Es tan importante esta idea de que el análisis es una lucha contra resistencias, que es a ella que Freud vincula retrospectivamente su divorcio con Breuer. Si renunció a toda forma de método catártico que utilizara todavía algo la hipnosis, es porque este procedimiento pretende obtener una anamnesis sin trabajo. Más aún, la comprensión creciente

del rol de la estrategia del análisis es la que impone las rectificaciones posteriores de la práctica analítica de los años 1905-7. Es así como Freud escribe que el fin de la exploración analítica es menos el de restituir el fondo pulsional y obtener la resurgencia de lo abolido que el de circunscribir las resistencias y liquidarlas.

¿Qué sucede entonces con la relación entre técnica y hermenéutica? Dos cosas: primero, el arte de interpretar debe ser considerado como una parte del arte de manejar las resistencias. Este arte de interpretar, que Freud compara, con mayor o menor razón, a un arte de traducir y que, de todas maneras, es una especie de comprensión, de intelección, de producción de inteligibilidad considerado desde el punto de vista de la maniobra analítica, es sólo el segmento intelectual de un manejo, de una praxis. Sobre este punto se consultará el importante artículo sobre la Técnica de la Interpretación de los Sueños en Sicoanálisis, de 1912. Allí se ve que la preocupación de realizar una interpretación exhaustiva del sueño puede ser utilizada por las resistencias a la manera de una trampa para atraer al analista y retrasar la curación. Es por esto que Freud no cesa de repetir que la lucha contra la resistencia es una lucha ardua; al enfermo le cuesta sinceridad, tiempo, dinero; al analista le cuesta “savoir-faire”, y dominio de sus propios afectos, si quiere poder entrar en la transferencia como el interlocutor del enfermo, como quien no responde y conduce al adversario por los desfiladeros de la frustración.

Pero esta subordinación de la interpretación en el sentido preciso de una comprensión intelectual, a la “techné”, a la maniobra analítica, tiene un segundo aspecto que nos conduce del trabajo del analista al del analizado. Para curar al paciente no alcanza con comunicarle el contenido de una interpretación exacta, porque para el analizado la comprensión no es más que una parte de su propio trabajo. Freud escribe en El sicoanálisis “silvestre” (1910): “La revelación al enfermo de lo que no sabe porque lo ha reprimido, no constituye más que uno de

los preliminares indispensables del tratamiento. Si el conocimiento del inconsciente fuera tan necesario para el enfermo como lo supone el psicoanalista ‘inexperimentado, alcanzaría con hacerle leer ciertos libros o hacerle asistir a ciertas conferencias. Pero medidas como éstas tienen tanta acción sobre los síntomas neuróticos como la que tendría, en época de hambruna, la distribución de menús entre los hambrientos. El paralelo podría incluso ser llevado más lejos, ya que al revelar a los pacientes su propio inconsciente, se provoca siempre en ellos una recrudescencia de sus conflictos y una agravación de sus síntomas.’ (en *La Técnica Psicoanalítica* p. 40). El análisis no consiste entonces en remplazar la ignorancia por el conocimiento sino en provocar un trabajo sobre las resistencias. Freud vuelve sobre este mismo punto en un artículo consagrado al Comienzo del Tratamiento en 1913; él rechaza allí la excesiva importancia adjudicada en los primeros tiempos al hecho de saber: “Fue necesario resignarse a no creer más, como se hacía hasta entonces, en la importancia de la toma de conocimiento en sí y poner el acento en las resistencias a las cuales se debía originalmente la ignorancia y que estaban todavía prontas para fortalecerla; incluso el conocimiento consciente, sin haber sido expulsado nuevamente, se mostraba impotente para vencer dichas resistencias.” (ibid. p. 102) Por otra parte, no es extraño que la comunicación precoz de una interpretación puramente intelectual refuerce las resistencias. El arte del análisis consiste entonces en reubicar el saber y la comunicación del saber en esa estrategia de la resistencia.

¿En qué consiste entonces el trabajo del analizado? Comienza con la aplicación de la regla fundamental de comunicar en el análisis todo lo que viene a su mente, cueste lo que cueste. Es un trabajo y no una mirada; un trabajo de enfrentamiento. En *Recuerdo, repetición y elaboración*, (ibid. p. 111), Freud dice: “El paciente debe encontrar el coraje de fijar su atención sobre sus manifestaciones mórbidas, ya no debe considerar su enfermedad como algo despreciable, sino que debe enfrentarla como a un adversario digno de estima,

como a una parte de sí mismo, cuya presencia está motivada y donde tendrá que buscar datos preciosos para su vida posterior.” (ibid. p. 111) Es el trabajo del enfrentamiento; Freud lo repite a menudo: “No se vence a un enemigo “In absentia” o “in effigie” (La Dinámica de la Transferencia, ibid. p. 60).

Se llega así a la idea siguiente: hay un problema económico de la toma de conciencia, del *Bewusstwerden*, que distingue enteramente al psicoanálisis de toda fenomenología de la toma de conciencia, del diálogo, de la intersubjetividad. Es esta “económica” del volverse-consciente lo que Freud llama *Durcharbeiten*, que el doctor Valabrega traduce por translaboración: “Esta elaboración de las resistencias, puede, para el analizado, constituir en la práctica una tarea ardua y ser una prueba para la paciencia del psicoanalista. De todas las etapas del trabajo analítico, es sin embargo la que ejerce sobre los pacientes la mayor acción modificadora. Es también la que diferencia al tratamiento analítico de *todos los* géneros de tratamiento por sugestión.” (ibid. p. 115).

Ya no se puede seguir adelante en esta dirección sin incorporar a este análisis las consideraciones de Freud sobre la transferencia. No la trataremos aquí más que en su relación con el concepto de trabajo: es en efecto el corazón de la maniobra analítica y el resorte de su economía. En *El Comienzo del Tratamiento*, ya citado, Freud muestra como la manipulación de la transferencia se articula sobre “las fuerzas puestas en movimiento en el tratamiento” (ibid. p. 103). “El motor principal de éste último, dice, es el sufrimiento del paciente de donde emana su deseo de curación; pero son fuerzas impotentes: «Utilizando las energías siempre dispuestas a ser transferidas, el tratamiento analítico ofrece las cantidades de afectos necesarias para la supresión de las resistencias y aclarando al enfermo en el momento deseado, el análisis le indica por qué vía debe encaminar sus energías” (ibid). Es así como la transferencia releva a las energías demasiado débiles del sufrimiento y del deseo de curarse. Esta articulación es tan importante que Freud escribe más lejos: “El término psicoanálisis no se aplica más que a los procedimientos en los que la intensidad de la transferencia

atestigua en su mayor grado el carácter técnico del psicoanálisis. En *Recuerdo, Repetición y Elaboración*, Freud analiza al detalle esta constelación mayor de toda la maniobra analítica: lucha contra resistencias, manejo de la transferencia, tendencia del enfermo a sustituir la rememoración por la repetición. Es por esto que, dirigiéndose a los debutantes, (*Observación sobre el Amor de la Transferencia*, 1915), dirá: “Todo psicoanalista debutante comienza Sin duda por temer las dificultades que le ofrece la interpretación de las asociaciones del paciente y la necesidad de reencontrar el material rechazado. Pero pronto aprende a atribuir menos importancia a estas dificultades y a convencerse de que los únicos obstáculos verdaderamente serios residen en la manipulación de la transferencia” (p.116).

El momento crítico me parece entonces ser el siguiente: la disciplina del análisis es esencialmente una disciplina de la satisfacción, ya que toda la maniobra consiste en utilizar el amor de la transferencia sin satisfacerlo. En *Las Nuevas Vías de la Terapéutica Psicoanalítica*, 1913, Freud llegó a escribir que este “principio fundamental” está sin duda llamado a regir todo el terreno de esta nueva técnica, y de esta manera enuncia dicho principio fundamental: “el tratamiento psicoanalítico debe efectuarse en lo posible en un estado de frustración, de abstinencia” (ibid. p. 135) Esta regla se refiere esencialmente a “la dinámica de la enfermedad y de la curación” (ibid) ¿Cómo? Es necesario volver al significado económico de los síntomas, como satisfacción sustitutiva; dejar la pregunta sin respuesta, es resistirse al gasto prematuro de “la fuerza pulsional que empuja al enfermo hacia la recuperación” (p. 135-136). Y Freud agrega: “Por más cruel que parezca, debemos estar vigilantes para que los sufrimientos del enfermo no se atenúen prematuramente en forma marcada; en el caso de que los síntomas hayan sido destruidos y devaluados así, estamos obligados a recrear el sufrimiento bajo la forma de alguna otra frustración penosa, sin lo cual correríamos el riesgo de no obtener más que una

recuperación leve y pasajera: El deber del médico consiste en oponerse enérgicamente a estas satisfacciones reemplazantes, adoptadas prematuramente... En cuanto a sus relaciones con el médico, el enfermo debe conservar un número suficiente de deseos no realizados”. (ib. p. 136-7). Pienso que estos textos son extremadamente claros; alcanzan para establecer un abismo entre todo lo que la reflexión puede lograr por sí misma y lo que sólo una profesión puede enseñar. En estas observaciones de Freud sobre el manejo de la transferencia, yo vería la diferencia última, la diferencia irreductible, entre la fenomenología más existencial y el psicoanálisis. Es esta relación de un trabajo con otro trabajo —de un trabajo de analista con un trabajo de analizado— lo que da al psicoanálisis su carácter específico y lo que lo constituye como técnica.

Permítaseme terminar estas reflexiones sobre el trabajo del análisis con la cita de Hamlet que Freud se complace en evocar:

“¡Vive Dios! ¿Pensáis que soy más fácil de pulsar que un caramillo? Tomadme por el instrumento que mejor os plazca, y por mucho que me trasteéis os aseguro que no conseguiréis sacar de mí sonido *alguno*” (Sicoterapia, 1908, *ibid.* p. 15).

“Tocar el instrumento síquico...”

Pienso que esta expresión nos abre a un aspecto fundamental de la técnica analítica, a saber que la teoría que le corresponde y que Freud llama su metapsicología, es una función de la praxis.

Tomaremos una vez más el concepto de trabajo como gula; pero esta vez lo veremos en el aparato metapsicológico del psicoanálisis. Como es sabido, este concepto de trabajo es el centro de *La Interpretación de los Sueños*: si el sueño

puede ser considerado como el logro de un deseo” (Wunschorfüllung), es porque los pensamientos inconscientes se hallan “distorsionados”. Freud interpreta esta distorsión (Entstellung) como un trabajo: es trabajo de soñar (Traumarbeit); y todos los procedimientos que allí concurren son formas de trabajo: trabajo de condensación (Verdichtungsarbeit), trabajo de desplazamiento (Verschiebungsarbeit). De esta manera, el trabajo del análisis (bajo su forma de doble trabajo del analista y del analizado) revela el funcionamiento síquico en sí como un trabajo. La energética freudiana es sin duda metafórica; pero es la metáfora que protege el carácter específico de la metapsicología respecto de toda fenomenología de la intencionalidad, del sentido y de la motivación. Por este motivo Merleau-Ponty, en su importante prefacio al libro del Dr. Hesnard, *La Obra de Freud*, después de haber expuesto sus reservas con respecto al aparato conceptual del psicoanálisis, concede: “Al menos las metáforas energéticas o mecanicistas protegen contra toda idealización el umbral de una intuición que es una de las más preciosas del freudismo: la de nuestra arqueología” (p. 9). En un sentido parecido, Vergote dice que: “El inconsciente freudiano no puede estar ya obsesionado por la praxis”. Lo que obsesiona el trabajo analítico, en efecto, es el siquismo como trabajo. Por esta observación se puede justificar hasta cierto punto la tópica freudiana, en su forma más ingenua, la de la doble inscripción (Niederschrift) de las mismas representaciones en dos “localidades síquicas” diferenciadas (cuando se toma una conciencia puramente intelectual de un recuerdo, sin arrancarlo de su terreno arcaico). Esta topografía es el discurso, filosóficamente poco comprensible, que conviene a esta estructura del siquismo como trabajo: los lugares de la tópica dan cuenta expresamente el “alejamiento” (Entfernung) y la distorsión (Entstellung) que separan (E.t..) y hacen irreconocible a ese otro discurso que viene a luz en el discurso del análisis; el alejamiento y la distorsión de los “brotes” del inconsciente están en el origen de esas resistencias que requieren que el reconocimiento de uno por uno mismo se vuelva en sí un traba-

jo. Yo diría que la metasicología trata de dar cuenta de un defecto, de un trabajo de desconocimiento que suscita el reconocimiento como trabajo. Si existe un problema de la interpretación, es porque el deseo se satisface por medio de disfraces y de sustitutos; el trabajo de que se trata cuando se habla de trabajo de sueño es la maniobra por la cual el siquismo realiza esta Entstellung, esta distorsión del sentido por la cual el deseo se vuelve inidentificable consigo mismo. Toda la metasicología consiste entonces en la construcción teórica, en la elaboración conceptual, que hace posible la comprensión del siquismo como trabajo de desconocimiento, como técnica de distorsión.

Podemos ahora completar nuestra descripción del sicoanálisis como técnica. Su objeto técnico, si se puede hablar así en el lenguaje de Simondon, para designar al interlocutor y contrincante de su maniobra, es el hombre en tanto que es, él mismo, proceso de deformación, de transposición, de distorsión, aplicado a todos los representantes (afectivos y representativos) de sus más viejos deseos, de esos deseos que La Interpretación de los Sueños llama “indestructibles”, “intemporales” y que el artículo sobre el Inconsciente declara como zeitlos, “fuera del tiempo”; el sicoanálisis se constituye como técnica porque, en el proceso del Entstellung, el propio hombre se comporta como un mecanismo, se somete a una legalidad ajena, “condensa” y “desplaza” sus pensamientos; lo hace para realizar por astucia la intención de la Wunscherfüllung; de ahí que la siquis es una técnica ejercitada sobre sí misma: técnica de disfraz, de desconocimiento. El alma de esta técnica es la búsqueda del objeto arcaico perdido, desplazado y reemplazado sin cesar por objetos sustituidos, fantásticos, ilusorios, delirantes o idealizados. ¿Qué pasa pues con el trabajo síquico revelado en el sueño y en la neurosis? Es ésta la técnica por la cual el deseo se vuelve irreconocible; esta técnica inmanente al deseo suscita a su vez la maniobra que hemos llamado técnica analítica. Por las tres figuras del trabajo (trabajo de análisis, trabajo de toma de conciencia, trabajo de sueño), es

que el “naturalismo” y el “mecanicismo” de Freud reciben una justificación parcial.

el psicoanálisis como iconoclasia de lo íntimo

Tomemos ahora las preguntas planteadas por Castelli con respecto a la técnica, entendida como extremo de la demitologización. Para él, toda técnica excluye la casuística clásica por eliminación de las elecciones y por determinación única de las intencionalidades; de ser así, la única casuística concebible sería una casuística de los casos extremos y últimos, una casuística escatológica.

¿En qué sentido el psicoanálisis es una contribución a la técnica, entendida como una forma global de comportarse frente al mundo y a lo sagrado?

Quisiera hacer notar dos puntos: primero diré, lo más fuertemente posible, que en su finalidad profunda, el psicoanálisis no se inscribe en este mundo de las técnicas, ya que son técnicas del dominio de la naturaleza. En este sentido concreto, es más bien una anti-técnica. Esto es lo que he querido significar en mi título.

Cuando digo que no es una técnica del dominio, quiero subrayar el rasgo esencial, o sea que es una técnica de la veracidad; lo que está en juego es el reconocimiento de uno por uno mismo, su itinerario va del desconocimiento al reconocimiento: en este sentido encuentra un modelo en la tragedia de Edipo Rey: el destino de Edipo es el de ya haber matado a su padre y haber desposado a su madre; pero el drama del reconocimiento empieza más allá de este punto, y consiste en el reconocimiento de ese hombre que en un principio había

maldecido: yo era ese hombre, en cierto sentido siempre lo supe, pero en otro sentido no lo sabía; ahora ya sé quién soy. ¿Qué puede significar entonces la expresión: técnica de la veracidad? Primero, que se desarrolla enteramente en el terreno de la palabra. Es esta situación mojel que desconocen tanto los psicoanalistas como los sociólogos que han tratado de integrar el psicoanálisis en una psicología general de tipo behaviorista. Prepararon así la integración de la maniobra analítica en las técnicas de la adaptación que son derivados de la técnica del dominio de la naturaleza. En realidad, el psicoanálisis no es una ciencia de observación del comportamiento, y por esto no es una técnica de la adaptación. Y como no es una técnica de la adaptación, es, por destino y por vocación, una faceta no respaldada con relación a toda la ambición tecnológica de dominio de la naturaleza. Toda una escuela de psicoanalistas americanos, del estilo de Hartmann y Rapaport trabaja en esta reintegración del psicoanálisis a la psicología académica, sin darse cuenta de que todas las correcciones y todos los replanteamientos que proponen constituyen simplemente una rendición. Si, hay que tener la valentía de decirlo: es por esto que su técnica no es tampoco una ciencia natural aplicada; es por esto finalmente que no es una rama de la técnica entendida ésta como dominio de la naturaleza. Ciertamente, el precio a pagar por esta confesión es alto; el psicoanálisis no satisface los criterios de las ciencias de observación, los “hechos” que trata no son verificables por varios observadores exteriores, las “leyes” que enuncie no son convertibles en relaciones de variables (“variables independientes”, las del medio, “variables dependientes” las del comportamiento, “variables intermediarias”). Su inconsciente no es una variable más, intercalada entre el estímulo y la respuesta. A decir verdad, no hay en psicoanálisis “hechos” en el sentido de las ciencias experimentales. Por este motivo su teoría no es una teoría como sería por ejemplo la cinética de los gases o la de los genes en biología.

¿A qué se debe esto? Sucede que el trabajo del cual se habló en la primera

parte es en su totalidad un trabajo en el lenguaje; en cuanto al trabajo síquico que el análisis detecte, es un trabajo de distorsión al nivel del sentido, al nivel de un texto susceptible de ser narrado. Para el análisis, proceder técnicamente es proceder detectando. Su económica es inseparable de una semántica. He aquí por qué no hay “hechos” ni observación de “hechos” en sicoanálisis, sino interpretación de una “historia”. Incluso los hechos observados desde afuera y narrados en el curso del análisis no valen como hechos sino como expresión de los cambios de sentido surgidos en dicha historia. Los cambios de conducta no valen como “observables”, sino como “significantes” para la historia del deseo. A partir de lo cual su objeto propio son siempre efectos de sentido —síntomas, delirios, sueños, ilusiones— que la psicología empírica no puede considerar más que como segmentos de conducta. La conducta es, para el analista, un segmento de sentido. De esto resulta que su método está mucho más cerca del de las ciencias históricas que del de las ciencias naturales. El problema de una técnica de la interpretación tiene mayor parentesco con la cuestión de Schleiermacher, Dilthey, Max Weber y Bultmann, que con la problemática del behaviorismo, aun la menos salvaje. Aceptar este hecho es la única réplica posible a los ataques de los lógicos, de los semánticos, de los metodologistas, que cuestionan el carácter científico del sicoanálisis. Hay que aceptar todo, y transformar esta confesión en una réplica. Hay que aceptar que el disentimiento con el behaviorismo sea inicial y total: inicial porque desde el punto de partida la ruptura es total: el análisis no parte de conductos observables, sino de sinsentidos para interpretar. Toda tentativa de asimilación del sicoanálisis a una ciencia de observación desconoce lo esencial, a saber que es en el plano de la palabra que se desarrolla la experiencia analítica y que en ese plano, se presenta un lenguaje diferente, disociado del lenguaje común, y que necesite ser descifrado a través de los efectos de sentidos.

Nos encontramos pues frente a una técnica extraña. Es técnica debido a su

carácter de trabajo y su comercio con las energías y los mecanismos aferentes a la economía del deseo. Pero es una técnica única en la medida en que solamente alcanza y maneja dichas energías a través de efectos de sentido, lo que Freud llama “los brotes” de los representantes de pulsión. El analista no se maneja jamás directamente con fuerzas, sino siempre indirectamente por juegos de sentido, de doble sentido, d” sentido sustituido, desplazado, transpuesto. Economía del deseo, sí, pero a través de la semántica del deseo. Energética sí pero a través de una hermenéutica. Es dentro y por los efectos de sentido que trabaja el psiquismo.

Es posible que se empiece a entender en qué sentido el psicoanálisis es una no-técnica, si se la mide con la vara de las técnicas que manipulan directamente fuerzas, energías, con miras a orientarlas. Todas las técnicas nacidas de la psicología de observación del comportamiento son, en última instancia, técnicas de adaptación con miras al dominio. En el análisis se trata del acceso al discurso verdadero, lo cual es bien diferente de la adaptación, propósito por el cual se trata de disminuir el escándalo del psicoanálisis y se lo intenta hacer socialmente aceptable. Porque, ¿quién sabe adónde un solo discurso verdadero puede conducir al parecer del orden establecido, es decir, del discurso idealizado del desorden establecido? El psicoanálisis me parece por el contrario ligado a la voluntad expresa de poner entre paréntesis la cuestión de la adaptación, que es invariablemente la pregunta planteada por los demás, por la sociedad, existente, sobre la base de sus ideales magnificados, sobre el fundamento de una relación engañosa entre la profesión idealizada de sus creencias y la realidad efectiva de sus relaciones prácticas.

Se objetará tal vez que el psicoanálisis se concibe a sí mismo como pasaje del principio de placer al principio de realidad. Me parece justamente que el divorcio mayor entre lo que se llama “punto de vista adaptativo” y el

sicoanálisis, concierne precisamente al principio de realidad. La realidad de la que se trata en análisis se distingue radicalmente de los conceptos homólogos de estímulos o de medio ambiente; la realidad de la que se trata en el análisis es fundamentalmente la verdad de una historia personal en una situación concreta; la realidad no es, como en psicología, el orden de los estímulos tal como los conoce el investigador. El paciente debe alcanzar el sentido verdadero a través del oscuro laberinto de las fantasías. La realidad consiste en una conversión de sentido de lo fantástico. Esta relación, con la fantasía, tal como se da a entender en el terreno cerrado de la palabra analítica, da su carácter específico al concepto freudiano de la realidad. La realidad debe siempre ser interpretada a través del objetivo pulsional, como lo que está a veces a la vista y otras veces escondido por dicho objetivo pulsional. Basta recordar la aplicación epistemológica que Freud hizo del narcisismo, en 1917, en un pequeño ensayo brillante intitulado Una dificultad del psicoanálisis. Allí Freud eleva el narcisismo a la categoría de obstáculo metodológico fundamental. En última instancia, es al narcisismo que debemos atribuir nuestra resistencia a la verdad cuando ésta nos hace aparecer perdidos en una naturaleza privada de ese centro enamorado de sí mismo. Fue el narcisismo quien opuso obstáculos al descubrimiento de Copérnico, según el cual dejamos de ser centro del universo. También opuso obstáculos al descubrimiento de Darwin, quien nos despojó del título de dueños de la vida. Y constituyó también un obstáculo para el psicoanálisis que nos hace saber que no somos dueños en nuestra propia morada. Es por esto que “la prueba de la realidad” característica del proceso secundario, no es un proceso que se pueda superponer simplemente a un procedimiento de reajuste. Es necesario ubicarla en el marco de la situación analítica. En este contexto, la prueba de la realidad es correlativa del *Durcharbeiten*, del *Working through*, de ese trabajo con miras al verdadero sentido, que no tiene equivalente más que en la lucha por el reconocimiento de uno mismo, que constituye la tragedia de Edipo.

Mi segundo punto será el estricto corolario de la tesis que antecede: si la técnica analítica es una no-técnica, en relación a la ambición de dominar a la naturaleza y a los demás hombres, no entra en el proceso de demitización de la misma manera que las técnicas de la dominación. Como bien dijo Castelli, la demitización que está ligada a la técnica como tal, es el desencantamiento; ésta Entzauberung y está Entgötterung están esencialmente ligadas al reino de lo manipulable y de lo disponible. Pero éste no es de ningún modo el camino del psicoanálisis. Su camino es el de la “desilusión”, que es completamente distinto. Este camino no tiene nada que ver con un progreso en lo disponible, en lo manipulable, y en el dominio. La demitización propia del psicoanálisis está expresamente ligada a la semántica del deseo que la constituye. Los “dioses” que destrone son aquellos en los cuales el principio del placer se ha refugiado, bajo las figuras más retorcidas de la satisfacción sustituida. Cuando asigne los “dioses” al complejo del padre, Freud desarme un ídolo en el cual reconoce la imagen agrandada del consuelo infantil, tanto o más que la de la prohibición. No volveré sobre la interpretación de la religión que Freud propone en Totem y Tabú, El porvenir de una ilusión, Moisés y el monoteísmo, ya que lo he discutido en un Coloquio anterior, con el título Hermenéutica y Reflexión. Yo me proponía entonces mostrar cómo una hermenéutica reductora era compatible con una hermenéutica que restaurare el sentido. Mi actual propósito es otro mucho más determinado:

¿Cómo se ubica esta demitización, real en su género, con respecto a la que procede del progreso de la tecnicidad? Afirmo que esta demitización es tan distinta de las demás, como la técnica analítica difiere de las técnicas de dominación. Esta se ubica en la dimensión de la veracidad y no en la del dominio. No participe de la empresa tendiente a disponer de sí mismo, de la naturaleza y de los demás hombres, sino que trata de conocerse más en los rodeos del deseo. Se me concederá que esta demitización es buena y necesaria. Conciene la muerte de la religión como superstición, que puede ser o no la

contrapartida de una fe auténtica. Pero este significado final de la demitización no puede ser decidido por el psicoanálisis. No niego que la iconoclasia propia del psicoanálisis converge en cierta forma con la iconoclasia propia de las técnicas de la dominación. Es en sus efectos sociales que el psicoanálisis alcanza la mentalidad general de la civilización técnica. En efecto, el psicoanálisis no es sólo una experiencia bien especificada que se desarrolla en una relación dual, sino que es también un acontecimiento de cultura. Cayó en el dominio público. Esta caída provocó una suerte de publicidad en el sentido amplio de la palabra. Los engranajes del deseo fueron puestos a la vista del público, la iconoclasia se convirtió en una iconoclasia pública. Esto parece justificar la fórmula de Castelli: una técnica de lo nocturno es una iconoclasia de lo íntimo. Pero, incluso esta situación no está desprovista de sentido positivo. Freud lo dice claramente en un interesante ensayo de 1910: *Perspectivas del porvenir de la terapéutica analítica*, (ibid p. 31-34): “La psiconeurosis representa satisfacciones sustitutivas y deformadas de instintos cuya existencia debe impedirse. Sólo pueden existir gracias a una deformación, a un disfraz. Pero una vez resuelto el enigma, una vez admitida la solución por el enfermo, los estados mórbidos no pueden durar. Difícilmente se encontraría algo semejante en medicina. En los cuentos de hadas se habla de ciertos espíritus malignos cuyos poderes maléficos se rompen en cuanto se los puede llamar por su nombre secreto” (ibid p. 31). Trasponiendo estas observaciones del individuo a la masa, Freud no vacila en predecir un día en que el efecto social de indiscreción será al mismo tiempo la imposibilidad de disimular: “en semejante caso, sabiendo que todas sus manifestaciones mórbidas son inmediatamente interpretadas por los demás, los enfermos las disimularán. Pero este disimulo, por otra parte imposible, destruirá la intención misma de la enfermedad. La revelación del secreto habrá atacado “la ecuación etiológica” de la cual deriva la neurosis en su punto más sensible, formando ilusorias las ventajas ofrecidas por la enfermedad y finalmente, de la indiscreción del médico que ha provocado una modificación en el estado de

cosas, no resultará más que una supresión de la producción mórbida... Muchas personas, presas de conflictos que no logran resolver, se refugian en la neurosis, logrando así, por medio de la enfermedad, una ventaja segura, aunque a la larga su precio resulte demasiado alto. ¿Qué hará la gente, si la huída en la neurosis es impedida por las revelaciones indiscretas de los psicoanalistas? Se verán obligados a ser sinceros y a reconocer los conflictos que se agitan en su interior y a soportarlos. Lucharán o renunciarán, y la sociedad, tolerante gracias a sus conocimientos psicoanalíticos, sabrá ayudarlos en esta tarea” (ibid. p. 33). Sé bien que este texto expresa una especie de Aufklärung de Freud; esta especie de salvación por el psicoanálisis, este retroceso de la neurosis, esta “instauración de un estado social mejor adaptado a la realidad y más digno” (ibid p. 34) pueden fácilmente quedar en nada, como una nueva forma de ilusión. Quisiera sin embargo, sacar el mejor partido posible de este texto y reflexionar sobre el fenómeno de desocultación de que se habla. Es posible que un retroceso de la insinceridad y de la hipocresía no signifique nada en la dimensión de la verdad. ¿Cuál sería entonces el significado auténtico de la desocultación?

Cuanto más pienso que la vulgarización del psicoanálisis iría a unirse con todo lo que hace al hombre banal, profano e insignificante, más me convengo de que una meditación prolongada sobre el psicoanálisis puede tener el mismo tipo de efecto saludable *que* la comprensión de Spinoza, quien comienza por la reducción del libre albedrío de las ideas del bien y del mal — de los ideales, diríamos junto con Nietzsche y Freud. Al igual que Spinoza, Freud empieza por negar la arbitrariedad aparente de la conciencia, en tanto que es un desconocimiento de las motivaciones ocultas. Es por esto que, a diferencia de Descartes y Husserl, *que* comienzan por *un* acto de suspensión, expresando la libre disposición del sujeto por sí mismo, el psicoanálisis al igual que la Ética de Spinoza, empieza por una suspensión del control ‘le la conciencia, por lo cual el sujeto es igualado a su verdadera esclavitud. Es partiendo del nivel mismo de

esta esclavitud, o sea librándose totalmente al flujo imperioso de las motivaciones profundas que la verdadera situación de la conciencia es descubierta. La ficción de la ausencia de motivación, de lo que la conciencia sacaba su ilusión de disponer de sí misma, es reconocida como ficción; el pleno de la motivación es mostrado en el lugar mismo del vacío de lo arbitrario de la conciencia. Es este proceso de la ilusión que abre, como en Spinoza, una nueva problemática de la libertad, ligada ya no a lo arbitrario sino a la determinación comprendida. Creo entonces, que la meditación de la obra de Freud, a falta de la experiencia o de la práctica analítica, puede darnos un nuevo concepto de la libertad, muy cercano al de Spinoza. Ya no el libre albedrío, sino la liberación. Esta es la posibilidad más radical, abierta delante de nosotros por el psicoanálisis. ¿Qué relación puede entonces tener esta empresa de liberación con el mundo humano de la técnica? Me parece legítimo decir que el psicoanálisis bien entendido y meditado, libere al hombre para otros proyectos que el de la dominación.

¿Qué proyectos? Colocaría gustoso esta liberación bajo dos emblemas: **poder hablar, poder amar**, pero quisiera hacer comprender que se trata en realidad de un proyecto único.

Poder hablar. Volvamos a partir del nivel de pensamiento al que acabamos de llegar: la divulgación del secreto como empresa de desocultación. En un sentido inauténtico, es la divulgación secreta puede ser comprendida como una simple reducción. Pasando entonces sin precaución y sin matices del esquema de la neurosis al terreno de los ideales, los mitos y las religiones, diríamos que ahora sabemos que estas representaciones no son más que ... Este *no* ser más que ... puede ciertamente ser la última palabra del psicoanálisis la expresión de una conciencia desilusionada. No dudo de que una parte, tal vez la más importante, de la obra de Freud, no haya ido en esa dirección. Creo sin embargo que queda

abierta otra posibilidad, que aparece en los pequeños trabajos sobre la obra de arte: El Moisés de Miguel Angel, el Leonardo; la interpretación aquí no lleva a agotar el sentido. Me permitiré oponer secreto a enigma y decir que la divulgación del secreto no es la disipación del enigma. El secreto es el producto irrisorio del trabajo de distorsión, mientras que el enigma es lo que pone de manifiesto la interpretación. El secreto es una función de la conciencia falsa, mientras que el enigma es el resultado restituido por la interpretación. Recordemos la famosa interpretación de la fantasía del buitre en Leonardo: Freud lo usa junto con algunos otros detalles biográficos, a modo de detector para llegar hasta los recuerdos de infancia del joven Leonardo, arrancado del lado de su madre natural y llevado al hogar extranjero de su padre legal. Al final del Leonardo, nos veríamos tentados de decir: ahora sabemos por fin lo que oculta la sonrisa enigmática de la Gioconda. No es más que la reproducción fantasmal de la sonrisa de la madre perdida. Pero, ¿qué aprendimos, qué sabemos al finalizar un análisis como éste (análisis por otra parte puramente analógico al no existir diálogo con Leonardo)? Ese amor de una madre, esos besos de una madre, están perdidos; perdidos para el mundo, para nosotros, para Leonardo, para su madre. Y la sonrisa de la Mona Lisa, es precisamente la creación estética por la cual, según Freud, Leonardo ha “sobrepasado” y “creado” a la vez el objeto arcaico perdido. La sonrisa de la madre no existe, no existe más; sólo existe ahora, y a la vista, la obra de arte. El análisis no nos reveló entonces ninguna realidad de que podamos disponer, pero cayó por debajo de la obra ese juego de referencias que de capa en capa designa la herida de un deseo y una ausencia que no es en sí misma más que una referencia de la impotencia de la fantasía al poder del símbolo.

Poder hablar. Rencontrar en la semántica del deseo el impulso de decir sin fin, el poder de locución y de interlocución: ¿no es este proyecto por esencia opuesto al sueño de dominio? No nos lleva acaso a lo que sería mejor llamar

una no-técnica del discurso?

Sé bien que se me puede objetar (y esta objeción me llevaría a la segunda parte del díptico) que Freud se explica en términos de poder. ¿Acaso no dice él mismo, en una de sus últimas Nuevas Conferencias, que el psicoanálisis es comparable a la empresa de colmar el Zuiderzee? ¿Acaso no agrega, a modo de réplica a su antigua descripción del yo como una pobre criatura sometida a tres amos, que nuestra labor consiste en reforzar al yo, en hacerlo más independiente del superyó, en devolverle el poder? ¿Acaso hablar del psicoanálisis en términos de control, de dominio de las energías, no es volver a lo disponible y a lo manipulable? ¿No estará Freud finalmente más cerca de Feuerbach y de Nietzsche que de Spinoza, cuando pretende devolver al hombre su poder? ¿No decimos nosotros mismos: **poder hablar, poder amar**?

Es importante comprender entonces, que el único poder que el análisis ofrece al hombre es una nueva orientación de su deseo, una nueva capacidad de amar. Por miedo a que esta idea sea aplastada o atenuada no bien la voy diciendo, escribiría incluso deliberadamente: una nueva capacidad de gozar. Ya que justamente de lo que no disponen los hombres es de su capacidad de amar y de gozar, que ha sido destruida por los conflictos de la libido y la prohibición. Finalmente el gran problema planteado por el psicoanálisis es el de la satisfacción; el psicoanálisis es todo un cuestionamiento del principio de placer como atajo del goce. Y todos los síntomas que él desenmascara son figuras de la satisfacción sustituida, de los brotes del principio de placer. El psicoanálisis quiere ser de esta manera, como la Ética de Spinoza, una reeducación del deseo, ya que esta reeducación es condición indispensable para toda reforma del hombre, ya sea intelectual, política o social.

Se comprende entonces por qué el psicoanálisis no aporta ninguna respuesta prescriptiva o normativa y por qué no entra en el terreno de la pregunta que nos

planteamos con respecto a la casuística, ya sea la nueva o la antigua. Su problema es muy anterior: ¿con qué deseos vamos hacia el problema moral? ¿en qué estado de distorsión está nuestro deseo cuando nos planteamos la pregunta?

Apostaría que el sicoanalista frente al amante frenético de la tecnología como a su detractor desencantado, se preguntaría si la misma distorsión del lenguaje y del placer no los anima a ambos, convirtiendo al primero en un soñador infantil del dominio y al segundo en un temeroso de las cosas que no domina. Totem y Tabú nos enseñó a situar —psicológica y ontogenéticamente— la omnipotencia entre los sueños más arcaicos del deseo. Es por esto que el principio de realidad es la respuesta a nuestro poder sólo si el deseo lo ha despojado de su poder absoluto. Sólo el deseo que ha aceptado su propia muerte es capaz de disponer libremente de las cosas; pero la ilusión de su inmortalidad es el último refugio del poder del deseo. Sólo el deseo que ha pasado por lo que Freud llama resignación, es decir el poder de soportar la dureza de la vida (*die Schwere des Daseins zu ertragen*), según dijo el poeta, es capaz de hacer libre uso de las cosas, de los seres, de los bienes de la civilización y de la cultura.

En cuanto a la casuística de las situaciones extremas, que nos veríamos tentados a oponer a la demiurgia tecnológica, pertenece tal vez al mismo círculo del desencantamiento que el frenesí técnico. ¿Quién nos dice que la casuística propuesta no sea otra técnica de la dominación y de la prevención? De la prevención de la culpabilidad por una ritualización de lo cotidiano, de la dominación de lo inusitado por la resolución imaginaria de los casos extremos.

Es por esto que pienso que el psicoanálisis no tiene nada específico que decir a favor o en contra de la casuística, del mismo modo que no tiene nada que decir a favor o en contra de todo pensamiento prescriptivo o normativo. Le agradezco que no hable al respecto, su oficio consiste en plantear las preguntas previas:

¿Es libre nuestro deseo? Reencontremos la capacidad de hablar y de gozar y todo lo demás nos será dado. ¿No es esto, como decía Agustín: “Ama y haz lo que quieras”? Porque si tu amor ha reencontrado su verdad, tu voluntad tendrá su justicia pero más por una gracia que por una ley.

Traducido por **Héctor García Rocco**

DISCUSION CRITICA

CARLOS E. SLUZKI. — **Estructuras semánticas y contratransferencia.** (¹)

Uno de los problemas cruciales que enfrenta el psicoanálisis en la actualidad es el de no poseer aún reglas de correspondencia consensualmente aceptadas entre los conceptos de la teoría clínica y el conjunto de fenómenos connotados.

Pienso que esta carencia es crucial no sólo para quienes se interesan por la metodología científica de la teoría psicoanalítica. Lo es también para la gran mayoría de psicoanalistas comprometidos en establecer un diálogo fecundo entre las diferentes corrientes del pensamiento psicoanalítico contemporáneo.

En un trabajo reciente de Hanna Segal (1967) sobre la técnica de Melanie Klein, los comentaristas del artículo parecían coincidir en la necesidad de establecer los hechos a los que se referían los conceptos kleinianos cuya utilidad terapéutica reconocían confirmada en una medida en que no lo estaba su significación empírica.

La sugerente investigación —aun en curso— sobre “Estructuras semánticas y contratransferencia” de Carlos E. Sluzki responde a los requerimientos planteados.

El autor propone operacionalizar dos conceptos claves de la teoría de la técnica psicoanalítica: el de “contratransferencia” y el de “contra-identificación proyectiva”.

Creo que su trabajo se incluye en tres diferentes contextos que es pertinente individualizar.

En primer lugar forma parte de un libro “Lenguaje y comunicación social”

¹ VERON, E., y otros. — Lenguaje y comunicación social. Ed. Nueva Visión. Bs. As.

(Veron, 1969) que recoge trabajos presentados a un simposium sobre el tema. El profesor E. Veron, compilador del libro y comentador de los ensayos incluidos asume en el prólogo que “el desarrollo fecundo de la ciencia de la comunicación en el futuro ha de provenir de una voluntad más profunda de transformación teórica, por la cual los procesos mismos de la personalidad, la sociedad y la cultura sean vistos como procesos de comunicación”.

Desde esta perspectiva la investigación de Sluzki es un aporte parcial a esa “ciencia general de la comunicación” ya que el autor registra en términos de un modelo interaccional fenómenos hasta ahora conceptualizados en términos de un modelo psicoanalítico.

Se inscribe además en el marco de una investigación sobre “comunicación y neurosis” desarrollada desde hace varios años por Veron, Sluzki y col, en la cual se estudie la relación entre diferentes modalidades comunicacionales y diferentes formas de neurosis”.

Por último señalemos que se trata de un aporte de carácter metodológico al psicoanálisis. Es desde esta perspectiva que nos interesa comentarlo.

Sostiene el autor que los fenómenos contratransferenciales y específicamente los de contraidentificación proyectiva son inducidos, o dicho más cautelosamente, están vinculados a regularidades de la conducta verbal del paciente.

Y contrariando nuestras expectativas Sluzki no establece esas regularidades en el plano de los significados latentes del discurso, ni en el de la palabra categorizada como “vehículo” de la fantasía inconciente.

De acuerdo con el modelo teórico que utiliza, esas regularidades son categorizadas a nivel de las propiedades semánticas de los mensajes del paciente.

Su cuidadosa desarticulación de la trama verbal del discurso de pacientes con diagnóstico clínico de histeria de conversión, neurosis fóbica y neurosis obsesivo-compulsiva incluye tres tipos de análisis:

- a) **Análisis semántico** que estudie las articulaciones entre unidades mínimas de significado (vg. relaciones de equivalencia, causalidad, de pertenencia, de magnitud de tiempo, etc.).
- b) **Análisis de los componentes** se refiere a “la configuración interna de las unidades semánticas mínimas” de las cuales se mencionan los que se refieren a acciones o procesos realizados por los actores que aparecen en el material y componentes referidos a cualidades de los actores mismos.
- c) **Análisis temático** es el de las “áreas temáticas” que incluyen conductas y afectos del sujeto, relaciones interindividuales, relaciones sujeto-grupo y la ubicación temporal de esas áreas.

A partir de los análisis descritos el autor establece que la frecuencia de aparición de las categorías incluidas en a), b), y c) es significativa tanto por la ausencia como por la presencia relativa en el discurso de los pacientes y que los resultados de la aplicación de estas hipótesis

“describen efectos que producen en el interlocutor los discursos de los pacientes de los tres grupos; que las características del discurso, y por lo tanto sus efectos, son comunes a todos los sujetos que entran en las categorías diagnósticas estudiadas; que el efecto se produce en todo receptor de dichos discursos; y que dicho efecto tiende a aparecer cualquiera sea el área temática que se toque, es decir, es el resultado de una configuración predominante en la estructura del discurso, en el “programa” de la verbalización, más que en su contenido manifiesto. Es probable que lo que se denomine contraidentificación proyectiva sea en parte la resultante, en el campo contratransferencial, de este proceso”.

Así v.g. el material de pacientes histéricos se caracteriza por la ausencia relativa de a) relaciones de causalidad, de circunstancia, de tiempo y de cuantificación; b) por hablar menos de sí mismos y por describirse como destinatarios de acciones y por c) la ausencia relativa de referencias a sentimientos, sensaciones, etc.

Se caracteriza además por la presencia relativa de a) ‘categorías semánticas de redundancia mínima’ por lo cual vicisitudes y también con cierta confusión; de b) referencias a terceros que se relacionan con ellos o entre sí; y de e) temas centrados en las relaciones del sujeto con individuos o grupos, así como referencias al pasado”.

La significación de las características descritas consiste en la capacidad de inducir en el interlocutor determinada constelación de interrogantes, sentimientos y actitudes, que en el caso de pacientes con estructura de conducta histérica originaría; a) interrogantes acerca de la relación causal entre los sucesos descritos, acerca de cuándo y dónde sucedieron y sobre el alcance que tuvieron para el paciente, dentro de un clima de interés por lo relatado; y b) preguntas tendientes a que hablen de sí mismos, de qué hacen, de cómo viven, de cuáles son sus sentimientos, sensaciones etc.

Esta breve síntesis no refleja el rigor metodológico, la cautele en el alcance de las hipótesis ni la minuciosidad con que el autor ha “leído” el material de la muestra, pero esperamos sea útil para plantear algunos interrogantes sugeridos por esta investigación.

Es de destacar el hecho de que se trate de un intento de operacionalizar conceptos psicoanalíticos que, a diferencia de otros trabajos de esta índole — Sears (1936). Frenkel-Brunswik (1939)— no reduce los conceptos a los

parámetros seleccionados para su operacionalización, ni comete el error —Ellis (1954)— de hacer una mera reformulación conductista de conceptos cuya significación empírica se especifica en el contexto clínico del psicoanálisis.

Por el contrario, los conceptos de contratransferencia y contraidentificación proyectiva, cuya vinculación con las transacciones comunicacionales entre paciente y analista es evidente son validados empíricamente en esta investigación, en su contexto originario o en uno muy similar, elegido por exigencias experimentales: el de una primera entrevista con consigna fija.

Podríamos objetar la necesidad de individualizar referentes observacionales de conceptos que pueden ser ubicados dentro del lenguaje observacional del psicoanálisis, o que se los puede postular como tales ya que denotan fenómenos observables para un analista en su praxis clínica. Pero esta objeción se descalifica de hecho ante la ambigüedad semántica que revisten esos términos por referirse justamente a conductas “morales” de un alto grado de complejidad y en las cuales aún no se han categorizado en forma satisfactoria las variables intervinientes.

Creemos que el trabajo de Sluzki debe ser valorado desde esta perspectiva; por lo que representa como aporte a la metodología científica del psicoanálisis, como aporte —potencial— a la teoría de la técnica y por la utilidad que puede tener como instrumento diagnóstico.

Desearíamos finalmente plantear un interrogante sugerido por la lectura del texto.

Sabemos que el psicoanálisis no posee *un* punto de vista consensualmente aceptado sobre la contratransferencia. Algunos analistas aún utilizan el término para referirse a las variables de personalidad del analista que intervienen en la

cura, en tanto otros se refieren a “los procesos inconcientes que la transferencia del analizado induce en el analista” (Laplanche y Pontalis (1967). Para estos últimos lo que el analizado transfiere puede ser “el Ello, el Yo u otros objetos internos”. Y lo transferido provoca de acuerdo a su frecuencia e intensidad “impulsos, fantasías, sentimientos, angustia, sentimientos de culpa, amor u odio, sometimiento, excitación sexual, etc. (Racker, 1957).

Se trata pues de aspectos internos e inconcientes del sujeto, diríamos de un “mensaje inconciente” que es “transportado” por medio de un conjunto de significantes —el discurso del paciente— a través de los cuales penetra en el analista y puede inducir de acuerdo a su frecuencia e intensidad fenómenos de contraidentificación proyectiva.

Pensamos que esta puede ser una imagen —acaso antropomorfizada— del modelo psicoanalítico. Ahora bien, cuando Sluzki operacionaliza estos conceptos, la implicación del “mensaje inconciente” que representaría los objetos internos transferidos no es categorizada. Y nos preguntamos entonces si los conceptos han sido operacionalizados o se los ha inscripto en un nuevo registro, el del mensaje observable, al cual aun cuando se le reconozca el carácter inconciente de su “programa verbal” no muestra indicios de estar vinculado a los objetos internos transferidos que incluye el modelo psicoanalítico.

O bien si se ha establecido un nivel de análisis, el de las estructuras semánticas del discurso del paciente que se comportan como la relación transferencia-contratransferencia peso cuya vinculación con éstas permanece indeterminada en tanto no vaya más allá de compartir con la situación transferencial su carácter inductor.

En una palabra, ¿se han operacionalizado los términos o se ha descubierto un

aspecto inédito, desconocido de los fenómenos contratransferenciales? De cualquier modo se ha encontrado una secuencia observacional del modelo.

Y coincidimos con el autor en que su trabajo —pionero en estas latitudes psicoanalíticas— “es de apertura de un campo de una enorme riqueza potencial: el de la validación operacional, con datos experimentales de modelos psicoanalíticos”.

Horacio Amigorena

RESEÑAS

EZRA HEYMANN. — **El significado antropológico del lenguaje.** Anales del Instituto de Neurología. T. XIV, 1960.

En este trabajo, el autor realiza una acabada revisión del valor del significado en el lenguaje. Nos muestra como la palabra aparece como apegada a la cosa que enuncie, siendo esta vinculación entre ambas el rasgo más sobresaliente del lenguaje. En esta adhesión inmediata de la palabra a la cosa, el lenguaje no llega todavía a hacerse presente como realidad propia.

A continuación pasa a historiar la evolución del lenguaje y dice que es propio de la reflexión humana ver en la palabra un modo de designación que puede ser sustituido por otro. A propósito de esto cita a los sofistas griegos quienes afirmaban que las cosas no tienen su nombre por naturaleza, sino por convención. En este sentido, por su parte, Platón afirmaba que el pensamiento y el discurso verdadero, se basan más bien en las ideas o aspectos esenciales intuidos, que en las palabras. La palabra determinada que por sí sola es ambigua y fácilmente sustituible por otra, no parece ser suficiente ni indispensable para la comprensión de la idea.

A su vez Aristóteles, preocupado por mantener el contacto con el sentido común, busca en las formas del habla, la guía para sus investigaciones ontológicas. Sus categorías son por igual formas de la realidad del pensamiento y del habla. El nominalismo medieval, que enseñaba que las determinaciones generales de las cosas no son más que nombres, bajo los cuales se agrupan una multitud de hechos individuales, no le otorga a la palabra esencialidad mayor. El surgimiento de una conciencia histórica, más tarde, hacia fines del

siglo XVIII y en especial con el acceso de los pueblos europeos a la vida política, favoreció que la lengua que un pueblo hablaba fuera considerada como esencial al pensamiento. Por otra parte —nos dice el autor— que el estudio de las afasias desde el punto de vista neurológico-psicológico, se ha centrado en el problema de cómo se vincule la palabra pronunciada con su significado.

En este punto Heymann hace una referencia a diferentes posiciones del asociacionismo clásico de lo sustentado por James, etc., señalando que Con la fenomenología apareció el concepto de que toda vivencia es un acto que se refiere a objetos particulares dentro de nexos de generalidad mayor. La imagen será entonces un modo en el cual nos referimos a objetos en su ausencia. Esta referencia, presentación de los objetos en su corporeidad, se opera en cuanto se establece una relación imaginaria de reciprocidad corporal con el objeto y, en especial, en cuanto vivimos las virtualidades kinestésicas propias a su percepción.

Piaget señaló, por su parte, que el enriquecimiento de la experiencia de objetos del niño está regido, en su primera fase, por esquemas motores de manejo, como agarrar, agitar, lanzar, etc. Frente a este supuesto, Heymann considera que este criterio de esquemas de manejo, no es tan así, porque no se trata de simples movimientos de incorporación o alejamiento, sino que el niño explora también el ambiente y además porque el despliegue motor le permite el desarrollo de una vida de relación con lo que los objetos simbolizan, así como con su misma realidad.

Esta actividad exploratoria proporciona la experiencia de realidad e implica una relación dialógica con el objeto. El niño se vincula a la cosa experimentada con voces ya que lo propio de una palabra no es señalar solamente la presencia de la cosa, sino decir, qué hay con esta cosa; qué interés solicita, a qué contexto

pertenece, qué representa. Es entonces condición del lenguaje, de la simbología de objetos, por una actividad subjetiva, que los objetos por su parte simbolicen algo de la vida del sujeto. Y únicamente es por esta vía, a través de la figura del mundo físico de nuestra actividad en él que podrá el sujeto simbolizar su propia vivencia y con ello captarlo. Resume luego su pensamiento, diciendo que antes de estudiar por qué es la palabra el acto por el cual se instituyen significados determinados y permiten una organización del universo humano, debemos investigar de qué modo se opera en la vida perceptiva el reconocimiento. En cuanto a este concepto Piaget nos habla de “un cierto reconocimiento práctico y una cierta indentificación generalizadora”, caracteres que coinciden con la doctrina de la “síntesis pasiva” de Husserl. Claparède, por su parte, señaló que para que se dé la vivencia del reconocimiento se debe experimentar el objeto como teniendo alguna relación con el sujeto. La percepción y el reconocimiento implícitos en ella tienen una cierta reminiscencia, una reactualización de algo ya asimilado, que permite que se precise la experiencia actual. El objeto será reconocido en su totalidad, en cuanto es posible expresar la experiencia en la cual se integre y que en él se actualiza. Para una tal actividad autónoma, que exprese un objeto en su realidad objetiva y en su significación general, la voz humana tiene posibilidades únicas. Primero es el órgano del llamado, como expresión de las necesidades del niño y luego es de naturaleza comunicativa. El hecho tiene amplia repercusión en la vida de aquél ya que se trata de repetir el sonido emitido, hasta que logra controlar su emisión. Es probablemente el primer movimiento controlado y repetible, lo cual es muy significativo, en tanto la voz tiene un valor emocional. Siguiendo a Bühler —dice el autor— se suelen distinguir como funciones del lenguaje la expresión, la presentación o exposición y la apelación. Estos conceptos iluminan la esencia del lenguaje. Pero contrariamente a lo que piensa Bühler de que son funciones independientes, la voz se hace lenguaje, solamente por la unidad de los tres momentos y cada uno de ellos implica a los demás. Por su parte Merleau-Ponty,

señala que la mímica vocal es comprendida, de igual manera que un gesto. Sin embargo, el significado no se infiere, sino que aparece como encarnado en el gesto, no porque esté simplemente dado en él, sino que es comprendido en una retorta del gesto por un acto del espectador. Lo propio del lenguaje es ser una expresión articulada que diferencia unidades. Como lo dijo de Saussure, la lengua es un sistema de signos diacríticos, en el cual cada unidad significa sólo en diferencia y oposición con otras. Entre la expresión emocional inmediata y la palabra, expresión diferenciada y cuidada, se da la misma relación que entre la emoción y el pensamiento. Hölderlin habla una vez de “el entendimiento o el sentimiento organizado a fondo”. Como voz diferenciada, le es esencial a la palabra ajustarse a una norma. Todo hablante pide, como Heráclito, que se escuche no a él, sino a la palabra en su sentido—cita el autor—. No hay lenguaje hasta tanto no se ven realidades interpretadas a la luz de significados a los cuales se puede recurrir y que dicen la verdad acerca de ella. Toda originalidad del hablante consiste en descubrir alcances y posibilidades nuevas del sentido sedimentado históricamente en la palabra. Aunque se trate de una creación o invención lingüística, ella será sentida como acertada y válida solamente si interprete bien el espíritu de la lengua: el innovador presupone que será entendido. Ejemplificando esto, Heimann cita a Rilke, diciendo que la relación del hablante con la lengua heredada la podemos ver en este verso: “La reja de la lira no constriñe sus manos, /Y él obedece transgrediendo”. Al lenguaje -continúa— le es esencial la dualidad de momentos: es lengua constituida, y es lengua actual. En este sentido Merleau-Ponty ha dicho *que*: “Se trata en el habla, por una parte, de usar los medios verbales ya significantes, de tal modo que susciten en el oyente el pensamiento de una significación distinta y nueva y por otra parte, inversamente, de que la significación inédita se arraigue, para el hablante mismo, en la experiencia consolidada en significaciones ya disponibles.” Es por esta razón, que debemos afirmar la naturaleza verbal del pensamiento. Porque éste es esencialmente una

interpretación de la experiencia en base a la ya adquirida, y una actualización y re-interpretación de la “síntesis pasiva” del preconcepto contenido en la palabra. Aunque tan esencial como el hablar y el hablarse, le es al pensamiento el silencio interior, en el cual la experiencia adquiere su gravitación y su alcance; este silencio se circunscribe por la vivencia de un “yo puedo” recurrir a la palabra. Y esto deberá hacerse efectivo, so pena de que el pensamiento se extinga. No es por lo tanto una metáfora decir que el pensamiento se da encarnado en el lenguaje.

Aída Aurora Fernández

ROMAN JAKOBSON. — **Dos Aspectos del Lenguaje y Dos Tipos de Afasias**. Cap. V. Los Polos Metafórico y Metonímico. (Deux Aspects du Langage et Deux Types d’Aphasies). Essais de Linguistique Générale, Les Éditions de Minuit, Paris, 1963.

Por ser la afasia una perturbación del lenguaje, todo intento de describirla y clasificarla debe comenzar por interrogar qué aspectos de la estructura y el funcionamiento del lenguaje se hallan alterados en los diferentes tipos que presenta esta enfermedad. Debemos, pues, comprender primeramente la naturaleza y estructura del modo particular de comunicación que ha cesado de funcionar.

Para Román Jakobson, las diversas variedades de afasia oscilan entre dos tipos polares: aquellas que consisten en perturbaciones de la facultad de selección entre términos alternativos, que implica la posibilidad de sustituir un término por otro equivalente aunque diferente bajo otro aspecto, y las que denotan una alteración de la facultad de combinar las unidades lingüísticas que

componen un enunciado. La metáfora se vuelve imposible en la primera afección y la metonimia en la segunda.

El desarrollo de un discurso puede efectuarse a lo largo de dos líneas semánticas diferentes: un tema conduce a otro por similitud o por contigüidad. Podemos hablar de proceso metafórico en el primer caso y de proceso metonímico en el segundo, ya que uno encuentra su expresión más condensada en la metáfora y el otro en la metonimia. En la afasia uno de estos dos procedimientos está aminorado o totalmente bloqueado. En el comportamiento verbal normal son continuamente empleados ambos procedimientos, aunque una observación atenta muestra que, bajo la influencia de modelos culturales, de la personalidad y del estilo, uno u otro es utilizado con preferencia.

En un test psicológico muy conocido, los niños son puestos en presencia de un nombre y se les pide expresen las primeras reacciones verbales que les vienen a la mente. En esta experiencia se manifiestan invariablemente dos predilecciones lingüísticas opuestas: la respuesta es dada sea como un sustituto, sea como un complemento del estímulo. En el segundo caso, estímulo y respuesta forman juntos una construcción sintáctica propia, frecuentemente una frase. Se ha designado con los términos de sustitutiva y de predicativa a estos dos tipos de reacción.

Al estímulo “choza” una respuesta dada fue “quemada”, otra “es una casita pobre”. Las dos reacciones son predicativas; pero la primera crea un contexto puramente narrativo mientras que en la segunda hay una doble conexión con el sujeto choza: de una parte una contigüidad posicional (a saber sintáctica), de otra parte una similitud semántica.

El mismo estímulo produjo también las reacciones sustitutivas siguientes: la tautología “choza”; los sinónimos cabaña y casucha; la antinomia “palacio” y las metáforas “cueva” y “madriguera”. La capacidad que tienen dos palabras de

remplazarse una a la otra es un ejemplo de similitud posicional y, además, todas las respuestas están unidas al estímulo por similitud (o contraste) semántico. Las respuestas metonímicas al mismo estímulo, tales como “rastrojera”, “paja” “pobreza.”, combinan y contrastan la similitud posicional con la contigüidad semántica.

Manipulando estos dos tipos de conexión (similitud y contigüidad) en sus dos aspectos (posicional y semántico) —por selección, combinación, jerarquización— un individuo revela su estilo personal, sus gustos y preferencias verbales.

La estructura bipolar del lenguaje (o de otros sistemas semiológicos) y, en el caso de la afasia, la fijación a uno de estos polos con exclusión del otro, requieren un estudio comparativo sistemático. El mantenimiento de uno u otro polo en los dos tipos de afasia puede ser puesto en relación con el predominio del mismo polo en ciertos estilos, hábitos personales, modas, etc. Un análisis atento y una comparación de estos fenómenos con el síndrome completo del tipo correspondiente de afasia es una tarea imperativa para una investigación conjunta de especialistas de la psicopatología, de la psicología, de la lingüística, de la retórica y de la semiología. La dicotomía que estudiamos aquí se revela de una significación e importancia primordiales para comprender el comportamiento verbal y el comportamiento humano en general.

El novelista ruso Gleb Ivanovitch Uspensky (1840-1902) sufrió en los últimos años de su vida de una enfermedad mental acompañada de perturbaciones de la palabra. Su nombre y apellido, Gleb Ivanovitch, estaban para él escindidos en dos nombres distintos, designando a dos seres separados: Gleb era adornado de todas las virtudes, mientras que Ivanovitch, el nombre que liga el hijo a su padre, era la encarnación de todos los vicios de Uspensky. El aspecto lingüístico de este desdoblamiento de la personalidad se muestra en la

incapacidad del enfermo de utilizar dos símbolos por la misma cosa, lo que constituye un ejemplo de perturbación de la similitud. Ya que dicha perturbación está unida a la tendencia a la metonimia, es particularmente interesante examinar la obra literaria de Uspensky en su juventud. El estudio de Anatole Kamegulov, que ha analizado el estilo de Uspensky, confirma esta hipótesis teórica, pues muestra que dicho autor tenía una propensión particular por la metonimia, especialmente por la sinécdoque.

Por cierto, el estilo metonímico de Uspensky está inspirado en los cánones literarios predominantes en su época, el “realismo” de fin de siglo XIX; pero el temperamento propio de Gleb Ivanovitch lo inclinaba particularmente a seguir esta corriente artística en sus manifestaciones más extremas, para finalmente quedar señalado en el aspecto verbal de su enfermedad mental.

La oposición entre los dos procedimientos, metonímico y metafórico, es manifiesta en todo proceso simbólico, sea intrasubjetivo o social. Es así que en un estudio sobre la estructura de los sueños, la cuestión decisiva es saber si los símbolos y las secuencias temporales utilizadas están fundadas sobre la contigüidad (“desplazamiento” metonímico y “condensación” sinécdoque freudianas) o sobre la similitud (“identificación” y “simbolismo” freudianos) (1).

Frazer ha reducido los principios que rigen los ritos mágicos a dos tipos: los encantamientos que reposan sobre la ley de la similitud y aquéllos fundados sobre la asociación por contigüidad. La primera de estas dos grandes ramas de la magia por simpatía ha sido llamada ‘homeopática’ o ‘imitativa’ y la segunda

¹ (1) Nota del traductor, Nicolás Ruwet: Se notará que esta aproximación no coincide con la realizada por J. Lacan (La instancia de la letra en el inconsciente, en *La Psychanalyse*, III, 1957); éste identifica, respectivamente, condensación y metáfora y desplazamiento y metonimia. R. Jakobson, a quien se lo hemos Indicado, piensa que la divergencia se explica por la imprecisión del concepto de condensación que, en Freud, parece recubrir a la vez casos de metáfora y casos de sinécdoque.

“magia por contagio”. Esta bipartición es en verdad muy esclarecedora, pese a lo cual frecuentemente se ha descuidado el problema de los des polos, a despecho de su enorme importancia para el estudio de todos los comportamientos simbólicos, en particular del comportamiento verbal y de sus perturbaciones.

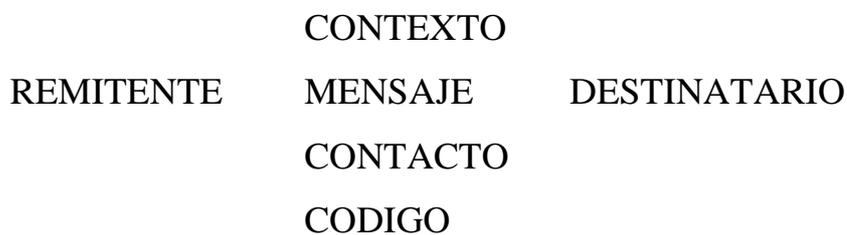
C. Sopena

ROMAN JAKOBSON. — **Lingüística y Poética** (Linguistique et Poétique).
Essais de Linguistique Générale. Les Éditions de Minuit. Paris, 1963.

Los dos principales problemas, emparentados entre sí, que se plantean a la lingüística estructural han sido señalados por Voegelin (“Casual and Noncasual Utterances within Unified Structure”): la necesidad de revisar la “hipótesis del lenguaje monolítico” y la de reconocer la “interdependencia de diversas estructuras en el interior de una misma lengua” sin duda alguna, para toda comunidad lingüística, para todo sujeto parlante, existe una unidad de la lengua, pero ese código global representa un sistema de sub-códigos en comunicación recíproca. Cada lengua abarca varios sistemas simultáneos, cada uno de los cuales está caracterizado por una función diferente.

El lenguaje debe ser estudiado en toda la variedad de sus funciones. Antes de abordar la función poética, es necesario determinar cuál es su lugar entre las otras funciones del lenguaje. Para dar una idea de esas funciones, es menester una apreciación ligera respecto a los factores constitutivos de todo proceso lingüístico, de todo acto de comunicación verbal. El remitente envía un mensaje al destinatario. Para ser operante, el mensaje requiere primero un contexto al

cual reenvía (lo que se llama, también, en una terminología algo ambigua, el “referente”), contexto comprensible para el destinatario y que es, o bien verbal, o bien susceptible de ser verbalizado; luego el mensaje requiere un código, común, en todo o al menos en parte, al remitente y al destinatario; finalmente, el mensaje requiere un contacto, un canal físico y una conexión psicológica entre el remitente y el destinatario, contacto que les permite establecer y mantener la comunicación. Estos diferentes factores inalienables de la comunicación verbal pueden ser esquemáticamente representados así:



Cada uno de estos seis factores da nacimiento a una función lingüística diferente. Si distinguimos seis aspectos fundamentales en el lenguaje, sería difícil encontrar mensajes que llenarían una sola función. La diversidad de los mensajes reside no en el monopolio de una u otra función, sino en las diferencias de jerarquía entre éstas. La estructura verbal de un mensaje depende ante todo de la función predominante.

La función llamada “expresiva” o emotiva, centrada sobre el remitente, apunta a una expresión directa de la actitud del sujeto respecto a aquello de lo cual él habla. Tiende a dar la impresión de una cierta emoción, verdadera o fingida. La capa puramente emotiva, en la lengua, se hace patente en las interjecciones. Si se analiza el lenguaje del punto de vista de la información que vehiculiza no se tiene derecho a restringir la noción de información al aspecto cognitivo del lenguaje. Un sujeto, utilizando elementos expresivos para indicar la ironía o la cólera, trasmite visiblemente una información. Para Jakobson,

suponer, como Saporta, que las diferencias emotivas son elementos no lingüísticos, “atribuibles a la ejecución del mensaje no al mensaje mismo”, es reducir arbitrariamente la capacidad de información de los mensajes.

La orientación hacia el destinatario, la función conativa, encuentra su expresión gramatical más pura en el vocativo y el imperativo, que, desde el punto de vista sintáctico, morfológico, y frecuentemente aún fonológico, se apartan de las otras categorías nominales y verbales. Las frases imperativas difieren en un punto fundamental de las declarativas: éstas pueden y aquéllas no pueden ser sometidas a una prueba de verdad.

El modelo tradicional del lenguaje, tal como ha sido elucidado en particular por Bühler, se limitaba a estas tres funciones —emotiva, conativa y referencial— correspondiendo los tres vértices de este modelo triangular a la primera persona, el remitente, a la segunda persona, el destinatario, y a la “tercera persona” propiamente dicha, el “alguna cosa” de la cual se habla. Sin embargo, hemos reconocido la existencia de otros tres factores constitutivos de la comunicación verbal, a los que corresponden tres funciones lingüísticas.

Hay mensajes que sirven esencialmente para establecer, prolongar o interrumpir la comunicación, para verificar si el circuito funciona (“Hola, ¿usted me escucha?”), para atraer la atención del interlocutor o para asegurarse que ella no se diluye (“Dígame, ¿usted me escucha?”). Esta acentuación del contacto, **la función pática**, en términos de Malinowski, puede dar lugar a un intercambio profuso de fórmulas ritualizadas, inclusive a diálogos enteros cuyo único objeto sea prolongar la conversación. El esfuerzo en vista de establecer y mantener la comunicación es típico del lenguaje de los pájaros parlantes; la función pática del lenguaje es la única que tienen en común con los seres humanos. Es también la primera función verbal adquirida por los niños; en éstos, la tendencia a

comunicar precede a la capacidad de emitir o de recibir mensajes portadores de información.

En la lógica moderna ha sido formulada una distinción entre dos niveles de lenguaje, el “lenguaje-objeto”, que habla de los objetos, y el “metalenguaje”, que habla del lenguaje mismo. Pero el **metalenguaje** no es solamente un útil científico necesario al uso de los lógicos y los lingüistas; él juega también un papel importante en el lenguaje de todos los días. Como Monsieur Jourdain hablaba en prosa sin saberlo, nosotros practicamos el metalenguaje sin darnos cuenta del carácter metalingüístico de nuestras operaciones. Cada vez que el remitente y/o el destinatario juzgan necesario verificar si utilizan el mismo código, el discurso es centrado sobre el código: “Yo no lo sigo, ¿qué quiere usted decir?”, pregunta el auditor. O el locutor: “¿Comprende usted lo que quiero decir?”. Todo proceso de aprendizaje del lenguaje, en particular la adquisición por el niño de la lengua materna, recurre abundantemente a parecidas operaciones metalingüísticas; y la afasia puede frecuentemente definirse por la pérdida de aptitud en las operaciones metalingüísticas.

Hemos pasado revista a todos los factores implicados en la comunicación lingüística salvo uno, el mensaje mismo. El encare (Einstellung) del mensaje en tanto que tal, puesto el acento sobre el mensaje por su propia cuenta, es lo que caracteriza la **función poética** del lenguaje. Esta función no puede ser estudiada con provecho si se pierde de vista los problemas generales del lenguaje y, por otra parte, un análisis minucioso del lenguaje exige que se tome seriamente en consideración la función poética. Toda tentativa de reducir la esfera de la función poética a la poesía, o de confinar la poesía a la función poética, no conduciría sino a una simplificación excesiva y engañosa. La función poética no es la única función del arte del lenguaje, ella es sólo la función dominante, determinante, aunque en las otras actividades verbales no juega más que un papel subsidiario, accesorio. Esta función, que pone en evidencia el lado

palpable de los signos, profundiza por eso mismo la dicotomía fundamental de los signos y los objetos. Por lo tanto, tratándose de la función poética, la lingüística no puede limitarse al dominio de la poesía.

“¿Por qué usted dice siempre Juan y Margarita y nunca Margarita y Juana? ¿Prefiere Juana a su hermana gemela?” “No, pero suena mejor así”. Es una sucesión de dos palabras coordinadas, y en la medida en que algún problema de jerarquía no interfiere, el locutor ve, en la precedencia dada al nombre más corto, y sin que se lo explique, la mejor configuración posible del mensaje.

Como hemos dicho, el estudio lingüístico de la función poética debe sobrepasar los límites de la poesía, y, por otra parte, el análisis lingüístico de la poesía no puede limitarse a la función poética. Las particularidades de los diversos géneros poéticos implican la participación, al lado de la función poética predominante, de otras funciones verbales, en un orden jerárquico variable. La poesía épica, centrada sobre la tercera persona, pone en juego la función referencial; la poesía lírica, orientada hacia la primera persona, está íntimamente ligada a la función emotiva; la poesía de la segunda persona está marcada por la función conativa, y se caracteriza como suplicatoria o exhortativa, según que la primera persona esté subordinada a la segunda o la segunda a la primera.

Luego de esta rápida descripción de las seis funciones básicas de la comunicación verbal, podemos completar el esquema de los seis factores fundamentales por un esquema correspondiente de las funciones:

REFERENCIAL
EMOTIVA.....POETICA.....CONATIVA
PATICA
METALINGÜISTICA

C. Sopena

